

BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION
DE LOS
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO LI.

MESONERO ROMANOS.

(EL CURIOSO PARLANTE.)

ARTÍCULOS ESCOGIDOS
DE LAS
ESCENAS MATRITENSES.

TOMO PRIMERO.

Primera serie.—1832-1836.

MADRID
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
HERNANDO Y COMPAÑÍA
Arenal, 11.
1901

MADRID, 1901.—Hernando y Compañía.

AL LECTOR.

Debemos á la amabilidad del Sr. D. Ramon de Mesonero Romanos, con cuya amistad nos honramos, el poder publicar algunos de los mejores artículos de sus famosas *Escenas Matritenses*.

Reciba dicho señor nuestras más sinceras gracias; abrigando nosotros la esperanza de que su laudable ejemplo será imitado por otros autores, que, como él, nos animen á dar cima á nuestra humilde Biblioteca Universal, que por su variedad y economía es única en su clase.

El Editor

Madrid y Marzo de 1879

ESCENAS MATRITENSES.

EL RETRATO.

«Quien no me creyere que tal sea de él,
Al ménos me deben la tinta y papel.»
Bartolomé Torres Naharro.

Por los años 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle Ancha de San Bernardo, el dueño de ella, hombre opulento y que ejercia un gran destino, tenía una esposa jóven, linda, amable y petimetra: con estos elementos, con coche y buena mesa, puede considerarse que no les faltarian muchos apasionados. Con efecto era así, y su tertulia se citaba como una de las más brillantes de la córte. Yo, que entónces era un pisaverde (como si dijéramos un *lechuguino* del dia), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacía á veces la partida de mediator á la madre de la señora, decidia sobre el peinado y vestido de ésta, acompañaba al paseo al esposo, disponia las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué á ani-

mar la tertulia con unas picantes seguidillas á la guitarra, ó bailando un bolero que no habia más que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, hablado de mala gana, ó sentándome en el sofá, tararearia un ária italiana, cogeria el abanico de las señoras, haria gestos á las madres y gestos á las hijas, pasearia la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y, en fin, me daria tono á la usanza... pero entónces... entónces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un dia, entre otros, me hallé al levantarme con una esquela, en que se me invitaba á no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era dia de doble funcion, por celebrarse en él la colocacion en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efigie en el testero con su gran marco de relumbron. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreirme despues, y encontrarle admirablemente parecido, y no era la verdad, porque no tenía de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que, ya llena la sala de gentes, pudo servirse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí á poco sonó el violin, y salieron á lucir las parejas, alter-

nando toda la noche los *minuets* con sendos versos que algunos poetas *de tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años despues volví á Madrid y pasé á la casa de mi antigua tertulia; pero ¡oh Dios! *quantum mutatus ab illo!* ¡qué trastorno! El marido habia muerto hacía un año, y su jóven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que, si bien no es lícito reirse francamente del difunto, tambien el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, ó sea por cubrir el expediente, hubo que hacer algun *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensacion que en mí produjo la vista del retrato, que pendia aún sobre el sofá.—«¿Le mira usted?» (exclamó): «¡ay pobrecito mio!»—Y prorumpió en un fuerte sonido de nariz, pero tuvo la precaucion de quedarse con el pañuelo en el rostro, á guisa del que llora.

Desde luégo un don *No-sé-quién*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo:—«Está visto, doña Paquita, que hasta que V. no haga apartar este retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo»;— y esto lo acompañó con una entrada de moral que habia yo leido aquella mañana en el *Corresponsal del Censor*. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelacion se

dispuso que la menguada efigie sería trasladada á otra sala no tan cotidiana; volví á la tarde, y la vi ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda habia leido á Regnard y tendria presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrian decir:

¿Mas de qué vale un retrato
Cuando hay amor verdadero?
¡Ah! sólo un esposo vivo
Puede consolar del muerto (1),

hubo de tomar este partido, y á dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal*, por más señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron á sonar en aquella sala los festivos instrumentos. ¡Cosas del mundo!

Poco despues la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* tambien de tener en casa al niño que habia quedado de mi amigo, por lo que se acordó en consejo de familia ponerle en el Seminario de Nobles; y no hubo más, sino que á dos por tres hiciéronle su hatillo, y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre

---

(1) *Mais qu'est ce qu'un portrait quand on aime bien fort?*
C'est un mari vivant qui console d'un mort.

salió á ocupar el centro de él. La guerra vino despues á llamar al jóven al campo de honor; corrió á alistarse en las banderas patrias, y vueltos á la casa paterna sus muebles, fué entre ellos el malparado retrato, á quien los colegiales, en ratos de buen humor, habian roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entónces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él á poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó á un corredor, donde le hacian alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorria las inmediatas; y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las casas de modo que no apareciera á la vista sino la mitad de la habitacion, con objeto de quedar libres de alojados. Dicho y hecho; delante de una puerta que daba paso á várias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caia encima... «¿qué pondrémos? ¿qué no pondrémos?»—El retrato.—Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia!... un maldito gato que se habia quedado en las habitaciones ocultas, salta á la ventana, da un maido, y cae el retrato, no sin des-

calabro del secretario, que, enfurecido, tomó posesion, á nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita, destinando á ella un coronel con cuatro asistentes.

Asendereado y mal trecho yacia el pobre retrato, maldecido de los de su casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenian, cuándo en ponerle bigotes, cuándo en plantarle anteojos, y cuándo en quitarle el marco para dar pábulo á la chimenea.

En 1815 volví yo á ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo habia muerto en la batalla de Talavera; la madre era tambien difunta, y su segundo esposo trataba de casar á su hija. Verificóse esto á poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazon, tocó el retrato á una antigua ama de llaves, á quien ya por su edad fué preciso jubilar. Esta tal tenía un hijo que habia asistido seis meses á la Academia de San Fernando, y se tenía por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví á saber más de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví á Madrid el último. No encontré ya mis amigos, mis costumbres, mis placeres, pero en cambio encontré más *elegancia*, más *ciencia*, más *buena fe*, más *alegría*, más *decoro*, y más *moral pública*. No pude

dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así que, abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté á encontrar alguna botillería en que beber á la luz de un candilon; algunos calesines en que ir á los toros; algunas buenas tiendas en la calle de Postas; algunas cómodas escaleras de la Plaza, y sobre todo, un Teatro de la Cruz que no pasa dia por él. Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fué cuando llegaron las ferias. No las hallé, en verdad, en la famosa plazuela de la Cebada, pero en las demas calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervántes y Belarmino; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Rivera ó de Murillo; aquel surtido general, metódico y completo de todo lo útil y necesario, no pudo ménos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subia por la calle de San Dámaso á la de Embajadores, cuando

á la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de varios colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velon y dos lavativas que yacian inmediatas, cojo el cuadro, miro de cerca... «¡Oh Dios mio! exclamé: ¿y es aquí donde debia yo encontrar á mi amigo?»

Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los afojados y del ama de llaves; la imágen, en fin, de mi amigo. No pude contener mis lágrimas, pero tratando de disimularlas, pregunté cuánto valia el cuadro.—«Lo que usted guste»,—contestó la vieja que me lo vendia; insté á que le pusiera precio, y por último, me le dió en *dos pesetas*; informéme entónces de dónde habia habido aquel cuadro, y me contestó que hacía años que un soldado se lo trajo á empeñar, prometiéndole volver en breve á rescatarlo, pues, segun decia, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, reformándole la nariz y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido á un personaje á quien se lo iba á regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin parecer el soldado, no tenía escrúpulo en venderlo, tanto más, cuanto que hacía seis años que salia á las ferias, y nadie se habia acercado á él; añadiéndome que ya le hubiera tirado, á no ser porque le solia servir,

cuándo para tapar la tinaja y cuándo para aventar el brasero.

Cargué, al oir esto, precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo, ¿qué vendrá á ser de mi buen amigo? ¿Volverá sétima vez á las ferias? ¿ó acaso alterado en su gesto tornará de nuevo á autorizar una sala? ¡Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto á mí, escarmentado con lo que vi en éste, me felicito más y más de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato ¿para qué? para presidir á un baile, para excitar suspiros, para habitar entre mapas, canarios y campanillas; para sufrir golpes de pelota; para criar chinches; para tapar ventanas; para ser embigotado y restaurado despues, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por *dos pesetas.*

(Enero de 1832.)

LA COMEDIA CASERA.

«On sera ridicule et je n'oserai rire?»
BOILEAU.

Los hombres nos reimos siempre de lo pasado; el niño jugueton se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el jóven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo más próximo ya al estado infantil, sonrie desdeñosamente á los juegos bulliciosos, á las fuertes pasiones y al amor de los honores y riquezas que á él le ocupáran en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demas edades rien de los viejos... con que queda justificado el dicho de que la *mitad del mundo se rie siempre de la otra mitad.*

—¿Y á qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaria que iba V. á improvisar una disertacion filosófica á la manera de Demócrito?—

Tal le decia yo á mi vecino, *D. Plácido Cascabelillo*, cierta mañana entre nueve y diez, miéntras colocábamos pausadamente

en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

—Dígolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y aquí se precipitó á alcanzar con los labios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad queria volver á la jícara), dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino.

—¿Y se puede saber cuál es la escena?

—Oigala V.

Este jóven, á quien V. conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus veinte y dos años, tiene al teatro una aficion que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su extraordinaria habilidad; así que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con muy mal gesto á distraerle y áun regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este Carnaval una comedia casera, y al principio me opuse á su entrada en ella; pero acordándome luégo que yo habia hecho lo mismo á su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban á todos los de la reunion, de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir á los deseos de mi sobrino La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia,

y queriendo darme una prueba plena de su agradecimiento, resolvió, *nemine discrepante* (ríase V. un poco amigo mio), nombrarme su presidente.

Aquí prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicaron á la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió:

—Ya V. conoce que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa á tan solemne honor. Muy léjos de ello, oficié á la Junta dándola las gracias por su distincion, y admitiendo el sillon presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios *actores*, socios *contribuyentes* y socios *agregados*.

El que hacía de secretario de la Junta me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision *de buscar casa*, comision *de decoraciones*, comision *de candilejas*, comision *de copiar papeles*, comision *de trajes* y comision *de permiso para la representacion.* De ésta quedé yo encargado, y presidente *nato* de las demas.

El contarle á V., amigo mio, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, sería nunca acabar. Baste, pues, decirle, que en-

contramos en la calle de... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos más apartados), de un aspecto bastante decente (despues de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Así que, resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demas fueron ya de más fácil resolucion, ó quedaron subordinados á la importante discusion acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Oigalas V. (dijo éste sacando un papelejo de su escritorio). El *Otelo*, *Las Minas de Polonia*, *Pelayo*, *La Pata de Cabra*, *La Cabeza de bronce*, *El Viejo y la niña*, *El Rico-hombre de Alcalá*, *El Español y la Francesa*, *El Jugador de los treinta años*, *El Médico á palos*, *El Taso*, *El Delincuente honrado*, *Á Madrid me vuelvo*, *García del Castañar*, *La Misantropía*, *Sancho Ortiz de las Roelas* y *El Café*. Ya usted ve que en nuestra junta no preside exclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que á todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones, y los bastidores no se habian pintado más que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian más; tal necesitaba dos viejas, y ninguna de la comparsa, áun las de cincuenta y ocho años, se creian adecuadas para semejantes pape-

les; cuál llamaba á una niña de diez y ocho años, y una de cuarenta rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salia un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenía el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querian ser primeros galanes; los que se avenian á los segundos, apénas sabian hablar; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galan enamorado; los amantes no consentian que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque á esta junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio, y las personas *que no hablan*, todos hablaban allí por los codos y á la vez, de modo que yo, presidente, vi várias veces desconocida mi autoridad. Por último, despues de largo rato pudo restablecerse el órden, y á instancias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Rico-hombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un jóven andaluz, á quien para desagraviarle se encargó el papel del Rey don Pedro.

Terminado así este importante punto, pasamos á vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas y demas del caso; y no tengo necesidad de decir á V. que en estos veinte y cinco dias se han

renovado veinte y cinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscricion se realizó, el arreglo del teatro tambien; los actores y actrices aprendieron sus papeles y empezaron los ensayos. En ellos fué, amigo mio, cuando saqué yo el escote de mi diversion. Porque habia V. de ver allí las intringuillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedian. Quién formaba coalicion con el apuntador para que apuntase á un desmemoriado en voz casi imperceptible; quién reñia con su querida porque en cierta escena habia permanecido dos minutos más con su mano entre las del primer galan; cuál tomaba entre ojos á alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

Despacio, señores.—Más alto.—Conde, que le está á V. manchando esa vela.—Doña Antonia, que la llama á V. el Rey don Pedro.—Esos brazos, que se meneen.—V. sale por aquí y se vuelve por allá.—Doña Leonor, don Enrique, doña María, aquí mucho fuego.—Eso no vale nada.

Por este estilo puede V. figurarse lo demas; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, á no ser cierta competencia amorosa á que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de Rey. Várias veces hemos temido un choque, pero por fin salimos con bien de

los ensayos; en su consecuencia, se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer á V. un billete.

Acepté gustoso el convite, y llegada la noche y habiéndome incorporado con don Plácido, nos metimos en un simon, que á efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la compañía, y llegamos en tres cuartos de hora á la casa de la comedia. El refuerzo de un farol más en el portal nos advirtió de la solemnidad, y subiendo á la sala la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podiamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corria en medio de la sala, formando division en la concurrencia, y fuímonos á colocar en la primera fila. Por de pronto, tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban en las extremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los *socios* corrian aquí y allá colocando á sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo, y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los pues-

tos circunvecinos; alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el anteojo, sonreirse, corresponder con una inclinacion á un movimiento de abanico, y entablar en fin aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto, y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, ménos el telon, que se levantó en aquel instante.

—«¿No me escuchas?
—¡Qué molesta
y qué cansada mujer!
—Siempre que te viene á ver
debe de subir por cuesta.»

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron á representar; pero tres minutos ántes que los dijeran ya repetia yo estos versos sólo de escucharlos al apuntador. Así fué repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oiamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro á contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galan de una dama altísima, que me hacía temblar por las bambalinas cada vez que aparecia en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salia atropellando cuant-

encontraba y estremeciendo el tablado; só-lo en una cosa se parecian todos, es á saber: los galanes, en el manejo de los guantes, y las damas, en el *inevitable* pañuelo de la mano.

En fin, así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solian ir acompañados de una gran patada; pero subió á su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico-hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo dicho, me parece, que el sobrino del presidente, que hacia de *Rico-hombre*, estaba picado de celos con el que hacía de Rey, así que cargaron á maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució más aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular á no ser una ocurrencia de que me hubiera reido á mi sabor si hubiera estado solo; y fué, que un oficial que estaba detras de mí dijo muy naturalmente á uno que estaba á su lado, que la dama era la única que lo desgraciaba.

—Se conoce que lo entiende V. muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

—Entónces siento infinito haber creido que su hija de V. lo echa á perder.

—Diga V. que el galan no la ayuda.

—¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba á mi derecha.)

—Señores (saltamos todos), no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema; todos se ayudan recíprocamente, y la comedia *la sacan* que no hay más que ver.

Por fin, volvió á sonar el silbato: giramos todos sobre nuestros piés, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor ó menor extension del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillacion de D. Tello á la presencia del Rey, ménos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y D. Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató ál Rico-hombre con una altivez sin igual: por último, al decir los dos versos

«á cuenta de este castigo,
tomad estas cabezadas»,

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y más que todo, el aire triunfal de D. Pedro, enfurecieron al sobrino D. Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de ficcion escénica, arremetió con don Pedro á bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenía hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron

al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes, y la consternacion se hizo general. Entre tanto, doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, miéntras D. Enrique de Trastamara corria por un vaso de agua y vinagre. Todo eran voces, confusion y desórden, y nadie se tenía por dichoso si no lograba derribar una candileja ó mudar una decoracion. El tablado en tanto, sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufria con pena tan inaudita comparsa, y miéntras se pedian y daban las satisfacciones consiguientes, se inclinó por la izquierda, y desplomándose con un estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores, y se encontraron nivelados con la concurrencia. Esta, que por su parte ya habia tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al Presidente haciendo esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que *todo se habia acabado ya*: y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.

(Marzo de 1832.)

EL PRADO.

«Irás al *Prado*, Leonor,
En cuya grata espesura
Toda divina hermosura
Rinde tributo al amor.
»¡Cuántos mirándote allí
Aumentarán sus desvelos!
No quieran, Leonor, los cielos,
Que te los causen á tí.»
Comedia antigua.

«Hácia la parte oriental (de Madrid) luégo en saliendo de las casas sobre una altura que se hace, hay un suntuosísimo monesterio de frailes Hierónimos con aposentamientos y cuartos para recibimientos y hospedería de reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este monesterio hay á la mano izquierda en saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda; puestos los álamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas, con cuatro ó seis fuentes hermosísimas y de lindísima agua, á trechos puestas por la una calle, y por la otra muchos rosales entretejidos á los piés de los árboles por toda la carrera. Aquí en esta alameda hay un estanque de agua que ayuda mucho á la

»grande hermosura y recreacion de la ala»
»meda. A la otra mano derecha del mismo
»monesterio, saliendo de las casas, hay
»otra alameda tambien muy apacible, con
»dos órdenes de árboles que hacen una ca»
»lle muy larga hasta salir del camino que
»llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus
»regueros de agua, y en gran parte se va
»arrimando por la una parte á unas huer-
»tas. Llaman á estas alamedas el *Prado de*
»*San Hierónimo*, donde de invierno al sol,
»y de verano á gozar de la frescura, es
»cosa muy de ver, y de mucha recreacion
»la multitud de gente que sale de bizarrísi-
»mas damas, de bien dispuestos caballos,
»y de muchos señores y señoras principa»
»les en coches y carrozas. Aquí se goza con
»gran deleite y gusto de la frescura del
»viento todas las tardes y noches del estío,
»y de muchas buenas músicas, sin daños,
»perjuicios ni deshonestidades, por el buen
»cuidado y diligencia de los alcaldes de la
»córte.»

Hé aquí una pintura del Prado de Madrid hecha en el siglo XVI, y consignada en un librote *nuevo* de puro *viejo*, que, como várias personas, no tienen otra recomendacion que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué diria el autor (*maestro Pedro de Medina*) si levantára la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? —Diria... ¡qué habia de de-

cir ! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente dia.

Por lo demas, si tales alabanzas prodigaba al Prado, cuando lo desigual é inculto de su inmundo término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmenso arroyo que corria por toda su extension, y demas circunstancias que le afeaban, hacía olvidar tal cual trozo más bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿qué diria, vuelvo á repetir, si le atravesase hoy en toda su extension de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora? ¿Qué al contemplar en toda su extension ocho primorosas fuentes, entre ellas la de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibeles, cuya excelente ejecucion honra la memoria de los artistas españoles? ¿Qué del lindísimo Jardin Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la Real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería el amor embellecia, como en éstos, los sitios más ásperos y es-

sabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega, en un momento de mal humor, se dejó decir:

> «Los prados en que paseau
> Son y serán celebrados;
> Bien haceis en hacer prados,
> Pues hay bien para quien seas»,

el mismo Tirso de Molina, Calderon, Moreto y demas poetas de su tiempo, se esmeraron en encomiarle á porfía con las descripciones más interesantes y románticas. Así que el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

¡Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas, que á hurtadillas de sus padres y hermanos venian á este sitio al acecho de cuál ó cuál galan perdedizo, ó bien que se le encontraban allí sin buscarle! ¡Quién no cree ver á éstos tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡Aquellas criadas malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! ¡Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no sólo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudia y ensalzaba como pintura

fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberian acompañar á este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo, ¡qué de venganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron tambien su suelo! Con efecto, su fragosidad, las circunstancias políticas y la inmediacion á la córte del Retiro, llegaron á darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres el Prado sólo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya encubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus amables atractivos, vienen periódicamente todas las tardes á este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galan ó galanes, objeto ú objetos de sus suspiros; la reunion de la parte más visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen á este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figurémonos verle en una de las apacibles tardes del verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado ademas con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza á ser el punto de reunion general. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del lado de San Fermin, y las de Atocha, las del Jardin Botánico y las del paseo de Recoletos, viene á refluir

en el gran *Salon*, centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho Salon por delante de la fuente de Neptuno; á la derecha tendrémos la calle destinada á los coches, que corre á lo largo de todo el paseo. Mirarémosla henchida de carruajes de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamante, dejando en el medio espacio para los coches de la familia real, á cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del país y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los países extranjeros; v. gr.: Detras de un elegante tilbury, que Lóndres ó Bruséelas produjo, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo, sentado una cuarta más abajo, viene arrastrando con dificultad un cajon semi-oval y verdi-negro, á quien el maestro Medina podria muy bien llamar carroza en el siglo XVI, y en el XIX llamamos *simon*, verdadero anacronismo ambulante. Síguele en pos linda carretela abierta, charolada y refulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas á la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro: el cochero, de gran librea, obliga con pena á

los briosos caballos á seguir el paso del furgon que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato á ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo tambien gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va dentro; no léjos de él pasa el modesto cabriolé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde á su esposa; ni falta tampoco almagrado y extraño coche de camino con grandes faroles, y ataviado á la calesera; ni berlina redonda con soberbios caballos andaluces, que comprometen la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza, todos se sujetan al carril trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibeles hasta la puerta de Atocha, y en el mismo; aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes jinetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazan.

Inmediato á ese paseo, mírase una estrecha calle, que formaria parte del salon principal, sólo interrumpida por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una division más sensible. Como los carruajes van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarian muy á mal el ser confundidos con la multitud, eligie-

ron este pequeño recinto como el punto más á propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada, y áun á despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y del polvo que ellos y los carruajes levantan, todo lo más notable del paseo se *extracta* aquí: no sin graves apreturas, encontrones, distracciones y contorsiones. Cierran con los bancos este recinto multitud de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es al poco más ó ménos el valor del capital. La extension del paseo proporciona la ventaja de volverse á encontrar várias veces durante la tarde, con un período, ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje ó haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los piés sobre otra, los anteojos sobre la nariz, y el baston bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salon, mira desfilar delante de él la inmensa multitud; por poca que sea su penetracion, muy luégo descubre las intriguillas amorosas, sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de inteligencia de los mozos; marca los saludos expresivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas de la vanidad, del cariño maternal ó del desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que entretenido por el tra-

vieso niño, se distrae con él, miéntras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las expresiones de doble sentido y las que se dicen al paso mirando á otro lado; está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico, y nada, en fin, se escapa á su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado por supuesto, para que no se destruya tan débil máquina con notable desman del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque más mímicamente representada. Mira á los elegantes rigoristas, afectando en su traje, en sus modales y en su habla las costumbres extranjeras; obsérvalos andar tortuosamente y sin direccion fija, ora arrimándose á los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparecen en cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento á éstas, y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo á otras.

Todas éstas y más mudanzas habian hecho una tarde el caballero Don-Tal y el callero Don-Cual, sujetos ambos cuya fama se extiende desde la Puerta del Sol hasta

la Red de San Luis, desde el Salon del Prado hasta el teatro del Príncipe; miran pasar un elegante landó, corren precipitadamente á situarse en paraje conveniente, miéntras que una hermosa jóven baja acompañada de un caballero de edad; síguenla de cerca, y entablan en *frances* el diálogo siguiente:

—*Ce mari, mon cher, est un homme bien original... toujours auprès de sa femme.*

—*Cela t'etonne?... Un chevalier du quinziéme siècle.*

—*Epoux d'une elégante du dixneuvième.*

—*Que veux tu, mon cher? ces vieux maris dissent que le cœur ne viellit pas.*

—*Oui... et leurs petites femmes... hein?* (con sonrisa irónica).

—*Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.*

—*Bah! Tu oublies que de son temps n'apprennait en Espagne que notre pauvre langue! Car, j'conviens, nos ayeux etaint des sottes gens!*

—*Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la treulle... Elle ne te regarde pas, mon cher...*

—*Elle m'adore cependant, car elle rit toujous lors qu'elle me voit... oui, mon cher, elle rit.*

—Bravó, *mon cher*, bravó; *c'est bon signe.*

A este punto pasó un quidam del lado de la pareja marital, y habiéndola saluda-

do le cogió el esposo del brazo y siguieron andando; viendo el recien venido que ambos consortes iban riendo, no pudo ménos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza le dijo en voz alta:

—Amigo, no puede V. figurarse lo que me voy divirtiendo con esos tontos de extranjeros que vienen detras.

—(*Diable*, dijo uno de los dos.—*Tais toi*; replicó el otro.)

—Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver á mi mujer; vuelven, se paran, y hacen, en fin, más mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.

—Pero hable V. bajo, que lo van á comprender.

—¡Qué han de comprender! Si no saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos.

(La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido, como temiendo que ellos lo entendiesen.)

—No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habian de ocupar en aprender el español? Nada ménos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.

—Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atreveria á apostarlo, pues en sus modales echo de ver más caricatura que carácter frances.

—¡Cómo es posible que lo sean? ¿No ve usted que no entienden lo que digo?

—Cierto, que eso me hace dudar...

(Durante esta conversacion, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en frances, sin darse por notificados del contenido diálogo.)

Cerca ya de anochecer, subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi á escape por la Carrera de San Jerónimo los dos elegantes ambiguos, siguiendo el coche; pero el cochero (á quien sin duda habian descuidado aquella tarde) no les tenía consideracion, pues sacudiendo los caballos, obligó á los de á pié á volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro piés se va más léjos, y que ellos por la bondad del cielo no podian contar más que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del Salon.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguílos con disimulo, y pude escuchar su conversacion. Por supuesto, era en español corriente, y por los nombres que mútuamente se dieron, no pude ménos de conocer que eran en un todo *originales*. Hablaron largo rato de su aventura, rieron estrepitosamente, y despues se lamentaron de que por haber paseado *del lado de allá* habian faltado á la cita con ciertas *chicas* que les

habrian estado esperando *del lado de acá.*

—Ya ves, decia el uno, durante la fuerza de la tarde, ya conoces que sería muy *plebeyo* pasear á este lado.

—Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traido más cuenta...

—Sí, pero tú debes decirlas que hasta el anochecer no nos esperen.

—Cierto que ya al anochecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de *tercer órden*, y como si dijéramos de *entre sol y sombra.*

En esto, una viejecilla con dos muchachas frescas y francas apretaron el paso detras de ellos, y llegando bonitamente á su lado, les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo. — ¡Ah! Fulanita, Zutanita, ¡son ustedes! —Y desde este punto y hora, una conversacion jovial y animada se entabló entre los cinco, miéntras subian graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron á uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los Dos Amigos, La Estrella, Buen Gusto, etc., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejarémos por ahora para descansar un rato.

(Junio de 1832.)

LOS CÓMICOS EN CUARESMA.

«Y con todo esto, son necesarios en la república, como son las florestas, las alamedas y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean.»

CERVÁNTES.—*Lic. Vidriera.*

«Amigo mio: Hallándome comprometido »á quedarme en el presente año con el »teatro de esta ciudad, y conociendo la »aficion de V. á estas cosas, le ruego y es»pero de su amistad se sirva proporcio»narnos una buena compañía, pues en ésa, »donde se hallan actualmente la mayor »parte de los actores, será cosa fácil, y más »para V. No me extiendo más, porque us»ted comprende mi idea, y sólo me limitaré »á manifestarle que el tiempo urge, y que »no da ya lugar para una negativa. Adios, »amigo mio.»

Tal, punto por coma, fué la epístola con que los dias pasados se me insinuó mi corresponsal de..... poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me vi en la vida; porque si bien es

cierta mi aficion al teatro, tambien lo es que nunca ha pasado más allá de la orquesta, y que para mí sus interioridades son tan desconocidas como las islas del polo. Pero, en fin, despues de háber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano, hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de *don Pascual Bailon Carredera*, el hombre más á propósito de este mundo para sacarme del empeño. Porque este don Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro; ya paseando en landó con una duquesa; ya sentado en una tienda de la calle de Postas; ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando un entierro, ó disputando en una librería, ó pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia.

Este era el hombre, en fin, que yo necesitaba, y sin perder momento, corrí á avistarme con él: halléle componiendo su itinerario del dia (del que en gracia de la brevedad hago gracia á mis lectores); más luégo que le hube enterado de mi negocio, varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo, echamos á andar para desempeñarle. Don Pascual, sin manifestarme á dónde me conducia, me persuadió de que al momento encontraríamos gente conocida entre los venidos de las provin-

cias, y que de un golpe nos pondrian en el justo medio de nuestra negociacion.

—Porque ya sabe V., añadió, que durante la cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el domingo de Pascua, en que se empieza el nuevo *año cómico*, *bajan* á Madrid los *autores* ó *formadores* de compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aquí los ajustes, salen para los puntos respectivos. Para formar una compañía, por lo regular el empresario, que suele ser un actor antiguo ó individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reune las *partes* que le convienen, y sin más adelanto que el preciso para gastos del viaje y algunos dias de asistencia á toda la compañía, cobra despues durante las funciones de todo el año el veinte y cinco por ciento ó más del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquéllas con proporcion, se figura á cada individuo lo que se llama *partido;* verbi gracia: A., primer galan, entra con partido de cuarenta reales; B., con treinta, y C., con veinte; siendo la entrada doscientos veinte y cinco reales, tocará al primero cien reales, al segundo setenta y cinco, y cincuenta al tercero, á razon de *dos partes y media;* pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apénas llegan á cobrar mas de *media parte* ó *un cuarteron* del partido; así que no es de extrañar la miseria en que generalmente

se ven los cómicos de la *legua*, y áun de las primeras capitales de provincia. Sólo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dárselo tambien á la escena; las demas son compañías de *pipirijaña*, como ellos dicen.

—¿Y hacen ellos esa distincion?

—Esa y otras muchas, aunque ya con el trascurso del tiempo van olvidándose; pero si quiere V. enterarse por menor de ello, lea V. al famoso Agustin de Rojas, quien en su *Viaje entretenido* nos dejó una graciosísima explicacion de las ocho maneras de comparsas y representantes, á saber: *Bululú*, *Ñaque*, *Gangarilla*, *Cambaleo*, *Garnacha*, *Bojiganga*, *Farándula* y *Compañía*. Léale usted, pues, que es rato divertido.

—Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.

—Sin embargo, con poca diferencia, la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el dia vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata de Gil Blas, pero tambien es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase, y áun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos á ver suplirá mis explicaciones.

—Al decir esto hicimos alto en la embocadura de la calle ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona, que,

segun mi amigo, es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguan, subimos la escalera, y siguiendo á lo largo de los corredores, se nos ofreció á la vista una multitud de habitaciones, todas abiertas, todas disponibles y todas llenas de mujeres cantando, viejos que fumaban ó chiquillos alborotadores. Acercámonos á una de donde oimos salir grandes voces, y creimos asistir á una pendencia de provecho; mas toda ella se reducia á un cigarro que habia faltado de cierta petaca; aunque los interlocutores, á fuer de *damas* y *galanes nobles* chillaban tanto y tan de recio, y accionaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las damas esta terrible amenaza,

«Dame el cigarro, ó las habrás con Roque»,

hubimos de entrar de *partes de por medio* para terminar aquella escena, que podria figurar airosamente en uno de los dramas modernos. Arrancada que fué á la lid aquella heroína, restituida súbitamente la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo *de carton*, separadas las melenas nada airosas que cubrian su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros que el coraje habia eclipsado:

—¿Es V., mi querida Narcisa? (excla-

mó don Pascual con un arrebato verdaderamente dramático).

—¡Don Pascual! V..... pues..... ¡quién habia de pensar!.....

—¡Ingrata, y qué poco ha conservado usted la memoria de mi cariño!

—¡Ingrato, y cuán mal ha pagado usted mi amor!

La explicacion iba siendo vehemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendia colgado de sendos clavos al rededor de las paredes del cuarto. Llamóme primero la atencion un pantalon azul, un marselles de calesero, y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío habia un carton que en letras gordas decia: «*Traje de Otelo y demas moros de Venecia y de otras partes.*»—Más allá un tonelete, una coraza y una peluca á la Luis XIV, llevaban por distintivo: «*Traje de Cárlos V sobre Túnez.*»—Una mantilla de tafetan con lantejuelas y un vestido de percal frances: «*Traje de Dido, y tambien de la viuda del Malabar, con un crespon negro.*»—Un tontillo, una escofieta y un jubon con faldillas: «*Traje de Semíramis, de la Esclava del Negro Ponto, y demas comedias de Moratin.*»—Un pantalon de mahon *figurando carne*, y una camisa de mujer y un cinto de cuero: «*Traje de Isidoro en el Oréstes.*»
—Y por este estilo iba siguiendo todo el equipaje hasta unos ocho á diez trajes de

ambos sexos. Pero en llegando aquí, escuché claramente la voz de don Pascual, quien, despues de un buen rato de cuchicheo, preguntaba á Narcisa por su marido:
—No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habian apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí dejándome en Málaga, donde creo se embarcó, y hace diez años que.....—Pues luego, ¿esos trajes de moros y cristianos?.... Esos trajes son..... son.....—¿De quién, ingrata?—Del segundo galan.

A este punto ya creí yo poder terciar en la conversacion y preguntar á entrambos cuándo podriamos empezar nuestra contrata.

—Ahora mismo, contestó don Pascual: por de pronto ya tenemos dama.

—Fáltanos, sin embargo el galan, á ménos que V.....

—El galan, replicó Narcisa, le hallarán ustedes con todos los demas compañeros en la plazuela de Santa Ana: hablándole á V. con franqueza, añadió en voz baja á don Pascual, él no es gran cosa, pero.....—Lo demas de la explicacion no lo pude oir. Levantóse de allí á un memento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisa, emprendimos la marcha hácia la plazuela.

Hervia ésta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trajes y cataduras, corrian, se agitaban, se

reunian, se separaban, hablaban á voces, hablaban en secreto, y de esta mezcla, de esta actividad, resultaba un espectáculo singular: aquí un grupo de cuatro, vestidos, cuál con pantalon de verano, casaquilla gris y gorrita francesa, cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés; trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca, á quien todos agasajaban y perseguian, más allá se disolvia estrepitosamente otra: de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrian á firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo. Formando el primer término de este cuadro, y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañías de la córte, manifestando en sus modales y en su vestido el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encarecian sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor y cuchicheaban en voz baja sobre los que ya *habian firmado*. Por vía de sainete se reian de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas ó alabanzas exageradas contribuian á mantenerlos en su petulancia y disputas eternas, y en

acabando éstas, las hacian volver á empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos á los cortesanos á fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra ardua operacion: hiciéronlo así, y llamando por sus nombres á varios, nos los presentaron como *galanes*, *barbas*, *graciosos*, *caracteríscos y partes de por medio*. No bien corrió la voz de que éramos *formadores*, nos empezaron á sitiar, á acosarnos, á embestirnos por todos lados, y miéntras un galan de cincuenta y ocho años nos explicaba su ternura tirándonos del boton de la casaca y humedeciéndonos con el rocío que salia por entre sus despobladas encías, un barba mal encarado con voz cigarreña y aguardentosa nos hablaba de su formalidad, y el gracioso subido en un guardacanton nos ensordecia á gritos para hacernos reir. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de baston, y me encontré con un hombre de mala traza que me llamó aparte.

—Pues señor (haciéndome tres cortesías), no he podido ménos de compadecerme al considerar que le ha rodeado á V. la escoria del arte, porque ha de saber V. que esos son los que nadie quiere, y de los que llegará el domingo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañía de *conformes*, como decimos nosotros.—Y con esto se fué extendiendo lo mejor que supo en pintar-

me los defectos de varios de ellos, aunque, á decir verdad, sospeché por su explicacion que él debia ser el peor de todos. Los demas nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversacion, en tanto que los de Madrid con risas y señas me daban á entender el concepto que les merecia mi oficioso interlocutor. Tratábame ya de desembarazar de él á toda costa, cuando el nombre de *Narcisa,* que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido de la dama de mi amigo, con lo cual llamé á éste y le dejé con él, miéntras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron á ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un *particular* que celebraban á la noche.—¿Y qué es un particular? repliqué yo.—Llámanse así, me contestó uno de los más mesurados, las tertulias de exámen que suelen celebrarse en casa de algun actor para oir á los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo por la costumbre que habia de representar en las casas de los magnates y sujetos particulares.

«Solian con efecto (dice Pellicer), los se»ñores, los togados y la gente principal, »llamar á los comediantes á sus casas para »que hiciesen en ellas algunos *pasos* y áun »comedias, y cantasen, despues de haber »representado en los *corrales*, y á esta di»version casera llamaban *un particular*.»

—Que me place, dije yo, y acepto gustoso el convite á nombre de mi amigo y mio.

Con esto y con dejar citados á varios para el siguiente dia en nuestra casa, salimos de la plazuela, discurriendo alegremente sobre lo que habiamos visto, hasta que, llegada que fué la noche, marchamos al convite.

Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos, que habian acudido á aquel certámen artístico. Tuvo principio éste con várias relaciones de la *Moza de Cántaro*, *La Vida es sueño* y *El Tetrarca de Jerusalen*, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luégo siguieron várias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales algunos no se hacian gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de *Otelo*, entre la bella Narcisa y su compadre el galan de la plazuela. Difícil sería pintar la originalidad del modo de representar de éste: sus inflexiones, sus suspiros, sus movimientos: sólo diré que era cosa de deshacerse en lágrimas de risa; así como al contrario, la dama por su naturalidad hacía nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oir los aplausos á ésta, los ojos de don Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza hácia la puerta de la alcoba, donde ademas se apercibia un hombre embozado y en pié. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sujeto mis-

terioso, y se le contestó que un excelente actor venido de fuera, pero que no queria representar aquella noche.

En tanto la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira), fué animándose hasta el punto en que dice ésta:

> ....«Todo me mata,
> »todo va reuniéndose en mi daño....»

«—Y todo te confunde, desdichada.»

prorumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hácia aquel punto, pero ya el embozado interruptor habia franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, habia soltado la capa, y cogiendo del brazo á aquélla,

«Mírame, ¿me conoces?.... ¿me conoces?....»

la dice con toda la verdad y rabiosa expresion que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fué la única contestacion y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshaciamos á aplausos y bravos, y éstos crecieron al oir al nuevo Otelo dirigir á la infeliz estas palabras:

> «El cielo soberano te castiga
> »Por un medio distinto. ¿Ves la carta?
> »Pues mira la *sortija*, aquí la tienes.»

Pero viendo que Edelmira nada respondia, que el galan primero, amostazado con el nuevo aparecido se disponia á recobrar su puesto, y que éste no mitigaba su encono, llegamos á sospechar que allí podria

haber más que fingimiento, y por mi parte adiviné de plano la causa viendo escurrirse bonitamente á don Pascual, diciéndome al despedirse: — «Es él.....»

Apresurámonos todos á volver en sí á Narcisa, y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora á una reconciliacion conyugal, que terminé yo apalabrando á entrambos para mi compañía. En cuanto á Roque, desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes dias acabé de contratar la comparsa, hasta que reunidos en número de catorce, ajusté una galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí á mi amigo una carta de *remesa*. Al cabo de unos dias me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

(Abril de 1832.)



LOS AIRES DEL LUGAR.

«¡Qué horror! á Madrid me vuelvo:
Que allí hay más comodidades,
Si los vicios no son ménos.»
Breton.

—No hay remedio, amigo don Tal: usted está malo, y es preciso desterrar ciertos humores que *nosotros* los físicos llamamos *humores acres, proclives*, *espontáneos y corrumpentes;* y para ello nada encuentro tan acertado como el que vaya V. á *tomar aires* fuera de Madrid.

—Si V. me lo ordena...

—Sí, amigo, y con toda la autoridad de la ciencia; su imaginacion de V., demasiado ocupada de trabajos mentales, necesita distraccion y desahogo: al mismo tiempo, le es á V. conveniente el respirar un aire libre y puro, no como este mefítico que nos rodea en la capital; en fin, la vida del campo volverá á V. sus fuerzas y ensanchará su pecho, ofreciéndole placeres sencillos é inocentes que no ha experimentado aún...

—¿Y hácia dónde parece á V. que dirija el rumbo?



—A donde V. quiera, con tal que sea un pueblo sano y á bastante distancia de Madrid.

—No entiendo esa última circunstancia.

—Pues créame V., y sígala, aunque sea sin entenderla.

Mi doctor (que es algo brusco de modales) tomó á este punto su sombrero, y me dejó, sin más preámbulos, cavilando sobre el nuevo proyecto que me indicaba. Inmediatamente corrí á rodearme de los ciento y tantos cuadernos que van publicados del *Diccionario Geográfico Universal;* item, del *Atlas* que le acompaña, con el objeto de escoger sitio á donde dirigirme en busca de la salud y de los placeres puros é inocentes. Todo se me volvia tomar y dejar mamotretos, consultar viajes pintorescos, contemplar estampas de paisajes y marinas, recitar églogas pastoriles, y reunir, en fin, un copioso número de materiales para el nuevo género de vida que iba á seguir durante algun tiempo. Pero por más que cavilaba, nada decidia, hasta que resolví salir á la calle y consultarlo con el primero que la suerte me deparase.

La casualidad á veces sabe más que un libro, y ella y mi buena suerte hizo que me dirigiese á casa de *don Melquíades Revesino*, cuya familia es para mí de la mayor franqueza. Por qué tanto la hallé cuidadosamente ocupada en discutir un proyecto semejante al que á mí me desvelaba,

quiero decir, en salir *á tomar aires á un lugar.*

Motivaba esta improvisa determinacion (á lo que supe despues) cierto amorío de la niña de la casa con el jóven *don Luisito del Parral*, mozo brillante, no por su elevada cuna, no por la superioridad de sus talentos, no por la abundancia de sus riquezas; no, en fin, por su perfecta persona, sino por un cierto aire de extranjerismo aprendido en un viaje que hizo á Bayona; por un tono decisivo y abierto, natural de la calle de la Montera, y por cierta elegancia en el vestir, debida á la sabia tijera de *Rouget;* mozo, en fin, á la moda, muy versado en la chismografía corriente, y tan poco conocedor de los sucesos pasados como nada cuidadoso de los futuros.

Pues este tal era el que, inflamando el corazon de *Jacinta* (que tal era el nombre de mi heroina), alteraba la paz de aquella casa y destruia la salud de la niña, cuya palidez y tristeza se aumentaban desde el dia en que al celoso don Melquíades se le ocurrió privar á aquél la entrada en su casa. Desde tal momento la niña era el objeto de los más solícitos cuidados: se la mimaba cuidadosamente, ya ofreciéndola manjares delicados, ya tomándola maestros de canto y de dibujo, ya llevándola del Prado á la Ópera y de ésta al baile; pero nada era suficiente á borrar la im-

presion que el mancebo habia hecho en su alma, y toda la facultad matritense, convocada al efecto, habia declarado solemnemente que la chica adolecia de una melancolía que acabaria con ella, si por el pronto no se tomaba la determinacion de sacarla de Madrid. Tal era el apuro de esta familia, que no titubeó un momento en llevar á efecto tan sábia determinacion, y hé aquí que yo llegué cuando estaban discutiendo el punto de direccion.

Nada les podia servir mejor que mi llegada, pues viniendo, como venía, lleno de la misma idea, y cargado ademas de erudicion geográfica, estaba en el caso de contribuir grandemente á fijar la cuestion. Seducido con la idea que me propusieron de acompañarles en la partida, hablé larga y asombrosamente sobre los diferentes países conocidos; cité lugares célebres, atravesé montañas; salté rios, y dejé á todos pasmados con lo mismo que acababa de leer (costumbre harto frecuente en ciertos sabios del dia); pero á todo se me contestaba con esta pregunta: «¿Y cuántas leguas está eso de Madrid?» Y en pasando del espacio que ellos determinaban, ya no habia forma de reducirles. Por fin, despues de largos y acalorados debates y comparaciones topográficas, históricas y críticas, determinamos, de comun acuerdo, que el viaje sería... á *Carabanchel*, célebre lugar situado donde acaso más de un geógrafo

ignora, y en cuyas ventajosas circunstancias convino toda la sociedad.

Una sonrisa de Jacinta fué la señal de la aprobacion general, y desde aquel momento ya no se pensó más que en los preparativos del viaje, que se fijó para de allí á ocho dias. Don Melquíades salió á contratar el carruaje, la mamá y la niña al almacen de *Carrillo* á comprar trajes y adornos de camino, á consultar de paso con *madama Adela* la forma de los sombreros, y á despedirse de todos sus conocidos; otro se ofreció á sacar el pasaporte, aunque luégo nos ocurrió que, hasta pasadas seis leguas de Madrid no teniamos necesidad de él; otro se encargó de preparar una casa; un poeta de surtido que frecuentaba la tertulia corrió á componer una despedida *cantábile*, y yo me volví á empaquetar mis efectos, mi biblioteca de campo, mis mapas, mis anteojos y catalejos, y á comprar un libro en blanco para escribir las observaciones histórico-críticas del viaje.

En tan complicadas operaciones, llenos de las ideas y proyectos más lisonjeros, y saboreando de antemano los placeres que íbamos á disfrutar, pasaron aquellos ocho dias, hasta que lució la suspirada aurora, y ántes que el sol iluminase el horizonte, ya nos hallábamos reunidos en casa de don Melquíades con todo el tren y aparato de marcha. Los abrazos, las lágrimas, los suspiros, se prolongaron largo rato; los

respectivos utensilios, cofres, maletas, sacos de noche, colchones y demas, fueron colocados en el coche, y subiendo en él el papá, la mamá, la niña y yo, con dos criadas, empezamos nuestro camino escoltados de algunos buenos amigos de la casa, á quienes íbamos dejando, ya en la puerta, ya en el puente de Toledo, ya en la antigua ermita de San Dámaso, ya, en fin, á la vista de Carabanchel de Abajo.

Entre tanto, nosotros gozábamos del aspecto de la campiña, marchando entre dos filas de futuros árboles recien plantados y animando á Jacinta (que nunca habia pasado del Canal) á regocijarse con la vista de aquellas tierras de pan llevar, ó de tal cual colina de arena que interrumpia la uniformidad del paisaje. Por fin, despues de várias preguntas de cuántas leguas habiamos andado ya, despues de informarnos de los nombres de los lugares cuyos campanarios alcanzábamos á ver á lo léjos, despues de disertar largamente sobre las incomodidades de los viajes, llegamos sin ocurrencia notable á Carabanchel, sin necesidad de hacer noche en el camino, gracias á la agilidad de nuestras mulas.

Echamos pié á tierra en una calle *de cuyo nombre no quiero acordarme*, y ocupamos la casa que se nos tenía preparada: componíase de una salita baja con dos rejas á la calle, una alcoba y várias piezas

y dormitorios interiores que daban á las eras; y si bien el adorno, compuesto de una mesa de pino, ocho sillas de Vitoria, dos cornucopias y cuatro estampas de la prision del Maragato, no correspondia en nada al precio que se nos habia exigido ni á la elegancia y porte de nuestras damas, al ménos le encontramos muy en armonía con los modales y disposicion de los amos de la casa; de suerte que no tuvimos que quejarnos en este punto de la menor discordancia.

Por de pronto, nos examinaron bien, rieron de nuestros sombreros y casquetes, franquearon su puerta á una caterva de muchachos en camisa, que nos perseguian con el epíteto de *lechuguinos de Madrid*, y permanecieron sentados, tranquilos espectadores del descargo de nuestros efectos, sin aproximarse á ayudarnos en nada. Pedimos agua para lavarnos, nos trajeron una cofaina sucia y ordinaria, que pusieron sobre una silla, y para hacer que mudáran el agua á cada uno, tuvimos que sostener tantas cuestiones como individuos éramos; pedimos pan, y no lo habia hasta de allí á una hora; quisimos vino, y nos lo trajeron bastante malo; por último, tuvimos necesidad de descansar, y los colchones no nos lo permitieron; hubo, pues, que repartir económicamente los que traiamos, y áun así no fué posible dormir, porque una plaga de moscas, moscones y

mosquitos formaban á nuestros oidos un alegre terceto, interpolado de sendas embestidas sobre nuestros rostros; esto, unido á la algarabía que traian las gallinas en el corral, y al calor y la luz que entraban por las puertas y ventanas, que no cerraban bien, nos hizo pasar un rato agradable, parecido á los varios que despues tuvimos ocasion de disfrutar. Pero ¿para qué me canso en ir siguiendo metódicamente el órden de los acontecimientos? Basta indicar con rapidez el método de vida á que por necesidad tuvimos que acomodarnos, y haciendo la pintura de un dia, puede servir de molde para los demas.

Nos levantábamos tarde, porque no nos acostábamos temprano, porque ningun objeto nos excitaba á madrugar, porque el dia se nos hacía más largo é insoportable, porque los bichos voladores nos disputaban el sueño durante la noche, por otras mil y una razones que sería prolijo explicar. Durante el fementido almuerzo, mal condimentado y peor servido, escuchábamos las novedades del pueblo de boca del sobrino del patron, *Ferminillo,* mozo travieso y decidor, cuyas novedades se reducian á saber tal cual familia que habia llegado de Madrid, con todos los ribetes y circunstancias de lo que traian, lo que gastaban, lo que comian, etc.; luégo solia amenizar la relacion con alguna que otra paliza dada durante la noche, tal ó cual multa ó

encarcelamiento, y acostumbraba concluir con acompañarse á la guitarra unas infames seguidillas de malignos conceptos y alusiones harto claras.

Cansados de Ferminillo, nos dirigiamos á alguno de los jardines y huertas particulares, donde (prévia una esquela del dueño, un permiso del mayordomo, un empeño del portero ó una recomendacion del estercolador) podiamos pasearnos en dos fanegas de sembradura debajo de un emparrado, hasta que solia venir el conde ó el marqués propietario, y, ó le teniamos que abandonar el campo, ó que deshacernos á cumplidos y cortesías. Saliamos de allí cuando el dios de los tabardillos ejercia ya su poderosa influencia, y por las amenas calles de aquella brillante poblacion (interrumpidas por algunos grupos de muchachos que reian de buena fe al mirar el sombrero de Jacinta, ó al verme á mí llevando su sombrilla) nos dirigiamos á visitar algunas de las familias compatricias, á las cuales encontrábamos, ó bien entregadas á un profundo sueño, ó bien ocupadas en echar de comer á las gallinas; ya jugando al asalto, ya leyendo la *Gaceta de Madrid*, y todos, en general, quejándose de que el dia en Carabanchel tenia cuarenta y ocho horas. En fin, despues de proyectar algun paseo para la tarde, nos retirábamos á nuestra casa á despachar la parca comida, siempre compuesta de los

mismos artículos, de pollo y tortilla, al ménos que algun *propio* enviado de Madrid no nos trajese algo nuevo; dormiamos luégo cuatro horas de siesta, y saliamos al paseo de las Eras, ó bien al otro Carabanchel, en union de alguna otra familia, formando luégo en cualquiera casa nuestra tertulia de tresillo hasta las once ó las doce.

Tal era la vida agreste que llevábamos, y no hay que decir que cada dia nos parecia más necia; la salud de Jacinta empeoraba; la mia no ganaba nada, y ni médico ni botica nos inspiraban confianza para consultarlos; el ejercicio que haciamos en un país árido é ingrato nos cansaba el cuerpo y nos entristecia el alma; todos los objetos que nos rodeaban inspiraban tedio y desazon: la mezquindad de la habitacion y los muebles, la grosería de sus dueños, las chanzas pesadas de Ferminillo, la etiquèta de las gentes que llegaban de Madrid, la monotonía de nuestras acciones, el aspecto mísero del lugar, la privacion de toda clase de conveniencias, las intrigas y enemistades ridículas que Fermin nos contaba, todo era muy á propósito para acabarnos de fastidiar, y al cabo de quince dias (de los cuales, segun mi cuenta, pasamos durmiendo los diez y medio) se empezó á tratar de volver á Madrid. Un incidente imprevisto vino á precipitarlo.

Hacía dos ó tres noches que yo habia visto por las ventanas que daban á las eras pasar un hombre á caballo con aspecto misterioso, y haciendo salir á Fermin, vi que se hablaban y que se despidió de él el caballero; con lo cual y con decirme Fermin que era un conocido de Madrid que estaba en el pueblo, cesaron mis sospechas, á pesar de que otras noches, á la misma hora, solia verle rondar la casa.

Ya nuestra partida estaba señalada para de allí á ocho dias, cuando, reuniéndonos una mañana al desayuno, notamos que Jacinta no venía: llamamos á su criada, y no respondió; pasamos á su cuarto, y vimos que habian desaparecido una y otra, item más, el Fermiuillo, director de toda la intriga, y sobre la mesa encontramos un billete concebido en estos términos:

«Amados papá y mamá: el estado infeliz á que me ha reducido una pasion violenta, y el convencimiento que tengo de mi pronta muerte si me empeño en resistirla, me han obligado á dar un paso atrevido y ajeno á mis ideas; pero creo que el amor que ustedes me tienen les inclinará á perdonármelo. Yo huyo de la casa paterna, pero huyo bajo la proteccion de las leyes, y huyo con el esposo que mi suerte me ha destinado. Voy con Fermin y Manuela, y quedo depositada en Madrid en casa de D..., su amigo de ustedes, miéntras espero allí la aprobacion paternal. Perdon, papá

y mamá: no me aborrezcan ustedes, y compadézcanme por haberme visto precisada á este extremo.—*Jacinta.*»

No hay que decir el pasmo que en ambos consortes se manifestó con esta ocurrencia; sin embargo, en la mamá noté más serenidad, como si hubiese tenido algun antecedente. Yo me encargué de convencer al padre; y llegado que hubimos á Madrid, viéndose invitado por la autoridad á prestar su aprobacion y fuertemente instado por todos sus amigos, cedió por fin á nuestras súplicas, y el matrimonio se celebró ayer con alegría y satisfaccion, sin más nubes ni contratiempos.

La niña Jacinta parece satisfecha de haber salido *á tomar los aires*, y no dudo que curará de sus males: en cuanto á mí, si no bastasen los que tomé en Carabanchel, continuaré tomándolos en el Retiro, ó me alejaré sesenta leguas de Madrid, donde la sencilla ignorancia de la aldea no se halle mezclada con la malicia del pueblo bajo de la córte, y donde la campiña, más vária, ofrezca mayor novedad y desahogo. Esto fué sin duda lo que me quiso decir mi médico.

(Agosto de 1832.)

EL PASEO DE JUANA.

«Debajo desas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.»
Lupercio.

A electrizar muchos cuerpos,
Y á cautivar muchas almas,
Una noche de verano
Salió Juana de su casa:
Juana, la que en Avapiés
Goza, por su noble fama,
Los galanes por docenas,
Las palizas por semanas;
La que con su vista sólo
Turba la paz de las casas,
La que las mujeres temen,
La que los maridos aman.
Un airoso zagalejo
Sus perfecciones señala,
Y á la media pierna llega,
Y de allí, traidor, no pasa.
¡Ah zagalejo paciente,
Qué de aventuras contáras
Si fueras enriquecido
Con el dón de la palabra!
De sarga rica mantilla,

Con terciopelo de á cuarta,
Deja Juana por los hombros
Colgar casi descolgada,
Y en recoger las dos puntas
La mano diestra empleaba,
Con la izquierda juguetona
Un blanco pañuelo arrastra.

Apénas pisa la calle,
En marcha oblicua y taimada
Sigue á *babor* y *estribor*
Con un meneo que encanta;
Nada, nada la detiene
Al cruzar las calles, salta,
Y en gracia de la limpieza,
Alza el vestido una cuarta;
Todos la dejan la acera,
Todos vuelven á mirarla,
Y ella á todos los desdeña
Y sigue alegre su marcha.
Algunos, más atrevidos,
La dicen «*Pase mi alma*»:
Pero ella alza su cabeza,
Tuerce el labio, escupe ó canta;
Y va dejando plantones
Por las calles donde pasa,
Que hasta perderla de vista
Permanecen como estatuas.
¡Qué es ver al señor don Bruno,
El abogado de fama,
Quedarse petrificado
Sin saber lo que le pasa,
Andar dos pasos atras

Mirando si le reparan,
Hasta que más reflexivo
Sigue su camino y marcha!
Y á don Cosme el mercader,
De la hambre fiel estampa,
¿No es una risa el mirarle
Que al ver á Juana se para,
Se envuelve en su capotillo,
Y se va tras la muchacha,
Y tropezando y cayendo
Hasta que llega á alcanzarla?
Dala entónces con el codo,
Y entre toses y entre babas
La dice cuatro chocheces,
Con voz trémula y cascada;
Juana le mira y se asusta
Al ver su figura extraña,
Hasta que rompe en reir
Y le deja... ¡cual quedaba!

Un cadete en este instante
Al lado de Juana pasa;
Mírala, vuelve, y la sigue;
Al cabo una cadetada.
Formando iba mil proyectos,
Y contemplando con ánsia
La belleza de Juanilla,
Que ya cuenta por lograda.
Tienta primero el bolsillo
Para escuchar si sonaba,
Que esta clase de conquistas
No se hacen con otras balas.
Avanza luégo atrevido,

Y sin mirar más que á Juana,
Con palabras de grajea
Sus deseos la declara.
Juanilla, á quien el pudor
(Como es natural) ahogaba,
Sigue su paso, y camina
Sin responderle palabra;
Y el cadete, conociendo
Que *otorga todo el que calla*,
Marcha al lado, y tanto dice,
Que al fin le responde Juana.
Arman, pues, conversacion,
Y yo no sé de qué hablaban;
Pero es cierto que el cadete
Iba que lástima daba.
Su paso era acelerado,
Mas la compañera maula,
Que conoce del mancebo
Las no disfrazadas ánsias,
Quiere probar su paciencia,
Y á un vecino que pasaba
Haciendo el desentendido
Y evitando el saludarla,
Le pára, y empieza á darle
Conversacion más que larga
Sobre no sé qué diabluras
Que hicieron noches pasadas.

Rabiando estaba el cadete
Y pelándose las barbas
Al mirar todo este paso
Desde una esquina inmediata,
Hasta que, compadecida

De su situacion la Juana,
Se despide del vecino
Y hácia el cadete ya marcha.
Éste, viéndola venir,
Olvida sus amenazas,
Vuelve á expresar su contento,
Vuelve á la dicha turbada.

Llegan, despues de un buen rato,
De la tal niña á la casa,
Y en un oscuro portal
Entran en dulce compaña.
Una escalera de torre
No es más peligrosa ni alta
Que la que el pobre cadete
Tuvo que subir tras Juana.
Él, que se miró en lo oscuro,
Corre en pos de la muchacha,
Y como iba tan turbado,
Y la escalera era mala,
No subia un escalon
Sin que un susto le costára,
Porque en el que no caia,
Por lo ménos tropezaba.

Llegan al alto por fin,
Y á la puerta Juana llama:
Ábrese, pues, y una vieja
Asquerosa y remendada
(De estas viejas que su oficio
Llevan pintado en la cara)
Es el objeto primero
Que delante se les planta.

Un torcido candelero
Con media vela en la sala
Coloça, y muy cuidadosa
Dispone no falte nada;
Pone sillas, las cortinas
Desplega, espanta la gata,
Y hace, en fin, lo que hacer suele
Toda mujer de su casta;
Vase despues, y los deja
En libertad... pero calla,
Que quiero tomar aliento
Para describir la sala.

Érase un cuarto pequeño.
Las paredes sombreadas,
Las bovedillas mugrientas,
Las arañas las poblaban.
Juana era caritativa,
Y así vivir las dejára,
Consiguiendo con sus telas
Tener la casa colgada.
Una mesita de pino,
Un San Antonio de talla,
Y á su lado, en simetría,
Dos tiestecitos de albaca;
Un espejo sin azogue,
Del *Dos de Mayo* una estampa,
Y un pandero en una esquina
Enfrente de una guitarra;
Tres desvencijadas sillas
Concluian de la sala
El adorno, y en verdad
Que estaba bien adornada.

Pero... ¿adónde está Juanilla?
¿Y el cadete? ¡Ah buenas maulas!
Mas, silencio, que á la puerta
En este momento llaman,
—*¿Quién es?* (pregunta la vieja).
—«Abra usted, señora Claudia.»
—«¡Ay, Juanita, que es el Zurdo!
¡Por Dios, que no sienta nada!»
Abre la vieja, y un majo
Dé sombrero de calaña,
De chaquetilla redonda,
Y de garrote y navaja,
Entra y toma posesion
Pacífica de la sala;
Y en tanto que la Juanita
Sale á ver su buena alhaja,
El cadete, de puntillas,
Se va por la puerta falsa
Agarrado de la vieja,
Bajando á oscuras la escala,
Y al encontrarse en la calle,
Sù razon ya despejada,
Le hace ver su desvarío,
Y mil temores le asaltan.
Pero no sólo en temores
Pararon, que poco tarda
En conocer los efectos
De pasearse con Juana;
Y entónces diz que el cuitado
A sus solas exclamaba:
¡Oh placer, cuán poco duras,
Y qué de penas arrastras!

(Agosto de 1832.)

EL AMANTE CORTO DE VISTA.

> «¡Ay cielos! sueño despierto,
> Pierdo cuando estoy ganando,
> Soy lince y á oscuras ando,
> Y en fin apunto y no acierto.»
>
> *Tirso de Molina.*

«¡Cómo! (exclamará con sorpresa algun crítico al leer el título de este discurso), ¿tampoco los vicios físicos están fuera del alcance de los tiros del *Curioso?* ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten á sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo ménos, sin que vaya acompañado de otro moral?»

Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizá no es difícil. Venga V. acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo, que contribuyen á caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el descritor de costumbres los pase por alto sin sacar partido de las várias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el órden de la marcha de

sus ejércitos, sus juegos, sus bailes, sus ejercicios gimnásticos? Pues ¿por qué no se ha de pintar el amor *corto de vista* donde apénas hay amante que no lo sea? Por otro lado, ¿quién le ha dicho á V. que esta enfermedad *de moda* no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil sería probar su orígen de la depravacion de costumbres, de los vicios de la educacion, ó de los excesos de la juventud? Conque ya ve V., señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdiccion de mi benigna correa; conque ya V. conocerá que no hay inconveniente en hablar de él... ¿No? Pues manos á la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo más que hacer la eleccion de uno. Tóquele por hoy la suerte á Mauricio R..., y perdone si le hago servir para desarrugar la frente de mis lectoras. — ¿Y quién es el tal? — El tal, señoras mias, es un jóven de veintitres años, cuya figura expresiva y aire sentimental descubre á primera vista un corazon tierno y propenso al amor; no es, por lo tanto, extraño que encontrase gracia cerca de ustedes. Así ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al jóven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas, por desgracia, el pobre mancebo tiene un defecto capital, y es el ser corto de vista, muy corto de vista, lo cual le contraría en todos sus planes.

Alto, señoras, no hay que reirse, que mi héroe no lo toma á risa, ni sabe sacar partido, como otros muchos, de este mismo defecto para ser más atrevido y exigente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, ó para sorprender con su *inevitable* lente las miradas furtivas de las damas. Nada ménos que eso. Mauricio es sensible, pero muy comedido; y más bien quiere privarse de un placer que causar un disgusto á otra persona. Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpétuos, como hacen otros sin necesidad y sólo por petulancía; ¡ pero dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compas de la *Mazzowrka !* y Mauricio, á los veintitres años, no podia determinarse á dejar de bailar la Mazzowrka. Buen remedio era por cierto el lente colgante, pero, ademas de la prudencia con que le usaba, ¿ cómo adivinar las escenas que iban á suceder para estar prevenido con él en la mano? Si la hermosa Fílis volvia rápidamente hácia él sus bellos ojos, ó dejaba caer su pañuelo para darle ocasion de hablar con ella, ¿ quién lo habia de prever un minuto ántes? Si creyendo sacar á bailar á la más hermosa de la sala se hallaba con que se habia ofrecido á una momia de Egipto, ¿de qué le servía el lente un minuto despues? Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocia esto, se desesperaba de véras.

El amor, que por largo tiempo se habia complacido en punzarle ligeramente, vino por fin á atravesar de parte á parte su corazon; y una noche en el baile de la Marquesa de... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Lainez, no pudo ménos de espontanear una declaracion en regla. La niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó á reprenderle.

«Faute d'avoir le temps de se mettre en courroux.»

Y hé aquí á mi buen mancebo en el momento más feliz del amor, el de mirarse correspondido por la persona amada. Ya nuestros amantes habian hablado largamente; tres *rigodones* y una *galop* no habian hecho más que avivar el fuego de su pasion; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba las protestas y juramentos, tomaba exactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaria al balcon, la iglesia donde acudia á oir misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá; en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidais en tales casos. Pero el inexperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente á la mamá y á una hermana mayor de Matilde que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de ésta, coronel de caballería, y por último, no se atrevió á pre-

venir á su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dió despues á conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente dia á la calle donde vivia su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa. Matilde le habia dicho que era número 12, y que hacía esquina á cierta calle; mas por cuánto la otra esquina, que era número 72, pareciόle 12 al desdichado amante, y fué la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde, que le vió venir (¡ojos femeniles, qué no veis cuando estais enamorados!), tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcon, ostentó á su amante todas las gracias de su hermosura en el traje de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado á seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de enfrente, apénas hizo alto en la belleza que se habia asomado al otro balcon. Este desden inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco; todo era inútil: el amante dolorido la miraba rápidamente y la volvia la espalda para ocuparse en el otro objeto. Una hora y más duró esta escena, hasta que desesperado el buen muchacho, y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina, que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin,

resistirlas, y viendo que de lo contrario perdia la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazon) á hacer un paréntesis á su amor, y hablar á la airosa vecina. Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcon de Matilde; alza la cabeza para hablarla; pero en el mismo momento tírale ella á la cara el pañuelo que tenía en la mano (al que durante su furor habia hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra, éntrase adentro y cierra estrepitosamente el balcon. Mauricio desdobló el pañuelo y reconoció en él bordadas las mismas iniciales que habia visto en el que llevaba Matilde la noche del baile.... Miró despues la casa, y alcanzando á ver *Visita general, número 12* (1), ¿cómo pintar su desesperacion?

Tres dias con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcon permanecia cerrado, y toda la vecindad, ménos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. A la tercer noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá: colocado en su luneta, con el auxilio del *doble* anteojo, recorre con avidez el coliseo y nada ve que pudiera lisonjearle; sin embargo, en uno de los palcos por asien-

(1) No hay necesidad de advertir que este artículo se escribió ántes de la nueva numeracion de Madrid, que por su órden y claridad favorece á los amantes cortos de vista.



tos cree ver á la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma á la puerta del palco; no hay que dudar... son ellas... Mauricio se deshace á señas y visajes, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas á su descenso, y en la parte más oscura de la escalera acércase á la niña y la dice:

—Señorita, perdone V. mi equivocacion; si sale V. luégo al balcon la diré... entre tanto, tome V. el pañuelo.

—Caballero, ¿qué dice V.?—le contestó una voz extraña, á tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros teatros) vino á revelarle que hablaba á otra persona, si bien muy parecida á su ídolo.

—Señora...

—¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita.

—¿Qué es eso, niña?

—Nada, mamá; este caballero, que me da un pañuelo de Matilde.

—¿Y por dónde tiene ese caballero un pañuelo de Matilde?

—¿Señora... yo... dispense V.... el otro dia... la otra noche, quiero decir... en el baile de la Marquesa de...

—Es verdad, mamá; el señor bailó con mi hermana, y no es extraño que dejase olvidado el pañuelo.

—Cierto, es verdad, señorita, se quedó olvidado... olvidado...

—A la verdad que es extraño; en fin, caballero, damos á V. las gracias.»

Un rayo caido á sus piés no hubiera turbado más al pobre Mauricio, y lo que más le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo habia atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocacion de la casa, de las protestas del baile; en fin, hacia toda la exposicion del drama, y él no sabía qué suerte iba á correr el tal papel.

Trémulo é indeciso siguió á lo léjos á las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el más oscuro abandono. En balde aplicaba el oido por ver si escuchaba algun diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, ó la sonora marcha de los sucios carros de la limpieza, era lo único que heria sus oidos, y áun sus narices; hasta que cansado de esperar sin fruto, se retiró á su casa á velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Entre tanto ¿qué sucedia en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender á la niña, habia descubierto el billete, se habia enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, habia resuelto, por consejo de la hermanita, callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y terminante

al galan con el objeto de que no le quedase gana de volver; hiciéronlo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de mujer (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por más señas con un alfiler. Hecha esta operacion se fueron á dormir, seguras de que á la mañana siguiente pasaria por la calle el desacertado galan. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa, pues no habian dado las ocho cuando ya estaba en el portal de enfrente, sin atreverse á mirar. Estando así, oye abrirse el balcon: ¡oh felicidad! una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso á recibirle, y encuentra... el balcon se habia cerrado ya, y la esperanza de su corazon tambien.

En vano fuera intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella serie de desgracias; baste decir que renunció para siempre al amor; pero, en fin, era mancebo, y al cabo de quince dias pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo. Era una de aquellas noches apacibles de Julio que convidan á gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles; y sentados ambos camaradas, empezaron la consabida conversacion de sus amores. Mauricio con su franqueza natural contó á su amigo su última aventura, con todos los lances y peripecias que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habian pro-

porcionado; pero al acabar esta relacion sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde entre otras personas observó sentados á un militar y á una jóven: arrimase un poco más, saca su anteojo (¡insensato! ¿por qué no le sacaste desde el principio?) y conoce que la que tenía sentada junto á él oyendo su conversacion era nada ménos que la hermosa Matilde.—«¡Ingrata!...»—Fué lo único que pudo articular, miéntras el papá llamaba á un muchacho para encender el cigarro. —«Yo no he escrito ese billete.» (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.)—¿Pues quién?...—«No sé... llévelo V.; á las doce estaré al balcon.»

La esperanza volvió á derramar su bálsamo consolador en el corazon del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras, aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo el balcon: con efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano; ya... Mas ¡oh, y qué bien dice Shakspeare, que *cuando los males vienen no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones*! Aquella noche se le habia antojado al papá tomar el fresco despues de cenar, y era él el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grave agitacion de Matilde, que rogaba se fuese á acostar para evitar el relente.

—Bien mio, dijo Mauricio con voz almibarada, ¿es V.?

—Chica, Matilde, le dice el padre por lo bajo, ¿es contigo esto?

—Papá, conmigo, no señor; yo no sé...

—No, pues estas cosas tuyas son ó de tu hermana.

—Para que vea V., continúa el galan amartelado, si tuve motivo de enfadarme, ahí va el billete.

—A ver, á ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy á leerle...

Dicho y hecho; entrase á la sala mirando á su hija con ojos amenazadores, abre el billete y lee... *Caballero: si la noche del baile de la Marquesa pude con mi indiscrecion hacer concebir á V. esperanzas locas...*

—Cielos; ¡pero qué veo! ésta es letra de mi mujer...

—¡Ay, papá mio!

—¡Infame! á los cuarenta años te andar haciendo concebir esperanzas locas...

—Pero, papá...

—Déjame que la despierte y que alborote la casa.

Con efecto, así lo hizo, y en más de una hora las voces, los gemidos, los llantos dieron que hacer á toda la vecindad, con no poco susto del *galan fantasma*, que desde la calle llegó medio á entender el inaudito *quid pro quo*.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron sufrir por más tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado llama á la puerta: asó-

mase el padre al balcon:—Caballero, tenga V. á bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta.—El padre coge dos pistolas y baja precipitado, abre la puerta; — «Escoja V., le dice:—Serénese V., contesta el jóven; yo soy un caballero, mi nombre es N., y mi casa bien conocida; una combinacion desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de V., y no debo consentirlo sin explicársela.»

Aquí hizo una puntual y verdadera relacion de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente la mamá y las niñas, con lo cual calmó la agitacion del celoso Coronel.

Al siguiente dia la Marquesa presentó á Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso á ello.

Desde aquí siguió más tranquila la historia de estos amores; y los que desean apurar las cosas hasta el fin, pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada, á pesar de que ésta, mirada de cerca, á buena luz y con anteojos, le pareció á aquél no tan bella, por los hoyos de las viruelas y algun otro defectillo; sin embargo, sus cualidades morales eran muy apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer para olvidar éstas sino una sencilla operacion, que era... quitarse los anteojos.

(Setiembre de 1832.)

EL BARBERO DE MADRID.

« Pronto affar ttuso
La notte e il giorno,
Sempre d'intorno
In giro stà. »

Aria de Figaro.

¿Sabe V., señor público, que es un compromiso demasiado fuerte el que yo me he echado encima de comunicarle semanalmente un cuadro de costumbres? ¿Sabe usted que no todos los dias están mis humores en perfecto equilibrio, y que no hay sino obligarme á una cosa para luégo mirarla con tibieza y hastío? A la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligacion de tenerles á tal ó tal hora determinada. Y no dígolo por el mio, pues éste claro está que de suyo es apocado y exiguo, sino véolo en otros mayores y de marca imperial, de lo cual infiero y saco la consecuencia de que el genio es naturalmente indómito, y repugna y rechaza los lazos que le sujetan.

Pero al fin y postre, y viniendo á mi asunto (puesto que maldita la gana tengo de ello), preciso será sentarme á escribir

algo, si es que mañana he de responder con papel en mano al cajista de la imprenta. Paciencia, hermano, sentémonos, preparemos la pluma, dispongamos papel, y..... Pero entiendo que ántes de empezar á escribir, bueno será pensar sobre qué..... Así lo recomienda el célebre satírico frances.

« *Avant donc que d'écrire apprenez à penser.* »

Mas no hay por qué detenerse en ello, sino imitar á tantos escritores del dia que escriben primero y piensan despues. Verdad es que tambien *piensan* los jumentos.

Repasemos mis memorias á ver cuál puede hoy servir de materia al entendimiento..... Esta.... la otra..... nada, la voluntad dice que nones; pues, señores, medrados quedamos.—(Aquí el *Curioso* da una fuerte palmada sobre el bufete, tira violentamente la pluma, y permanece un rato con la mano en la frente haciendo *como el que piensa.* La mampara del estudio se abre en este momento, y el barbero se anuncia sacando al autor de su éxtasis.)
—Hola, maestro, ¿es V.? Me alegro, con eso hablará V. por mí.

Mi barbero es un mozo de veinte y dos, alegre como Fígaro, aunque con diversas inclinaciones; verdad es que aquél le retrató Beaumarchais, y á éste le pinto yo; ¡no es nada la diferencia! Pero, en fin, como todo en este mundo se hace viejo, el barbero de Sevilla tambien; ademas de que

ya nos lo han ofrecido cantado y rezado, y áun en danza, y nos lo sabemos de coro. Vaya otro barbero no tan sabio, no tan ingenioso, pero más del dia; no vestido de calzon y chupetin, sino de casaquilla y corbata; no danzarin, sino *parlante* como yo; no..... pero, en fin, maestro, cuéntenos usted su historia, porque yo ni de hablar tengo hoy gana.

—Yo, señor, soy natural de Parla, y me llamo Pedro Correa; mi padre era sacristan del pueblo y mi madre sacristana; yo entré de monaguillo así que supe decir *amén;* de manera que con el señor cura, mis padres y yo componiamos todo el Cabildo; en mi casa se tenía por cosa cierta que yo habia de llegar á ser fraile francisco, porque así lo habia soñado mi madre, y ya me hacian ir con el hábito y me enseñaban á rezar en latin; pero por más que discurrian, no podian sujetar mis travesuras. Ni en las vinajeras habia vino seguro, ni las cabezas de los muchachos tampoco donde yo estaba; y cuando se me antojaba alborotar el lugar, me colgaba de las cuerdas de la campana, y con piés y manos las hácia moverse, ni más ni ménos que si fuesen atacadas de perlesía. En suma: tanto me querian sujetar y tanto me recomendaban la santidad de la carrera á que me destinaban, que una mañana, sin decir esta boca es mia, cogí el camino por lo más ancho, y no paré hasta la Carrera de

San Francisco de esta heroica Villa, en casa de un primo mio, y habiéndome dicho el nombre de la calle, di por realizado el ensueño de mi madre, y á mí por desquitado de mi estrella.

Mi primo era cursante de Cirugía y llevaba dos años de asistencia al Colegio de San Cárlos, con lo cual siempre nos andaba hablando de vísceras y tegumentos; y era tan afecto á la Anatomía, que se empeñó en disecar á su mujer. Así que yo, luégo que perdí el miedo á las terribles expresiones de *fisiología*, *higiene*, *terapéutica*, *sifilítico*, *obstetricia*, y otras así de que abundaban aquellos librotes que él traia entre manos, no hallé mejor salida para mi ingenio que seguir aquella misma profesion; y por el pronto aprendí á afeitar, haciendo la experiencia en un pobre de la esquina, á quien siempre andaba conquistando para que se dejase afeitar *de limosna*.

Luégo que ya me encontré suficientemente instruido en el manejo del arma, y matriculado ademas en el colegio, dejé á mi primo y me puse en otra barbería, donde habia una muchacha con quien disertar sobre mis lecciones de Anatomía; pero el diablo (que no duerme) hubo de mezclarse en el negocio, y nos condujo á practicar no sé qué experiencias, con lo cual hicimos un embrollo, que todos mis libros no supieron desatar en algunos meses. En fin, salí como pude, y de la casa

tambien, marchando á seguir en otra mis estudios, aunque por entónces me limité á la parte teórica, dejando la práctica para mejor ocasion. Al cabo de algunos años y de otros sucesos menores, me hallé con que sabía tanto como mi maestro, y que sólo me faltaba un pedazo de papel para poder abrir tienda; pero es el caso que este pedazo de papel cuesta un exámen y muy buenos maravedís, y si bien por lo primero no paso cuidado, lo segundo me aflige en extremo, por la sencilla razon de que no los tengo.

Desde entónces sigo buscando la buena ventura, ayudado de mis navajas, y de tal y cual enfermo *vergonzante* que suele caerme; y si no mirase al dia de mañana, créame V. que la vida que llevo no es para desear mudarla. Porque yo me levanto al romper el alba, y despues de afilar los instrumentos, barrer la tienda y afeitar á algun otro aguador ó panadero, salgo alegrando todo el barrio, y por costumbre inveterada corro al Colegio á asistir en clase de oyente, ó á ver á mis antiguos camaradas. Súbome muy temprano, y al pasar por las plazas nunca falta alguna aventurilla galante que seguir, algun cesto que quitar de las manos de tal linda compradora, algunos cuartos que ofrecer á tal otra, ó alguna tienda de vinos que visitar. Empieza despues la operacion de la rasura, y en las dos horas siguientes corro todos

los extremos de Madrid, convirtiendo rostros de respetables en inocentes y de buen comer; entre tanto, en casa de una marquesa me sale al paso el señorito, que está haciendo su aprendizaje en el vicio, y me encarga traerle ungüentos y brevajes; en otra casa, el Sr. D. Cenon, que ha sido atacado de reuma, me obliga á ponerle dos docenas de sanguijuelas; en otra D. Críspulo, el elegante, quiere que le corte los callos, y en la de más allá una niña me explica los síntomas de una enfermedad parecida á la que yo no pude curar en la que estudiaba conmigo.

Por todas partes ya se deja conocer que llueven sobre mí las propinas y los obsequios; pero de ninguno me resulta mayor complacencia que de los que recibo en cierta casa, prodigados por cierta fregona con quien el sol no pudiera competir. Porque ella me entretiene con su sabrosa plática entre tanto que el amo se viste y reza sus devociones; ella me auxilia vertiendo en la bacía, al tiempo que el agua, ya el robusto chorizo, ya la extendida magra, ya la suculenta costilla, con una destreza admirable; y ella, en fin, entretiene mis envejecidas esperanzas haciéndome entrever seis grandes medallas que tiene guardadas para mi exámen, con la condicion *sine qua non* de casarnos el mismo dia.

Concluidas, por fin, mis operaciones matutinas, vuelvo á la tienda tan contento

de mí, que no me trocaria por el mismo maestro: y con esto, y con asistir á alguna operacion quirúrgica, rasurar tal ó cual escotero, ó rasguear mi vihuela, se me pasa insensiblemente el dia. Llega la noche, y como caiga algun enfermo que cuidar, ó que velar algun muerto, salgo con mi guitarra bajo el brazo, y entre caldo y caldo, ó entre responso y gemido, hago mis escapatorias á colgarme de la ventana de mi Dulcinea, á quien despierto con los tiernos acentos de mi voz. Hé aquí mi vida tal como pasa, y si V. conoce otra mejor, para mí santiguada, que yo no.—

Aquí calló Pedro Correa; y yo, que me sentí aliviado, me disponia á proseguir pensando en mi artículo; pero nada bueno me salia, por lo cual tuve que dejarlo hasta la noche; vino ésta, y acordándome de la narracion de mi barbero, asaltóme la idea de que diciendo lo que él habló, tenía coordinado mi discurso, supuesto que es de costumbres, si no de las más limpias.

Hícelo en efecto así, y me fuí á acostar muy satisfecho; mas no bien habia cerrado los ojos, cuando un ruido extraño me despertó. Parecióme oir puntear una guitarra. y así era la verdad, que la punteaban del lado la calle; mas diciendo como D. Diego en el Sí de las Niñas: *¡Pobre gente! ¿Quién sabe la importancia que darán ellos á tal música?*, volvíme del otro lado con intencion de dormir; pero en esto algunos pa-

sos cercanos, y el rechinar de una imprudente puerta, me hizo conocer que el enemigo se hallaba cerca, con lo cual, y la ventana abierta, oí distintamente una voz que cantaba esta seguidilla:

«Aunque los males curo
De las heridas,
Amor no me permite
Curar las mias.
» Que sus saetas
Tienen más poderío
Que mis recetas.»

No me pareció del todo mal el concepto barberil; y por ver si continuaba ó yo me habia equivocado, dejéle echar el preludio de la segunda copla, miéntras el cual la hermosa Maritornes se acercaba á la ventana, á pocos pasos de donde yo me habia colocado. La guitarra concluyó el preludio, y la voz volvió á cantar:

« Abandona ya el lecho,
Querida Antonia,
Para oir los suspiros
De quien te adora.
» Depon el miedo,
Que todo el mundo duerme
Ménos tu Pedro.»

—Y yo tampoco duermo, *señor rapista*, porque las voces de V. no me lo permiten (dije con voz gutural asomándome á la ventana). ¿Parécele á V. que aquí somos de piedra como el guardacanton de la esquina? O ¿qué horas son éstas para venir á alborotar el barrio? Por mi fe, seor Mona-

guillo Parlanchin, que así vuelva V. á tomar mi barba como ahora llueven lechugas, y que la Maritornes que está á mi espalda no le tornará á colar más chorizos en la bacía.—

Y diciendo esto cerré estrepitosamente la ventana y me fuí á acostar. Pero á la mañana siguiente se me presentó el compungido galan, luégo la trasnochada dama, y jugándola ambos de personajes de comedia, se pusieron á mis piés pidiéndome licencia por matrimoniar. ¡Qué habia yo de hacer! Soy tierno, y el paso era no sé si diga *clásico* ó *romántico*: alcélos con gravedad, y despues de un corto y mal digerido sermon, les dispensé mi vénia; item más, me ofrecí al padrinazgo y áun á completar lo que faltaba para los gastos del título. De tal modo les pagué el haberme proporcionado materia para este artículo.

(Setiembre de 1832.)

EL CAMPO SANTO (1).

«No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Más que duró lo que vió,
Porque todo ha de pasar
Por tal manera.»

Jorge Manrique.

Muy pocos serán (hablo sólo de aquellos séres dotados de sensibilidad y reflexion) los que no hayan experimentado la verdad del dicho de que *la tristeza tiene su voluptuosidad.* Con efecto, ¿quién no conoce aquella dulce melancolía, aquella abnegaion de uno mismo que nos inclina en ocasiones á hacernos saborear nuestras mismas penas, midiendo grado por grado toda su extension, y como deteniéndonos en cada uno para mejor contemplar su inmensidad? ¡Cuán extraño es en aquel momento el hombre á todo lo que le rodea! ¡cuál busca en su imaginacion la sola compañía que necesita! ¡y cuál, en fin, elevan-

(1) El suceso á que se refiere este discurso es exacto: las personas y palabras tambien, segun todo me lo reproduce mi memoria, áun despues de algunos años.

do al cielo su alma, encuentra en él el único consuelo á sus desventuras! Huyendo entónces el bullicio del mundo, busca los campos, y su triste soledad le halaga más que la agitacion y la alegría.

Tal era el estado de mi espíritu una mañana en que tristes pensamientos me habian obligado á dejar el lecho. Acompañado de mi sola imaginacion, me dirigí fuera de la villa, á donde más libremente pudiese entregar al viento mis suspiros; una doble fila de árboles que seguí corto rato desde la puerta de los Pozos, me condujo al sitio en que se divide el camino en várias direcciones, y habiendo herido mi vista la modesta cúpula de la capilla que preside al recinto de la muerte, torcí maquinalmente el paso por la vereda que conduce á aquél. A medida que me alejaba del camino real iba dejando de oir el confuso ruido de los carros y caminantes que hasta allí habian interrumpido mis reflexiones, y un profundo silencio sucedia á aquella animacion. Sin embargo, un impulso irresistible me hacia continuar el camino, deteniéndome sólo un instante para saludar á la cruz que vi delante de la puerta; pero esta se hallaba cerrada, y nadie parecia al rededor; fuertes eran mis deseos de llamar; mas ¿cómo osar llamar en la morada de los muertos?

Desistia ya de mi proyecto, apoyado sobre la puerta, cuando una pequeña incli-

nacion de ésta me dió á conocer que no estaba cerrada; continué entónces el impulso, y girando sobre sus gozne me dejó ver el *Campo Santo*.

Entré, no sin pavor, en aquella terrible morada: atravesé el primer patio, y me dirigí á la iglesia que veia en frente, mirando á todas partes por si descubria alguno de los encargados del cementerio; pero á nadie vi, y miéntras hice mi breve oracion, tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví á salir de la iglesia á uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio, y siguiendo á lo largo de sus paredes, iba leyendo las lápidas é inscripciones colocadas sobre los nichos, al mismo tiempo que mis piés pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideracion, la soledad absoluta del lugar, y el ruido de mis suspiros, que repetia el eco en los otros patios, me llenaban de pavor, que subia de todo punto cuando leia entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos, ó de aquellas personas á quienes vi brillar en el mundo.

—¡Y qué! decia yo: ¿será posible que aquí, donde al parecer estoy solo, me encuentre rodeado de un pueblo numeroso, de magnates distinguidos, de hombres virtuosos, de criminales desgraciados, de las gracias de la juventud, de los encantos de la belleza y la gloria del saber? «*Aquí yace*

el excelentísimo señor Duque de...» ¿Será verdad?

«Al que de un pueblo ante sus piés rendido
Ví aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido.»

Pero ¿qué miro? ¿Tú tambien, bella Matilde, robada á la sociedad á los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, á quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bienestar?..... Mas ¿de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida, para quien ya es un monton de tierra?... ¡Adulacion, adulacion por todas partes!... *Aquí yace don... arrebatado por una enfermedad á los* 87 *años*... ¡Lisonjeros! escuchad á Montaigne, y él os dirá que *á cierta edad no se muere más que de la muerte*... Pero allí veo sobre una lápida un genio apagando una antorcha; sin duda uno de nuestros hombres grandes... ¡Insensato! un hombre oscuro; ¿ni cómo podia ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el dia escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, ó no se entierran en su patria... Y si no, ¿dónde se hallan Isla, Cienfuegos, Melendez, Moratin?... Si acaso nos queda alguno, busquémosle en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Pero entremos á otro patio, por ver si se encuentra álguien... nadie... la misma soledad, la misma monotonía; ni un solo

árbol que sombree los sepulcros, ni un solo epitafio que exprese un concepto profundo; el nombre, la patria, la edad y el dia de la muerte, y nada más... y de este otro lado áun no está lleno... Multitud de nichos abiertos que parecen amenazar á la generacion actual... ¡Cielos! acaso yo... en este... pero ¿qué miro? ¿aquel bulto que diviso en el ángulo del patio no es un hombre que iguala la tierra con su azada?... Sí, corro á hablarle.

—Buenos dias, amigo.

—Buenos dias, me contestó el mozo como sorprendido de ver allí un viviente. ¿Qué queria V.? añadió con el aire de un hombre acostumbrado á no hacer tal pregunta.

—Nada, buen amigo; queria visitar el cementerio.

—Si no es más que eso, véalo V.; pero algo más será.

—No, nada más; ¿acaso tiene algo de particular esta visita?

—¡Y tanto como tiene! ¡Ay, señor, nuestros difuntos no pueden quejarse de que el llanto de sus parientes venga á turbar su reposo!

Esta expresion natural, salida de la boca de un sepulturero, me hizo reflexionar sériamente sobre esta indiferencia que tanto choca en nuestras costumbres.

—¡Qué quiere V.! contesté al sepulturero, todavía no se ha desterrado la

preocupacion general contra los cementerios.

—A la verdad que es sin razon, pues ya conoce V., caballero, cuánto mejor están aquí los cuerpos que en las iglesias; esta ventilacion, esta limpieza, este órden... recorra V. todos los patios; no encontrará ni una mala hierba, pues Francisco y yo tenemos cuidado de arrancarlas; no verá una lápida ni letrero que no esté muy cuidado; ni, en fin, nada que pueda repugnar á la vista; mas por lo que hace á las gentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer dia de Noviembre; pero entónces, como dice el señor cura, valia más que no lo vieran, pues la mayor parte vienen más por paseo que por devocion, y más preparados á los banquetes y algazara de aquel dia, que á implorar al cielo por el alma de los suyos.

Admirado estaba yo del lenguaje del buen José, que así se llamaba el sepulturero; y así fué que le rogué me enseñase lo que hubiese de curioso en el cementerio; seguimos, pues, por todos los patios, haciendo alto de tiempo en tiempo para contemplar tal ó cual nicho más notable; despues llegamos á un sitio donde habia várias zanjas abiertas, y en una de ellas...

—¡Qué lástima! me dijo José: yo nunca reparo en los que vienen; hoy he sepultado seis, y apénas podré decir si eran mujeres ú hombres; pero esta pobrecita, ¡qué

buena moza!...—y urgando con su azada me dejó ver una mujer como de veinte años, jóven, hermosa, y atravesado el pecho con un puñal por su bárbaro amante. Volví horrorizado la vista, y miéntras tanto José repetia:

—¡Ay, Dios mio! ¡líbreme Dios de un mal pensamiento!

Esta exclamacion enérgica me hizo reparar en mis cadenas y reloj, y por primera vez temblé por mí al encontrarme en aquel sitio y soledad al borde de una zanja y un sepulturero al lado con el azadon sobre el hombro.

Sin embargo, la probidad de José estaba á prueba de tentaciones, y asegurado por ella, me atreví á declararle un deseo que me instaba fuertemente desde que entré en el cementerio; este deseo era el encontrar la sepultura de mi padre...

—¿Cómo se llamaba?

—Don...

—¿En qué año murió?

—En 1820.

—¿Ha pagado V. renuevo?

—No; ni nadie me lo ha pedido.—Pues entónces es de temer que haya sido sacado del nicho para pasar al depósito general.

—¿Cómo?—Sí, señor, porque no pagando el renuevo del precio del nicho cada cuatro años, se saca el cuerpo.

—¿Y por qué no se me ha informado de ello?

—Sin embargo, no se lleva con gran rigor, y acaso puede que... pero entremos en la capilla y verémos los registros.

En efecto, así lo hicimos; pasamos á la sacristía, sacó el libro de entradas del cementario, abrió en el año de 20 y leyó: «Dia 5 de Enero; don... número 261.»

Un temblor involuntario me sobrecogió en este momento; salimos precipitados con el libro en la mano, buscamos el número del nicho... ¡Oh Dios! ¡oh padre mio! Ya no estabas allí... otro cuerpo habia sustituido el tuyo; ¡y tu hijo, á quien tú legaste tus bienes y tu buen nombre, se veia privado, por una ignorancia reprensible, del consuelo de derramar sus lágrimas sobre su tumba!... Entónces José, llevándome á otro patio bajo de cuyo suelo está el *osario* ó depósito general, puso el pié sobre la piedra que le cubre diciendo: «*aquí está*», á cuya voz caí sobre mis rodillas como herido de un rayo.

Largo tiempo permanecí en este estado de abatimiento y de estupor, hasta que levantándome José y marchando delante de mí, seguíle con paso trémulo y entramos por una puertecilla á la escalera que conduce sobre el cubierto de la capilla; luégo que hubimos llegado arriba hizo alto, y tendiendo su azada con aire satisfecho:—Vea V. desde aquí, me dijo, todo el cementerio... ¡qué hermoso, qué aseado y bien dispuesto!—y parecia complacerse en mi-

rarle... Yo tendí la vista por los seis uniformes patios, y despues sobre otro recinto adjunto, en medio del cual vi un elegante mausoleo que la piedad filial ha elevado al defensor de Madrid no léjos del sitio en que inmortalizó su valor (1). Despues, salvando las murallas, fijé los ojos en la populosa córte, cuyo lejano rumor y agitacion llegaba hasta mí... ¡Qué de pasiones encontradas, qué de intrigas, qué movimiento! y todo ¿para qué?... para venir á hundirse en este sitio...

Bajamos silenciosamente la escalera; atravesamos los patios; yo me despedí de José agradeciéndole y pagándole su bondad, y al estrechar en mi mano aquella que tal vez ha de cubrirme con la tierra,

«Mihi frigidus horror
Membra quatit gelidusque formidine sanguis.»

abrimos la puerta á tiempo que el compañero Francisco, guiando á cuatro mozos que traian un ataud, nos saludó con extrañeza, como admirado de que un mortal se atreviese á salir de allí. Preguntéle de quién era el cadáver que conducia, y me dijo que de un poderoso, á quien yo conocí

(1) El sepulcro del marqués de San Simon, erigido por su hija en un sitio cercado é independiente del cementerio. Napoleon condenó á muerte á aquel benemérito general por el teson que manifestó en la defensa de la puerta de Fuencarral en los primeros dias de Diciembre de 1808, y su hija alcanzó del Emperador la conmutacion de esta pena por la de encierro perpétuo en Francia.



servido y obsequiado de toda la córte... ¡Infeliz! ¡y no habia un amigo que le acompañase á su última morada!...

Seguí lentamente la vereda que me conducia á las puertas de la villa, y al atravesar sus calles, al mirar la animacion del pueblo, parecíame ver una tropa que habia hecho allí un ligero alto para ir á pasar la noche á la posada que yo por una combinacion extraña acababa de dejar.

(Noviembre de 1832.)

EL AGUINALDO.

«*Omnia tempus habent, et habet sua tempora tempus.*»

TRADUCCION SUELTA.

«Cada cosa en su tiempo, y los nabos en adviento.»

El erudito Mr. de Jouy consagró un capítulo de su preciosa obra de *El Ermitaño* á describir la costumbre de los *estrenos* (*etrennes*) ó regalos de Año Nuevo que tan en boga está en Francia y en otros paises, y razonando sobre ello con su profunda erudicion, pretende probar que aquel uso viene de Tacio, rey de los sabinos, á quien en un dia de Año Nuevo se habia hecho el presente de algunos ramos consagrados á Strinuo, diosa de la fuerza, lo que parece que aquel señor hubo de tomar á buen agüero. Por qué tanto aquel año fué para él muy dichoso, y en justo agradecimiento autorizó la usanza de los dichos regalos en lo sucesivo llamándoles *strenæ*, de lo cual positivamente viene la voz francesa *etrennes*, y la castellana *estrenos*, que han usado en igual sentido nuestros autores.

Pero esta voz ha perdido entre nosotros su uso casi del todo, sin duda porque la costumbre á que se referia ha caducado tambien, pues si bien es cierto que áun se conservan algunos regalos de principio de

año, á consecuencia de la burlesca ceremonia, áun bastante generalizada en las tertulias, de sacar á la suerte en la víspera de Año Nuevo parejas de hombre y mujer, sin embargo, puede considerarse como desacreditada semejante costumbre (especialmente en Madrid, donde hablamos), si bien en su lugar tenemos otra ocasion de lucir nuestra generosidad pocos dias ántes, en las dádivas llamadas de *aguinaldo* con que solemos endulzar la memoria del nacimiento de nuestro Redentor.

Que sea uno mismo nuestro *aguinaldo* que *les etrennes* franceses, lo asegura por mí un autor acreditado cuando dice:—*y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de Año Nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella córte.*—Mas si la costumbre ès la misma, la palabra tiene distinto orígen. Tal lo siente el famoso Covarrubias cuando la hace venir de la voz arábiga *guineldum*, que significa regalar, ó de la palabra griega *gininaldo*, que vale tanto como regalar en el dia de natalicio. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que con la voz *aguinaldo* (ó *aguilando*, como dicen en algunas provincias) designamos generalmente todos los presentes que se hacen desde la víspera de Navidad hasta la Epifanía, y que esta es costumbre bastante general para haberla de pasar por alto.

Ahora bien, ¿cómo se verifica esta costumbre? ¿Consiste acaso, como en Francia

(segun nos la describe el ya dicho Ermitaño), en un cambio mutuo de todo lo que la perfeccion de las fábricas, el genio de los artistas ó el buen gusto de los literatos ostentan á porfía en ocasion semejante? ¿Invéntanse para ello nuevas telas, alhajas y muebles primorosos, libros llenos de ingenio y agudeza? ¿Pónense en movimiento grandes capitales destinados á vivificar las artes y el comercio, ó á hacer florecer la literatura y las ciencias? ¿Amenízase el todo con sales epigramáticas, composiciones sublimes ó cartas llenas de ternura y sensibilidad? Vamos á verlo.

En el año 1824 tenía yo en mi casa un alojado frances, oficial de la guardia real, el cual por razon de cierta herencia habida de una tia suya casada en Alicante, permaneció en España más tiempo que el ejército, lo bastante para poner en claro la testamentaría (cosa que no es tan fácil como parece), y con este motivo, y siendo ademas de un natural amable y amigo de la sociedad, hizo relacion con muchas personas de todas clases, que le recibian en su casa con la mayor complacencia. Las aventuras particulares de este frances son cosa de que más de una vez he querido hacer partícipes á mis lectores, y que servirian ahora de clave para entender mejor este discurso; pero como de esas cosas me faltan que decir y hallarán su colocacion cuando ménos se piense. Mas contrayéndome por

ahora al objeto del dia, sólo diré que acercándose el fin de aquel año, y deseando mi parisien corresponder con aquellas personas á quien debia obligaciones ó amistad, de un modo relativo á su clase y circunstancias, consultó conmigo sobre *les etrennes* que deberia regalar; y como él desconfiaba de saber hacer por sí las compras, vino á proponerme sus intenciones, á saber:

En primer lugar, á cierto personaje á quien él debia singular proteccion y benevolencia, le destinaba una primorosa coleccion de clásicos de la literatura francesa; á una señora, cuya influencia le habia servido de notable recomendacion, le ofrecia un precioso artificio de pájaros disecados sobre flores y frutas trabajadas en cera; á su abogado defensor, dedicábale una caja de ébano que contenía los códigos franceses é ingleses; al agente de sus negocios, le brindaba un semanario con registro de *agenda* para todos los dias del año; á la esposa del escribano, media docena de cuadros copias de Vernet, con sendos marcos de relumbron; y por último, á la causa de su tormento, un primoroso libro encuadernado en mosaico, que contenia las poesías más sentimentales de Lamartine.

No pude dejar de sonreirme al escuchar tales propuestas; mas sin replicar una palabra, parecí conformarme con su idea y me encargué de la compra.

Por supuesto, pueden venir en conoci-

miento mis lectores de que en vez de dirigirme á fábricas y librerías, hice rumbo hácia los portales de la plaza y calle Mayor. tocando empero al paso en ciertas tiendas de ultramarinos adonde sabía poder encontrar lo necesario para mi objeto. Y verificados que fueron mis ajustes, torné á mi casa, donde ya me esperaba el oficial con seis ó siete cartas redactadas en el ínterin, cuáles en prosa á la Chateaubriand, cuáles en verso á la Víctor-Hugo, y todas alusivas á los diferentes objetos que remitia. V, gr., empezaba la del personaje:—«La voz de la sabiduría busca los oidos del sabio; permitid, señor, á los autores clásicos de nuestra literatura que vayan á acogerse bajo la superior inteligencia de V.»—Y en esto entraban ya por la sala tres mozos cargados con seis barriles de *Peralta*, *Pedro Jimenez*, *Manzanilla* y otros diferentes autores.

Seguia la de la dama diciendo:

Símbolo de ternura y de amistad,
Ellos, señora, al dirigirse á tí,
De un corazon sensible á tu bondad
La gratitud expresarán por mí.

Y á este tiempo ocuparon la sala media docena de pavos y otra media de capones cantando un *tutti* parecido al final de un primer acto.

Empezaba la del abogado diciendo: «La ley de todas las naciones...», y sin dejarle proseguir le presenté un precioso bolsillo que contenía una cincuentena de escudos.

Proseguia la del agente: «Trescientos sesenta y cinco dias bien empleados...» y á éste tiempo hice sacar de las alforjas del conductor treinta docenas de chorizos; pero este me hizo ver que me habia equivocado en la cuenta, pues faltaban cinco piezas para todo el año. Venía despues la carta de la mujer del escribano, y lo mismo fué ver que se hablaba en ellas de cuadros, que al instante hice salir una coleccion de ellos capaz de guarnecer la más ámplia despensa. Por último, al prorumpir con la carta de la querida en la mano:—«¿Qué podré yo dedicar á la vírgen de mis primeros amores que reuna en más alto punto la sensibilidad y el gusto más delicado?»—«Una caja de mazapan de Toledo», exclamé yo con entusiasmo, poniéndola sobre la mesa.

Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento de mi buen frances, el cual, saltando en medio de la sala, y con voz estentórea, apoyada por el bajo contínuo de los pavos, exclamó.—¿Cómo? ¿qué es esto? ¿usted pretende ponerme en ridículo?—Nada ménos que eso, amigo mio, le contesté yo con gran calma; ántes bien trato de evitársele á V.; ademas, que yo creo haber cunplido con sus instrucciones. Usted me encargó una coleccion de autores clásicos, ¿y no lo son *Pedro Jimenez* y demas?—Unas aves disecadas, ¿pues qué les falta á esas para serlo? —Un código de leyes; yo le ofrezco un bol-

sillo lleno.—Un semanero; ¿y cuál más á propósito que una cuelga de chorizos?—Una coleccion de cuadros; ¿y no lo son tambien los del tocino?—Una obra de ingenio; pues bien, segun mi dictámen, pienso que lo es una caja de mazapan.

Pero dejando á un lado las chanzas, amigo mio, ¿parécele á V. que estamos aquí en París? ¿ó piensa que en circunstancias semejantes nos pagamos por acá de libros y de monadas? No; si no, eche V. un pedazo en el puchero, y verá qué caldo sale. Nada de eso, no, señor; todas esas son ideas románticas que aquí no pegan, porque nosotros (á Dios gracias) estamos por el género clásico. Esas obras y artefactos son muy santos y muy buenos, sí, señor; pero no podrian sacar á un hombre del apuro del dia, y así lo agradecerian los regalados como por los cerros de Ubeda. Y si no, véngase un par de horas por esas calles de Dios, y verá cómo todos piensan de ese modo; recorra V. esas confiterías, y observarálas preñadas de obeliscos y templetes (pruebas felices de nuestra arquitectura); verá en las diversas piezas de dulces y mazapanes la imitacion de la naturaleza tan recomendada por los artistas; desengáñese V.; estos y no otros cuadros necesitamos en nuestras galerías. ¡Estatuas, pinturas, producciones raras de los tres reinos! ¡Bravo! Asómese V. á ese balcon y verálas cruzar en todos sentidos, pero sólo

del reino animal y algunas pocas del vegetal, para la colacion de Noche buena: en cuanto á piedras ¡fuego! cómaselas quien las quiera. Mire V., mire V. todos esos mozos qué cargados van; pues todo lo que llevan es producto de nuestras fábricas. Vea V.; chocolate... longanizas... confitura... turron... ¡y luégo dirán que no hay industria! Pero acabemos de una vez; venga usted conmigo, y observe lo que sea digno de observar. Y no hubo más, sino que, agarrándole del brazo, dí con él en medio de la plaza Mayor.

Pasmado se hallaba el bravo oficial al considerar toda aquella provision de víveres capaz de asegurar á la poblacion de Pekin, y bien que acostumbrado al redoble del parche ó al estampido del cañon, todavía se le hacía insoportable el espantoso clamoreo de los vendedores y vendedoras de dulces y frutas; el pestífero olor de los besugos *vivitos de hoy*; el zumbido de los instrumentos rústicos, zambombas y panderos, chicharras y tambores, rabeles y castañuelas; el monosílabo canto de los pavos y las escalas de las gallinas, que atados y confundidos en manojos cabeza abajo, pendian de los fuertes hombros de gallegos y asturianos; el rechinar de las carretas que entraban por el arco de Toledo henchidas de cajones, que en enormes rótulos denunciaban á la opinion pública los dichosos á quienes iban dirigidos; la no in-

terrumpida cadena de aldeanos y aldeanas, montados en sus pollinos, que se encaminaba á las casas de sus conocidos de la córte á pasar las pascuas á mesa y mantel, en justa retribucion de una alcantarilla de arrope ó una cestita de bollos que traian de su lugar; el eterno gruñir de los muchachos, cuál porque un mal intencionado le habia picado el rabel, cuál porque un asesino le habia llevado de un embion entrambas piernas del pastor del arcabuz, ó de la charrita de Belen; y en fin, el animado canto de los ciegos que entonaban sus villancicos delante de las tiendas de beber.

—¿Cómo (exclamaba el extranjero), y es esta la nacion sobria y taciturna?—Eslo sin duda, pero *dulce est disipere in loco*, y algun dia en el año habiamos de hacer traicion á nuestro *inevitable* puchero y nuestra eterna prosopopeya.—¿Mas cómo puede llegar á consumirse toda esta provision, que parece destinada á sostener un sitio de cuatro meses?—Yo le diré á usted. Dedicándose todos á la gastronomía durante las vacaciones; reproduciéndose casi todos los dias los convites de familia; poniéndose unos á otros en contribucion de aguinaldo para sostenerlos; aumentándose notablemente la poblacion de Madrid con el refuerzo de los lugares circunvecinos, y dando rienda suelta para comer y cenar á soldados y muchachos.

¿Y en tales momentos pretende V. que se

aprecien los obsequios que V. preparaba? No, amigo mio, sea V. romano en Roma; expida desde este central depósito aves y turrones; omita el acompañarlos con elegantes misivas; que si ellos fueren de ley, ellos hablarán por V., y si son malos, todas las epístolas de Ciceron no bastarian á hacerlos buenos. Recorra despues las casas de los obsequiados, y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado á los semblantes, y toda la dulzura del mazapan se ha comunicado á los labios.

(Diciembre de 1832.

EL EXTRANJERO EN SU PATRIA.

«La càntara conserva largos dias el gusto y el olor del primer licor de que se llena, y la primera edad decide cuasi siempre de nuestro carácter y afecciones.»

MELENDEZ VALDÉS.—*Disc. forenses.*

Preparábame á sentarme á la mesa á la hora acostumbrada, cuando de repente un fuerte campanillazo hirió mis oidos. Ábrese la puerta, y un caballero muy elegante se dirige á mi habitacion á largos pasos, y en llegando á ella, y delante de mí:

—*¿Es á Mr. de...* (me dijo) *á quien yo tengo el honor de dirigir mi palabra?*

—Fulano de Tal, para servir á V. (le contesté yo levantándome con atencion).

—*C'est egal; vos sin duda no me reconoceréis; ello es posible; eh, bien; yo seré obligado á deciros quién yo soy.*

—A la verdad que no càigo...

—*¡Ah mon cher! ello no es difícil; los años y los viajes han cambiado mucho de mi forma primera, á la manera que yo no reconozco en mi patria de hoy á mi patria de otro tiempo.*

—¡Cómo! ¿Usted es español?

—*Oui, desgraciadamente; bien entendido, español por nacimiento, mas no por inclinacion ni por caráeter.*

—Cierto que ese aire, esos modales, ese acento y lenguaje me habian persuadido...

—*Son, señor, las nobles maneras del gran mundo que yo vengo de dejar; ¡hélas! mas ello es bien ciertó, pourtant, que yo soy nacido á Madrid (lo cual sea dicho entre nosotros); y que yo he tenido el honor de ser muy vuestro ántes de mi partida en Francia.*

—Pues, señor mio, dicho se está que si usted no tiene la bondad de declararse, nunca vendré en conocimiento...

—*¡Oh mon Dieu! ¿est il posible? ¿ó haceis semblante de ello? ¡Parbleau! el gran amigo y camarada de mi papá, el hombre de su confianza, ¿habrá olvidado aquel hijo de quien los primeros pasos dirigió? ¿al jóven hombre que le fué redevable de tantas buenas amistades?*

—Me hace V. dudar...

—*¡Ah! no lo dudeis, señor; es monsieur de Reveseint, que es mi padre.*

—¿Cómo? ¿el hijo de D. Melquiades Revesino?

—*A la bonne heure, yo soy ese hijo, moi.*

—¡Ah, querido amigo!

—*¡Oh mon cher!*

El público lector no tiene obligacion de acordarse ya de la familia de D. Melquiades Revesino, de quien le hice tomar cono-

cimiento con motivo de los amores y boda de la niña Jacinta y de su viaje á Carabanchel (1); y como allí no lo dije, habré de decir ahora que el dicho D. Melchor, ademas de aquella niña, cuyo amoroso drama supimos entónces, es tambien padre del jóven Camilo Revesino, á quien hacía nombrarse *Mr. de Reveseint*; la misma manía que al italiano *Signor Giovani Trotini*, que viajando por Francia se hacía llamar *Monsieur Trotein*; en Inglaterra, *Mister Trotan*; en Rusia, *Trotonoff*; en Polonia, *Trotinski*; en España, *Don Juan de Trotinos*, y en Portugal, ó *Senor Troutiñu*.

Pero viniendo á mi Camilo, éste jóven, despues de aprender la Gramática en los Escolapios, hubo de seguir el precepto de su padre, el cual, seducido con las contínuas relaciones de los viajeros, llegó á persuadirse de lo conveniente que sería que su hijo, el heredero de su nombre, y á quien pronosticaba brillantes destinos, continuase su educacion en la capital de Francia, donde podria adquirir, al paso que unos conocimientos superiores, los modales y porte de gran tono; y pudiendo en él más esta persuasion que el sentimiento de separarse de su hijo, envióle á París bien recomendado. El jóven Camilo, que contaba á la sazon doce años, fué instalado desde luégo en un colegio, donde aprendió

(1) Véase el artículo de *Los Aires del lugar*.

ante todas cosas á olvidar la lengua patria, trocándola por la del país, y consiguiéndolo de tal modo, que á la vuelta de dos años pasaba por un verdadero frances, y áun él mismo llegó á persuadirse de que lo era.

Sus conocimientos, es verdad, crecian en proporcion de sus estudios; y los diversos premios adquiridos en los exámenes de Historia, Matemáticas, Física, Química, Dibujo y demas, miéntras permaneció en el colegio, eran para su padre otros tantos argumentos en apoyo de su resolucion. En vano algunos amigos intentaron hacerle ver lo perjudicial que podria ser á su hijo tan prolongada separacion de su país natal, y que pasando en el extranjero la edad más decisiva de su vida, era muy posible que adoptase costumbres é inclinaciones que le harian parecer luégo una planta exótica en su mismo suelo, ademas de que no faltaban en éste los medios de recibir una esmerada educacion, pudiendo despues viajar, cuando se hallára en estado de poder adoptar sólo lo conveniente para mejorarla. Todo fué en vano, y el bueno de D. Melquíades, seducido con la idea de tener un hijo que, segun él decia, habia de llegar á ser la envidia de todo Madrid, persistió en su obstinacion, negándose á llamarle hasta que cumpliese los veinticuatro años.

Llegó por fin aquella época tan suspirada de toda la familia, que tuvo la satisfac-



cion de recibir en su seno un mozo brillante por sus conocimientos, sus modales y su figura. Por todas partes resonaban los elogios del recien venido; sus acciones y palabras eran repetidas por los otros jóvenes en cafés y tertulias; sus trajes formaban el objeto de los contínuos desvelos de sastres afamados; la narracion animada de sus aventuras servia para reunir en torno de él un círculo de admiradores y áun de envidiosos, y las más altivas notabilidades femeninas se daban por contentas con fijar por un momento las miradas del español parisien.

No hay que decir el contento que todo esto inspiraria á los suyos; pero como todas las ilusiones duran poco, no tardaron en echar de ver que en medio de aquella felicidad aparente, nada de lo que le rodeaba era conforme á su carácter y costumbres. Por ejemplo, la distribucion de sus horas era diametralmente opuesta á la de la familia; pues él se desayunaba á mediodía, comia de noche, y no dormia hasta las dos de la mañana; su conversacion era siempre en frances; llamaba á sus padres de tú, y de vos á los criados; bailaba al espejo aunque fuese delante de personas de gran prosopopeya; besaba á su hermana y reñia con las visitas porque no le dejaban hacer otro tanto; tocaba el violin, ó tiraba el florete los ratos que no cantaba en alta voz; y, en fin, tenía toda la vi-

vacidad propia de un francés y de un jóven de veinticuatro. Por otro lado, se hablaba de comida:— «¡Oh, las fondas de *Veri* ó *Rocher de Cancale!*»—Iba al teatro: «¡Ah, que teatros los de París!»—Se le convidaba á los toros:—«¡Bárbaro espectáculo!»—Salía á la calle:—«¡Peste de país!» —Volvía á su casa:— «¡Oh, *mon hotel garni!*»

Con estas y otras cosas, con desaprobar abiertamente todo lo que se apartaba de los usos franceses, al mismo tiempo que ridiculizaba las imitaciones de ellos, llegó á hacerse insoportable hasta en su misma casa, en que todos los dias daba lugar á cuestiones; y aún en la visita que al presente me hacía, me dió á entender una que acababa de tener con su padre, con motivo de proponerle un matrimonio que repugnaba á su corazon. No pudè dejar de extrañarlo, conociendo bien el carácter de D. Melquíades, y aunque por la misma conversacion del jóven creí penetrar la causa de su aversion, suspendí el juicio hasta averiguarla por mí mismo.

Entre tanto, hícele presente con franqueza, que siendo ya cerca de las cuatro de la tarde, había retrasado una hora mi comida, y convidéle á participar de ella; no aceptó, por ser demasiado temprano para él, pero se entretuvo en probarme mientras comía, que á aquella hora no había apetito (sin embargo que yo demostra-

ba en la práctica todo lo contrario); y luégo que vió salir la fuente con todo lo interior de la olla castellana, lanzó una filípica fulminante para demostrarme que aquel alimento era indigesto y malsano, á lo que por única respuesta le contesté que sin duda debia surtir tales efectos muy á la larga, por cuanto no me acordaba de haber padecido una indigestion. Por último, subió de todo punto su encono cuando acabada la comida, llegó á entender que era mi costumbre el dormir media horita de siesta; á esto ya no pudo sufrir más, y saludándome con el nombre de *español incorregible*, se separó de mí, ménos contento que á su llegada.

A la mañana siguiente pasé á pagarle la visita; no le hallé en casa, y encontrándome solo con el padre, le felicité por la llegada de su hijo, y por las bellas cualidades que ostentaba; pero muy luégo pude conocer que su satisfaccion se hallaba mezclada con algun disgusto, como en efecto no tardó en declararme.

—¿Tiene V. presente, me dijo en voz lastimera, cierta disputa que tuve con V. en este mismo gabinete acerca de las ventajas de la educacion en Francia?

—Sí, señor, y por cierto que me acuerdo de la viva defensa que V. sostuvo.

—¿Pues qué diria V. si la experiencia me inclinára hoy á sostener lo contrario?

—Es imposible; las relevantes cualida-

des que adornan á su hijo de V., el aplauso que le rodea, y la satisfaccion interior que de ello debe resultar á un buen padre, son causas bastantes para afirmar á V. en su primitiva opinion.

—¿Y qué me sirven esas cualidades y ese aplauso, y qué le sirven á él tampoco, si van emponzoñados con un tedio invencible, una aversion inexplicable á todo lo que le rodea, bastante á hacerle resistir mis proyectos para su felicidad?

—Quizás esos proyectos no estén bien meditados, y acaso para ellos no haya V. consultado el corazon de su hijo.

—¿Y qué más puedo hacer para ello? Yo le he querido hacer obtener un buen destino en la Administracion; se me ha opuesto á ello bajo el pretexto de no conocer bien las leyes de nuestro país, y por temor de no desempeñarle cumplidamente.

—Ha dicho muy bien; y pocos á quienes se ofreciera un empleo contestarian del mismo modo. Conócese bien que no está al corriente de nuestras costumbres.

—Le he indicado despues la carrera militar; me ha respondido que como las vicisitudes del mundo pudieran acaso algun dia obligarle á dirigir sus armas contra el país en que ha recibido su educacion, no le permite su honor obligarse bajo el juramento militar.

—En eso manifiesta su virtud y su agradecimiento

—Le he hablado despues del comercio, que no tiene ninguno de esos inconvenientes; me ha manifestado otros que dice suele tener entre nosotros esta profesion.

—Puede que no esté equivocado.

—Las carreras de la Iglesia ó del foro no he podido siquiera indicárselas, porque, en efecto, no ha hecho los estudios que á ellas conducen; mas, por último, le he propuesto que viviendo tranquilamente de las rentas de nuestro mayorazgo, imitase á tantos de su clase como pasan la vida sin hacer nada, y ha rechazado con violencia mi proposicion, diciéndome que él ha nacido y ha estudiado para hacer algo.

—Y tiene much razon.

—Ahora bien; pasando despues al punto de su matrimonio, le he presentado á várias personas dignas de llamar su atencion; pues ninguna de ellas ha llenado sus ideas: la una carece á su vista de modales elegantes y *de buena compañía*, como él dice; la otra ignora hasta los primeros rudimentos de la Geografía y la Historia; otra piensa muy en español; otra... En suma, ¿qué partido tomar con una persona para quien nada hay á propósito, y cuyos conocimientos y circunstancias no pueden aplicarse en la sociedad en que ha de vivir?

—Ello es, en fin, le interrumpí yo, que su hijo de V. ha renunciado á su patria, y que la educacion extranjera, dando otro

giro á sus inclinaciones y sus deseos, le ha sacado fuera del círculo en que nació, para colocarlo en otro muy distinto del que V. imaginaba; fácil era prever semejante resultado, pues es bien sabido que la educacion es una segunda naturaleza, acaso más fuerte que la primera. ¿Y quién sabe tambien si otras causas se habrán mezclado al mismo tiempo en destruir los planes de usted? Su hijo de V. es jóven y ardiente, ¿quién nos responde de que haya podido resistir al amor?...

— « V. ha encontrado lo justo (exclamó en este momento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); el amor... un amor volcánico, irresistible, ha prendido mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traicion á mis sentimientos, ya no me es posible ocultarlos. Dos años há que una señorita de París es objeto de mi amor. »

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaracion, hasta que volviendo en sí D. Melquíades intentó reprender severamente á su hijo, pero tomando yo la palabra:

—No es ya tiempo, le dije, de reparar un daño de que V. fué la causa principal; sufra V., amigo mio, que se lo diga; V., separando á su hijo de su país en los años más decisivos de su vida, ha dado lugar á que este jóven apreciable se vea, á pesar suyo, hecho un extranjero en la patria que le dió el sér; educado en ella, hubiera sa-

bido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que la son peculiares, y hubiera pagado con sus conocimientos y su trabajo el tributo que todos la debemos; no anhelaria otros placeres que los nuestros, y ellos habrian bastado á su felicidad y la de V. Llore V. ahora el haber renunciado á esta dicha, robando al mismo tiempo á la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinacion á que le llama la suerte.

Camilo, al oir esto, se arrojó á los piés de su padre, y le pidió permiso para fijarse en Paris; y éste, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podia evitar.

Volvió, en efecto, nuestro jóven á la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha establecido su casa comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre, en tanto, llora el error de haber él mismo arrojado de su país su nombre y su descendencia... ¡Cuántos así!

(Enero de 1855.)

LA CAPA VIEJA

Y EL BAILE DE CANDIL.

.... Del Rastro á Maravillas,
Del alto de San Blas á las Bellocas,
No hay barrio, calle, casa ni zahurda
A su padron negado.

Jovellanos. — Sát.

«¡Bravo título! ¡Digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos promete hoy un discurso de gran tono.»

Tales ó semejantes exclamaciones zumban ya en mis oidos, proferidas por ciertos críticos de salon, de éstos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime... ¡Pobres gentes! ¡Como si ellos lo fueran!

— Pero, señores (les respondo yo), ¿todo ha de ser primores y filigranas? ¿Ignoran que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿Y por qué habré yo de renunciar á esta ventaja, si he de hacer formar idea general de las costumbres de todas las clases? En un mismo cuartel, en una misma calle, ¿no existen usos é inclinaciones diferentes? ¿Pues cuánto mayor no será esta diferencia tra-

tándose de toda una capital? No hay remedio, señores mios; si han de conocer la fisonomía particular de las clases que no habitan el centro de esta villa, fuerza será que le abandonen conmigo por un momento, y que si no lo han por enojo, me sigan adonde me cumpliere llevarles.

Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela del Rastro (¡taparse bien las narices, señores críticos!), íbame entreteniendo agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes, restos de veneranda antigüedad, que ya decoran armoniosamente la angosta entrada de un chibiritil, á quien llaman tienda, ya figuran airosos á campo raso tendidos sobre un trozo de estera en medio del ámbito de la calle. A la vista, pues, de tantos despojos de la moda, que en otro tiempo decoraron estudios y salones, íbame llenando de aquel supersticioso respeto con que más de un anticuario suele colocar en su gabinete tal cuarto segoviano, roñoso y carcomido, juzgándole moneda del Bajo Imperio; y considerando por otro lado que todos ó gran parte de aquellos objetos podrian haber sido conquistados en buena guerra, me disponia ya á dirigirles una alocucion romántica, cual si fuera espada del Cid ó escudo de Carlo-Magno.

Pero mi monólogo pasó á ser diálogo, cuando volviendo la cabeza, me hallé detras

de mí al amigo *D. Pascual Bailon Corredera*, á quien no habia vuelto á ver desde el lance de la hermosa Narcisa, que, si mal no me acuerdo, conté en el artículo de *Los Cómicos en Cuaresma.* Llenóme de placer este encuentro, y proseguimos juntos nuestro paseo escrutador, cuando, al pasar por una vieja prendería, paróse D. Pascual como herido súbitamente, dándome lugar á un mediano susto; mas sin reparar en él, corre á la tienda, alcanza una capa vieja que pendia á la puerta, reconócela prolijamente broches y vivos, embozos y costuras, puertas y ventanas, y alzando cuanto pudo su voz..... —¡Ella es, exclamó con ademan doliente, la compañera de mi juventud, la encubridora de mis extravíos, ella es! Y la abrazaba enternecido, y la regaba con sus lágrimas.

—Pero, D. Pascual, ¿qué locura es ésta?

—¡Déjeme V., amigo mio, déjeme V. que pague este tributo á un mudo acusador mio; déjeme V. recobrarle despues de largos años de separacion!

—Y diciendo y haciendo, pagó á la mujer que la vendia el precio de la capa, y poniéndola debajo de la que llevaba, continuamos nuestro paseo; pero como yo insistiese en que me explicára el misterio de aquel astroso mueble, tomó la palabra don Pascual, y me habló de esta manera:

—Creo á V. sabedor, amigo mio, de que en mi juventud fuí lo que se llama un

calavera completo, y que la crónica escandalosa de Madrid ofrecia en aquel tiempo pocos lances en los cuales yo no figurase, haciéndome mi vanidad buscar los más comprometidos por el solo placer de que todos se ocupasen de mí. Miéntras permanecí en el círculo de la alta sociedad, tuve intrigas amorosas más ó ménos complicadas, casos de honor más ó ménos problemáticos, y de todos salí sano y salvo, como está admitido entre personas de cierta educacion. Pero el mal demonio, que no duerme, me hubo de fastidiar de aquel género de vida y de placeres, y ofreciendo un ejemplo más á aquella regla de que los extremos se tocan, pasé por una brusca transicion desde el orgullo aristocrático á los modales más groseros de la plebe. Cesaron, pues, mis galas y mis tocados; olvidéme de teatros y salones; renuncié á mis antiguas amistades, y adopté el traje y los modales de un *manolo* verdadero.

Armado con mi calzon y chaqueta, corbata de sortija y sombrero calañes, y embozado sobre todo en mi gran capa, echéme á buscar aventuras por Lavapiés y el Barquillo, con más determinacion que el héroe manchego por el campo de Montiel. Mi generosidad, mi buen humor y mi determinacion para todo, me hicieron desde luégo célebre entre aquellos habitantes, y ya se sabía que no habia funcion en que no se contára con don *Pascualito*; y hombres

y mujeres me festejaban á cual más, con lo cual tenia yo cierta superioridad parecida á la de un cacique en una tribu de araucanos. Contribuia en gran manera á ello mi capa azul, que aunque vieja, era áun superior á las que me rodeaban; pero como yo no queria distinciones, acerté á tratarla tan mal, que en muy pocos dias logré hacerla equivocar con todas, con lo cual me creí ya protegido del escudo de Minerva, y todo lo vencia y nada me arredraba. Con ella frecuenté tabernas y figones, buhardillas y burdeles, palomares y azoteas, y sin ella nada de esto hubiera podido hacer; tal era la confianza que este disfraz me inspiraba.

Una tarde, de San Anton por cierto, salí envuelto en mi encubridora capa al paseo ó romería de *las vueltas*, como es uso y costumbre en tal dia. Ignoro si usted, como Curioso, habrá observado el espectáculo grotesco que en semejante ocasion presentan las dos calles de Hortaleza y Fuencarral, accesorias á la iglesia del santo anacoreta; la inmensa multitud de fieles que impulsados de su devocion se acercan por la mayor parte á la puerta de la iglesia sin entrar en ella; la exposicion pública de caballos y mulas de alquiler, adornados de cintas, que, guiados por inexpertos jinetes, corren al trote por el arroyo ó lozadal, y van á gustar la cebada bendita, la multitud de tiendas de panecillos del Santo, para pasto de los fieles; los

coches y calesas prodigiosamente henchidos de mujeres y muchachos, y el sofoco de la concurrencia, que son plácido espectáculo á la multitud de espectadores de rejas y balcones; las sales del ingenio chisperil, y demas circunstancias, en fin, que hacen aquel cuadro tan original en su clase.

Servia yo de breve episodio en él, marchando con el sombrero hasta las cejas y el embozo á las pestañas, puestos en jarras bajo la capa entrambos brazos, y abriéndome paso con los codos á derecha é izquierda. Andaba, pues, titubeando sobre cual de aquellas estrellas habia de tomar por norte, cuando al atravesar la boca-calle de San Márcos vi venir haciendo alarde de su desenvoltura á una manola, para cuyo retrato necesitaria yo la pluma de Cruz ó el pincel de Goya. Acompañábanla otras tres mozas, que si la desmerecian en hermosura, la igualaban por lo ménos en desvergüenza, y á pocos pasos las seguia un grupo de majos de chaqueta y vara, á quienes ellas tiraban panecillos por cima del hombro.

Confieso á V. que la vista y la razon se me turbaron al contemplar aquella belleza, y sin ser dueño del primer movimiento, bajéme un poco más el sombrero y me interpuse entre el planeta y sus satélites; pero un mediano garrotazo que sentí en el hombro derecho me hizo volver en mí, y siguiendo el camino de dicho palo hasta

encontrar el brazo que le blandia, encontré, no sin sorpresa, que estaba pegado á un mozo que yo conocia de várias aventuras anteriores. Esto fué hallarme como quien dice en tierra de amigos, y muy luégo lo fueron todos los individuos de ambos sexos que componian aquella guerrilla, merced á algunas oportunas estaciones que mi bolsillo permitió donde convino.

La niña retozona llevaba la vanguardia, y á cada paso nos comprometia en quimeras y reconvenciones, ya insultando á los paseantes, ya espantando los caballos, ó cogiendo las ruedas de las calesas, ó tirando cáscaras de naranja á los que iban en los coches. Crecia mi amor á cada una de estas barbaridades, y no perdia ocasion de expresárselo, á lo cual ponia ella mejor cara que uno de los acompañantes, que era el galan, miéntras que el marido, que tambien era de la comparsa, todo se volvia condescendencias y atencion.

Vino la noche, y habiendo manifestado aquella honrada gente que en casa de cierta amiga habia baile, nos dimos todos por convidados, y yo el primero me dirigí con más apresuramiento á aquel *baile de candil*, que si fuera *soirée* parisiense ó *raout* inglés.

Pasamos desde luégo á la calle de San Anton, y en unas de sus casas, cuyos pisos eran dos, el de la calle y el del tejado, llamamos con estrépito, y salieron á

recibimos hasta dos docenas de personajes parecidos á los que entrábamos. Por de pronto hubo aquello de negarnos la entrada, amenazas y palos; pero, en fin, asaltamos la plaza, y griegos y troyanos, olvidando resentimientos mutuos, improvisamos unas *manchegas* que hubieran llamado la atencion de toda la vecindad, si toda la vecindad no hubiera estado ocupada en otras tales. Siguiéronlas en ingeniosa alternativa *boleras* y *fandango*, intermediados con los correspondientes refrescos trasegados del almacen de enfrente; y á favor de la algazara que el mosto infundia en la concurrencia, creia yo poder formar con mi consabida pareja la conspiracion correspondiente: pero otra más sorda dirigida por el amostazado galan se formaba á mis espaldas, no sin grave peligro de ellas. Por último, para abreviar, el baile se fué acabando, cuando una patrulla que pasaba hizo cerrar el almacen de lo tinto, á tiempo que este empezaba ya á obrar fuertemente sobre las cabezas, y ya se trataba de retirarnos, por lo cual echamos el último fandango con capa y sombrero, cuando un fuerte palo, disparado por el furioso Otelo al candilon de tres mechas, que pendia colgado de una viga del techo, hízole saltar en tierra, dejándonos á buenas noches. Aquí la consternacion se hizo general; las mujeres corrian á buscar la puerta, y encontrándola

atrancada, daban gritos furibundos; los hombres repartian palos al aire; rodaban las sillas; estrellábanse las mesas, y voces no estampadas en ningun diccionario completaban este cuadro general.

Si licet exemplis in parvo grandibus uti,
Hæc facies Trojæ cum caperetur, erat.

Pero el blanco de la refriega éramos por desgracia el matrimonio y yo, en cuya direccion disparaban los conjurados sus alevosos golpes, hasta que un agudo grito del marido, que vino al suelo al lanzarle, dió lugar á que la puerta se abriese, y todos se precipitasen á salir, quedando solamente el ya dicho tumbado en el suelo sin sentido, y yo con el suficiente para ver que mi pérfida Elena, apoderándose de mi capa y envolviéndose en ella, huia alegremente con sus raptores. A mis voces y lamentos llega una ronda, reconoce al hombre que estaba á mi lado bañado en sangre: «¡Cielos, está muerto!» y yo, sin más pruebas que mi dicho, disfrazado vilmente, niego mi nombre, me turbo de vergüenza, y haciendo concebir sospechas de mí, soy conducido á la cárcel pública.

¡Qué noche, amigo mio! ¡Qué noche de desengaños y de amargas reflexiones! Entónces maldije mi indiscrecion; me horroricé de mi envilecimiento; conocí, aunque tarde, todo lo criminal de mi conducta, y lamenté mi futuro destino. Pero la Divina Providencia quiso darme un fuerte

aviso, pues el hombre á quien creíamos muerto sólo estaba herido, y declaró mi inocencia, con lo cual logré al cabo de algunos dias recobrar mi libertad. Mas esta leccion, impresa indeleblemente en mi memoria, me hizo renunciar para siempre á aquel género de vida, volviéndome á la sociedad á que pertenecia; y tan fuerte es aún la impresion que en mí dejó aquel suceso, que no he podido disimularlo á la vista de este cómplice de mis extravíos, que rescato hoy para eterna vergüenza mia.

—Un traje grosero (repuse yo para aplicar la moraleja del cuento) suele inspirar ideas villanas. Usted, señor don Pascual, tiene hijos que no tardarán en ser mancebos: inspíreles V. la misma saludable aversion que V. ha cobrado; procure que su traje sea siempre correspondiente á su clase, para que les haga apartarse de aquellos sitios en que teman comprometerla, y, sobre todo, créame V., no les permita en ningun tiempo usar una *capa vieja.*

(Enero de 1833.)

LAS NIÑAS DEL DIA.

«Las solteras no me prenden,
Porque se andan ya tan sueltas,
Que ellas se mueren por todos;
¿Quién se ha de morir por ellas?»
COMEDIA DE D. F. DE LEIVA,
El socorro de los mantos.

Paseábase Diógenes con una luz en medio del dia por la plaza de Aténas, buscando un hombre. Si Diógenes hubiera vivido en Madrid, quizás habria buscado una mujer. ¿La hubiera encontrado? ¿O cansado de inútiles pesquisas tornaríase mohino á su tinaja? ¡Atencion, vosotros, celibatos de veinte á cuarenta, los que á manera de nube poblais calles y salones de esta heroica capital, y sin ser Diógenes, ni conocer el código de su filosofía, teneis la suficiente para no hallar una mujer en el Salon del Prado; con vosotros hablo, y vuestra causa es hoy la que defiendo! Daos prisa á aprovecharos de mis argumentos; pues quizás otro dia volviéndolos ingeniosamente en contra vuestra, á guisa de abogado veterano, defenderé con teson los derechos de vuestra parte contraria, presentándoos por causadores de sus flaquezas. Entre tanto, oid y callad.

Y vosotras, amabilísimas criaturas, perdonadme si el inevitable giro de mis discursos me conduce hoy al atrevido intento de bosquejar vuestra incomprensible imágen; perdon os demando si mi tosca y desaliñada pluma se atreve á delinear algunos de vuestros rasgos característicos. ¿Cómo remediarlo? Vuestra importancia en el órden social es tal, que un escritor célebre ha dicho con razon: «Los hombres hacen las leyes; las mujeres forman las costumbres»; por cuya consecuencia, mal podria yo proseguir en la pintura de éstas, sino colocándoos en primer término de mis cuadros. Empero si alguna punta de amargo se deslizase hoy en mi tintero, cuyo inocente licor compongo para este caso con arabesca goma y azúcar cristalizada; si mi anteojo escrutador acertase por desgracia á encontrar en vuestro cielo alguna nubecilla, sed tolerantes y no os enojeis, sino reid conmigo de vuestras propias debilidades.

Háganse á un lado, señoras viudas, alegres ó plañidoras, en flor ó en conserva, con tocas y lutos, ó con paletina y *schall;* háganse á un lado, digo, que por hoy no son el blanco de mi pensamiento; ustedes tambien, señoras esposas, Lucrecias ó Helenas, ensanchen el pecho y sigan su camino, que tampoco á ustedes tocan hoy los puntos de mi sermon. Empero vosotras (no culpeis la llaneza del estilo), niñas en es-

peranza, fruta temprana de 1833, las que salvando vuestro tercer lustro, os meceis alegremente en los felices límites del cuarto, rodeadme aquí todas y miradme frente á frente, por ver si mi pincel, animado con vuestra presencia, consigue trasladar al papel vuestra copia original.

Más privilegiadas que vosotras, las que os precedieron en juventud y gracias en los siglos anteriores, fueron el objeto de las delicadas plumas de Lope y Calderon, las cuales supieron embellecer hasta sus mismos defectos. Si el teatro es el espejo fiel de las costumbres, y los autores cómicos los más ciertos historiadores de ellas, no puede ménos de sorprendernos el espectáculo que presentan aquellas damas heroicas hasta en sus mismos extravíos, sublimes hasta en los yerros de su amor. Aquella contradiccion de orgullo y rendimiento, aquella mezcla de flaqueza y de virtud, aquel amoroso desden, aquella generosa venganza, aquel sistema de amor, sugerido por la unidad del sentimiento y por la más natural filosofía para cultivar la admiracion y el entusiasmo del afortunado galan, son cosas que infunden asombro, y ponen en fuego al alma más helada é indiferente. —Pero, me diréis, la temeridad de sus pasos, el olvido de sus más sólidos intereses, el atrevimiento de sus disfraces, la libertad de sus palabras, la... —Teneis razon, queridas mias, teneis ra-

zon; todo esto pudo pasar sin riesgo en aquellos tiempos, porque los galanes del si glo XVII merecian tambien más amor, más talento y ménos egoismo que los insignificantes y ligeros mancebos que os rodean.

Un siglo despues, diversas causas, que sería prolijo relatar, obraron notable diferencia en el sistema mujeril. Consideradas como demasiado peligrosas á la luz del dia, delante de padres y tutores celosos que podrian muy bien ser ofuscados por ellas, fueron encerradas tras las altas murallas de un convento, ó tapiadas en la casa paterna entre rejas y celosías: el *Desiderio* y *Electo*, y las *Soledades de la vida*, eran las únicas lecturas que se les permitian; la estameña y muselina, sus galas; la costura y el bordado, su única ocupacion: mas al traves de estos obstáculos, el incorregible amor hallaba medios de flechar aquellos incautos corazones, y cuando sus guardias vigilantes abrian los cerrojos para dar entrada al hombre á quien la autoridad paterna designaba para esposo, ya no era tiempo, pues el amor se habia adelantado, y «amor que entra por la ventana (dice Marmontel), es más peligroso que el que entra por la puerta.»

El filósofo Moratin, en sus dos mejores comedias, nos ha dejado una pintura fiel de las consecuencias de esta educacion violenta y suspicaz, presentándonos en una la terrible obediencia, pronta á sacrifi-

car su vida al capricho paternal, y en otra la industriosa resistencia y el fingimiento más refinado para burlar su vigilancia. Pero ya *doña Paquita* y *doña Clara* no son personajes de esta época, y sus retratos deben ser considerados más bien como modelos del arte y como documentos históricos, que no como traslado de nuestras niñas actuales, que así se apartan de las aventureras damas de Calderon y de Tirso, como de las desventuradas y oprimidas de Moratin.

Escuchadme aquí todas, *Adelaidas*, *Carolinas*, *Julias* (que hasta los nombres habeis embellecido), escuchadme aquí todas, que con vosotras y de vosotras voy á tratar. Pero quisiera ante todo que me dijérais qué premio me señalais si llego á adivinar el sistema de cada una. ¿Mudarlo? No, hijas mias, no creais que es mi intento ser corrector vuestro... Pues ¿qué premio ha de ser?... Ea, daréme por contento con sólo que me tolereis el que os conozca.

No extrañeis que empiece la rueda por la seductora *Amalia*, la de los ojos dormidos y el labio desdeñoso. Miradla atentamente; su marcha desigual y fingidamente penosa, su mirar oblícuo y descendente, hacen descubrir en ella la costumbre de dejarse arrastrar en su carroza; su afectada sonrisa, su estudiado saludo, ese aire de pretension y de superioridad que la distingue, revelan la elevada sociedad á

que pertenece, y haríanla traicion si pretendiese ocultarla.

Así es la verdad; Amalia es una rica heredera de la primera nobleza, y este pensamiento que en ella domina, se comunica tambien á los que la miran. Desde sus primeros años fué el objeto de la adulacion asalariada; separada casi constantemente, por la etiqueta, de la vista de sus padres, rodeada de gentes inferiores á ella, desconoce los sentimientos tiernos y el lenguaje de la verdadera amistad; dirigida por maestros á quienes siempre miró como criados, para ella el genio no tiene ninguna superioridad; y éstos, por su parte, convencidos de la inutilidad de sus lecciones, sólo la explicaron lo suficiente para alargar su enseñanza y para llenar su cabeza de palabras sin ideas, pero bastantes á deslumbrar á su papá. Primeras letras, gramática, geografía, lenguas, dibujo, música y baile, de todo recibió lecciones; y por resultado de esta enseñanza, que costó un considerable capital, sabe hoy escribir un billete sin puntos ni comas, cantar una cavatina en italiano ó bailar una mazourka en ruso; lo cual es suficiente saber para los tiempos que corren. Agrádala la lisonja y la cortesía de los jóvenes que la rodean, y quisiera tal vez responder con ménos altivez á sus suspiros; pero áun no es tiempo; fiel á su dorada cuna, tiene empeñada su mano desde

ántes de nacer á un cuarto primo, con cuyo enlace conseguirá añadir al escudo de su casa dos osos trepantes y una serpiente en campo de plata. Con tales antecedentes, preguntaréisme, ¿le hará feliz ó desgraciado? Lo ignoro, amigas; sólo sé decir que le hará marqués...

Pero saltando de flor en flor, como mariposa, ¿me negaréis que os hable de las festivas gracias y del mirar maligno de la risueña *Flora?* Esa marcialidad y ese despejo que formaban, miéntras estuvo en el colegio, la envidia de sus compañeras y el encanto de sus parientes, me hicieron más de una vez temer por los pobres amantes que algun dia habian de intentar rendir un corazon dispuesto á burlarse de todo Mas, ya se ve, ¡es tan graciosa una niña revoltosa y pizpireta! Sienta tan bien la risa á una cara infantil, que todos nos apresurábamos á hacerla mil lisonjas. Yo la vi en los solemnes exámenes del colegio llevar siempre los premios en la música y la danza, dejando desdeñosamente á sus compañeras los ménos brillantes de la aguja y el pincel. Yo la vi salir de la enseñanza y poner en movimiento á toda la sociedad elegante de Madrid; yo la vi seducir por lo ostentacion de sus gracias, por el primor de sus adornos, por la riqueza de sus galas, por el torrente amable de su conversacion. ¿Quién es el dueño de su corazon? (pregunté). Todos creian serlo, y

ella no creia que lo fuese ninguno: más de un alumno de Marte gimió arrestado una quincena por renovar *il posto abbandonato;* más de un expediente quedó sin despachar por visitarla un jóven empleado; más de un soneto hirió sus oidos, plañido por la musa de soporífero poeta; más de una espada desnuda brilló ante sus ojos. Gozosa desde su balcon, recibia estos tributos como otros tantos trofeos de su beldad, cual si los viera representados en el teatro desde su palco; mas ¡oh venganza! los jóvenes llegan por fin á conocerla y á entenderse: promesas falaces, prendas débiles de su cariño, sortijas y emblemas misteriosos, cartas novelescas, bucles ingeniosamente tejidos, todo depone su veleidad y mala fe; todo lo recibe de un dia devuelto por sus desengañados amantes. Desde entónces su moda pasó, sus gracias quedaron eclipsadas, las mujeres sonrieron á su presencia, los hombres hablaron con ironía, y por colmo de su desgracia, el desden ajeno vino á castigarla del suyo, viéndose hoy despreciada de un hombre á quien ama con frenesí, y el cual es tambien el ménos meritorio de sus amantes.

¡Qué diferencia de la sensible *Heloisa!* Un corazon hecho para el amor; un semblante formado por las gracias; un mirar lánguido y penetrante; una cabeza dulcemente inclinada; una boca suspirante que parece decir al que la mira: «Amadme, y

yo os amaré.» ¡Cuántos encantos en una sola persona! Habla de amor: su pecho se inflama con la pintura del hermano de Saladino ó la huérfana de Underlach. Se sienta al piano ó al arpa; ¡qué precision en los toques, qué afinacion en los sonidos! Luce su hermosísima voz; ¡qué profunda sensibilidad! ¡qué expresion tan sublime y animada! Los suspiros quejosos de *Bellini* no tuvieron nunca intérprete mejor. Un movimiento eléctrico se comunica á toda la concurrencia, y la sala resuena con estrepitosas y unánimes aclamaciones. ¿Quién no ha de amarla? ¿quién no ha de rendirla su albedrío? Una nube de incienso la rodea; pero ¡ay! que esta misma nube que lisonjea su corazon, formada por los ecos de falsos amantes, la impide tal vez la vista del verdadero, que, adorándola en secreto, teme que tanto incienso trastorne su cabeza, y repite con Castillejo:

«La cumplida en cualquier cosa
Y acabada,
Ménos que todas me agrada;
Porque, segun mi pensar,
Tiene mucho que guardar
La de todos deseada.»

Mas volved la vista á esotro lado, veréis venir crujiendo sedas y descubriendo su beldad por entre el celaje de finísima blonda á la hermosa *Serafina:* ¿quién al ver su equipaje no la tendrá por alguna marquesa? Pues nada ménos que eso; tal como

la veis, es hija del empleado D. Homobono Quiñones, mi vecino, cuya mesada no equivale á la mitad de lo que ha costado ese velo. ¿Cómo se verifica tal milagro? me preguntais. Hijas mias, si no teneis memoria, mirad el artículo de *El dia* 30 *del mes*. Serafina, seducida con la idea de un casamiento brillante, exagera el adorno de su persona, como para alejar á los que no estén en estado de sostener su esplendor; y, en efecto, consigue verse rodeada de multitud de pretendientes de su belleza, que no de su mano; pero ella escucha indiferente sus solicitudes, y para disponer de su voluntad sólo espera que la hablen de matrimonio, diciéndoles en buenas palabras, como la condesa que pinta Regnard:

«*Je ne donne mon cœur que par-devant notaire*», que viene á significar en nuestro romance español:

Yo no doy mi corazon
Sino delante del cura.

Con lo cual consigue renovar constantemente la concurrencia de acreedores, sin que ninguno se dé por notificado del contenido de aquel emblema. Seis años hace que Serafina es estrella fija en nuestro cielo, y todas las noches se la ve aparecer en bailes y tertulias, pero en vano; y ya estaba casi determinada á entregar su mano á un jóven rico y amable que la pretendia, y á quien ella no podia perdonar el no te-

ser un mal uniforme ni el menor sueldo por el Gobierno, cuando ¡oh desgracia! el jóven, calculando por una proporcion matemática los quilates á que subiria la ostentacion de su elegante novia despues del matrimonio, y temiendo ver su caudal en manos de modistas y joyeros, se retiró con tiempo. Por último, se presentó cierto meritorio de oficina, el cual ha logrado enamorarla, y con quien se espera haga un brillante casamiento.

Pero ¿qué es esto? ¿todas vais desfilando, ingratas oyentes? ¿os fastidia mi oracion, ó temeis que llegue vuestra vez? No no, queridas mias, nada temais. Mudaré de conversacion por complaceros; hablarémos de revistas en el Prado; de injusticia en el reparto de galones y charreteras; os alabaré vuestras galas y tocados; os traduciré la leyenda de los figurines y del *Journal des modes*. No me aborrezcais; pediré prestado el estro á un amigo mio para componer una sátira contra la aguja y el dedal; haré una disertacion para probar que un moderado recogimiento y un trato reducido son antiguallas, y solamente propios de aquellas oscuras bellezas no destinadas á hacer el encanto de nuestra sociedad matritense. No me abandoneis, y os serviré para ayudaros á hacer cordoncitos y petacas; seré de vuestra opinion en cuanto á óperas y dramas; os leeré á Walter Scott y D' Arlincourt; os prestaré la

Revista Española para que leais mis artículos de costumbres, y riais á placer cuando no os toquen á vosotras; y, en fin, os haré uno laudatorio, pintando una niña perfecta como yo la he soñado, y diré que todas sois así, aunque vosotras os esforceis en desmentirme y dejarme mal.

(Febrero de 1833).

LOS PALETOS EN MADRID.

«Juan Labrador, ¿qué os parecen
Los músicos? — Que son diestros;
Pero mejor me parecen
De mi exido los jilgueros.»

Matos.

El aire de córte es semejante al tufo en una pieza cerrada, que sólo le perciben los que vienen de fuera. Esta fria atencion, estos estudiados modales, estas palabras vagas, este cortés egoismo que llamamos *buen tono* y bien parecer, desconciertan sobremanera á los forasteros, y hacen formar distinto concepto de nosotros á aquellos mismos que, si nos vieron fuera de Madrid, quedaron prendados de nuestra amabilidad y cortesía. ¿Y por qué esta diferencia? Porque en la córte la fantasma del poder nos persigue constantemente, obligándonos á estudiar y medir nuestras palabras y acciones; congójanos con el temor de aparecer hombres vulgares; llena nuestras mentes de proyectos quiméricos y de esperanzas ambiciosas, y adormeciéndonos con ellas, nos hace desdeñar los sólidos caminos de la fortuna, por seguir los engañosos atajos del favor.

Sea, pues, ejemplo de estas verdades la familia de *D. Teodoro Sobrepuja*. Este caballero, á quien sus importantes empleos y comisiones delicadas habian ocasionado una enfermedad de pecho que le redujo en poco tiempo á un estado lastimoso, viéndose precisado á buscar en los aires nativos el recobro de su salud, pasó á la villa de Olmedo, llevando consigo á sus dos hijos Cárlos y Luisa, jóven aquél de diez y ocho, y ésta de catorce años de edad.

La amabilidad de D. Teodoro y de sus hijos, y las muchas relaciones de familia que tenía en el pueblo, les sirvieron en términos, que muy luégo fueron el objeto de las atenciones y obsequios generales; pero más particularmente de parte de la familia de *Patricio Mirabajo*, el más rico hacendado de aquellos contornos, compañero de infancia de D. Teodoro, y cuya amistad llegó al extremo, que no contento con prodigarle toda clase de atenciones, no paró hasta llevársele á vivir á su casa propia, á fin de atender con más cuidado al restablecimiento de su salud. La mujer de Patricio, *Aldonza Cantueso*, mujer de un excelente fondo, aunque rústica sobremanera, y sus dos hijos Braulio y Feliciana, contribuyeron por su parte á hacer grata á los forasteros la estancia del lugar, de modo que, dilatándose ésta más de año y medio, recobró D. Teodoro, no tan sólo

su perdida salud, sino aquel apacible sosiego del espíritu que huye de las ciudades y sólo se encuentra bajo los humildes techos de la aldea.

Los jóvenes, por su parte, cuya tierna edad era la más á propósito para recibir las primeras impresiones del amor, no pusieron cuidado en resistirlas; ántes bien, dejaron crecer á la vista de sus mismos padres una pasion inocente que éstos se complacieron en fortificar, disponiendo, en consecuencia, los matrimonios de Cárlos con Feliciana y de Luisita con Braulio; pero como todavía eran tan jóvenes, señalaron el plazo para de allí á tres años, que deberian reunirse en Madrid; y consolados con esta esperanza, aunque penetrados de sentimiento, regresaron D. Teodoro y sus hijos á la capital.

Fácil es de concebir la firmeza que resolucion semejante podria mantener en el pecho de un hombre en quien la ausencia de la córte no habia hecho más que adormecer las ideas de orgullo y de elevacion, como tambien los vaivenes que durante tres años sufririan los corazones de nuestros jóvenes en aquella peligrosa edad, y rodeados de los atractivos y seducciones cortesanas. Con efecto, el recuerdo de sus amores se debilitaba de dia en dia; pesábales ya el momento de escribir á sus amantes, y en el interior de sus corazones temian ver llegar el plazo de la entrevista.

Don Teodoro, por su parte, ocupado en sus ascensos y engrandecimiento, apénas recordaba ya su compromiso, cuando una mañana la ronca voz de la señora Aldonza vino á sacar á todos de su distraccion, y vieron con asombro á aquélla y sus dos hijos que entraban por la sala con la algazara y contento propias de personas sencillas y satisfechas.

Tan inesperada invasion no pudo ménos de sorprender á D. Teodoro y su familia; pero sobreponiéndose luégo al primer movimiento de extrañeza, recordó aquél los inmensos favores que debia á sus huéspedes, y haciendo una violencia á su fisonomía y á su lengua, procuró recibirles con muestras de regocijo. Las parejas juveniles, observándose con desconfianza y curiosidad, tardaron aún largo rato en manifestarse; pero un resto del fuego de su antiguo amor, encendido á la vista de aquellas facciones, en otro tiempo adoradas, les obligó por entónces á hacer abstraccion de trajes y modales, y sólo mirar el objeto de sus primeros amores, con lo cual pudieron entregarse á las demostraciones de su contento, demostraciones que se prolongaron todo aquel dia.

A la mañana siguiente fué preciso condescender con el deseo de los huéspedes de dar una vuelta por calles y paseos, con lo cual empezaron éstos muy de mañana á destapar cofres y maletas y sacar de ellos

los trajes de *dia del Corpus* para presentarse en Madrid con el decoro conveniente. Pero el elegantísimo Carlitos, á quien toda la noche habia traido desvelado la consideracion de lo mucho que iba á padecer su vanidad, no perdia de vista aquella operacion: asustado con los tales preparativos, corrió al cuarto de su hermanita, y arrojándose en una silla:—¡Ay, Luisita mia, exclamaba, tristes de nosotros, acompañando á los lugareños! ¡Si vieras qué vestidos, qué telas, qué peinados! Sin duda que vamos á ser la burla de todo el Prado. ¿Qué dirán tus amiguitas las de *Yerbavana*, que tan sublime concepto tienen formado de mi elegancia, viéndome hacer el amor á una paleta con el talle bajo el brazo, mantilla hueca y recogida á la garganta, bucles cortitos y peineta de á tercia, zapatos de tabinete y guantes de color de rosa? Y tú, por tu parte, ¿cómo has de sufrir la risa del alférez de la Guardia, mirándote acompañar por un frac del año 12, sombrero ancho de copa, pantalon de pato ajustado y botas de campana *á la bombé?*

—Sin duda, Carlitos (exclamaba Luisita sollozando), sin duda que harémos con ellos un buen contraste, tú con tu levita *de fantasía*, y yo con mi *cachemir ternó*.

—Y papá, ¿qué papel va á hacer con sus dos veneras, acompañando á la señora



Aldonza de vestido de estameña y moño de calabaza?

—¡Oh! eso es insufrible, y yo voy á fingirme mala.

—Y yo tambien, decia Carlitos; pero al llegar aquí, abren con estrépito la mampara, y se adelanta el triunvirato olmedino, ofreciendo el anacronismo más disonante en aquel primoroso *tocador Psiché.*

Sin embargo, los jóvenes cortesanos disimularon su extrañeza; pero no así los paletos, los cuales rieron á carcajadas al mirar el ajustado talle de Cárlos y el elegante prendido de Luisita, mortificando á éstos con sus preguntas y algazara, no ménos que al padre, que se presentó despues; pero no hubo más remedio que hacerse una fuerte violencia, y acompañarlos á paseo.

Pongo en consideracion de mis lectores la extravagante caricatura que ofrecerian las tres parejas, así como tambien dejo considerar el efecto que en los recien venidos produciria la vista de tantos objetos extraños. Este, á la verdad, era singular é incomprensible; v. gr., pasaron sin hacer alto por delante del hermoso edificio de la Aduana, y les llenó de admiracion la fuente de la Puerta del Sol: vieron sin entusiasmo el Salon del Prado, y en las fuentes de Cibeles, Apolo y Neptuno, lo que más les admiraba era la anchura del pilon. Cada coche que pasaba era para ellos un

suceso: las mujeres, madre é hija, agarraban á sus parejas respectivas, temiendo que las atropellasen, aunque fuesen á treinta varas de distancia, y el mancebo se quitaba cortesmente el sombrero, creyendo que los que iban dentro eran todas personas reales. A cada lugareño que pasaba iban á hablarle, tomándole por paisano suyo, y la vista de cada elegante les producia risas convulsivas y dichos nada corteses. Su marcha en la confusion del Prado era oblicua y desigual; quejábanse de las apreturas; distraíanse mirando atentamente á las caras de los paseantes; dejaban caer el abanico, los guantes, el pañuelo, y á cada objeto que les chocaba llamaban la atencion de los demas señalándole con el dedo. Mas, en fin, cansados á la segunda vuelta, quisieron sentarse, no sin grave alivio de los acompañantes, que vieron disimulada por un momento su enfadosa publicidad.

De vuelta de paseo manifestaron deseos de beber, y D. Teodoro, venciendo su repugnancia, les hizo entrar en un café, donde pidieron limon y leche y luégo chocolate con bollos; y habiendo querido obsequiar Carlitos á Feliciana con un queso helado, ésta pidió al mozo un cuchillo para partirle.

Pasaron despues al teátro á ocupar un palco, tomado de antemano: allí se echaron de brazos en la barandilla, y dejaron caer



un anteojo perpendicular encima de la cabeza de un alguacil, con lo que llamaron la atencion de toda la concurrencia, no sin grave bochorno de los dos jóvenes madrileños, que se escondian lo mejor posible

La desgracia hizo que aquella noche acertasen á hacer la ópera de *L'último giorno di Pompei*, y si bien al principio la vista de las decoraciones y el ruido de la música y de los coros los tenía agradablemente entretenidos, no tardaron en empezar á bostezar, y al caer el telon al final del primer acto, cayeron tambien sus párpados, permaneciendo en tan envidiable estado hasta que la erupcion del Vesubio, al concluirse la ópera, les hizo despertar asombrados, y figurándosela verdadera, corrieron á la puerta temiendo ser víctimas de aquella catástrofe.

Sería nunca acabar el ir refiriendo una por una las escenas grotescas que ofrecia la naturalidad de nuestros paletos, contrapuesta á la afectacion de los cortesanos; por mi parte túve motivo de ser testigo de alguna de ellas, por haberles acompañado, en calidad de amigo de la casa, á ver las curiosidades de Madrid; y preguntándoles despues qué era lo que más les habia gustado de ellas, me respondieron que en el Palacio la pieza de porcelana; en el Museo, el cuadro del hambre de Madrid; la vajilla de plata en el Casino; la campana china en el Gabinete de Historia Natural

en el Retiro, el ídolo egipcio de la fuente del estanque, y en la Armería, el espejo para curar la ictericia. En punto á paseos, dieron la preferencia á la Ronda, y de funciones teatrales, ninguna les agradó como la *Pata de Cabra;* lo demas todo lo hallaron mediano, y de ningun modo preferible á las bellezas de Olmedo.

No hay necesidad de decir que la ilusion de nuestros jóvenes madrileños habia ido desapareciendo á medida que observaban estas cosas; pero dudosos sobre su futura suerte, y áun confiados en que la permanencia en la córte obligaria á los otros á mudar de inclinaciones, formaron empeño en inspirarles otras ideas; inútil intento; la sencillez de los naturales venía á descomponer todos sus planes. En vano los sastres y modistas acomodaron á sus cuerpos todos los caprichos de los figurines parisinos: la cabeza erguida y los brazos caidos dábanles el aspecto de un maniquí sin animacion: en vano les enseñaban á pronunciar bien las palabras: su lengua no sujeta les hacía traicion á cada momento.

Por último, un dia en que todos manifestaban su mutuo descontento por lo inútil de estas lecciones, saltó la señora Aldonza, y dando rienda suelta á su mal reprimido disgusto: —«No os canseis, chicos (les dijo), que pa golver en ca e vuestro padre Patricio Mirabajo con los mesmo-

pecaes que trujisteis, eso me da que igais aches como que igais erres, y Dios en mis adrentos, que lo demas son sotilezas, con que no hay sino dejallo y no andarme con aquí te la puse, que lo mejor sólo Dios lo sabe; y como esas cosas podria yo contarles á los de Madril cacaso no entienden..... ¡No sino úrguenme un tantico, y verán como todos tenemos nuestro aquel!..... Y dígolo porque yastoy cansáa de tanto pedricarles de la polítíca, y dale con las cortisías, y torna con los filís, que así Dios me perdone como parecen saltarines de los cantaño bajaron á mi puebro. ¿Sus parece chicos (añadió encarándose con los madrileños), que los mi mochachos pa casarse nesecitan deprender toas esas estilaciones de la córte? Pues náa ménos queso, porque ellos miéntras Dios dé vida y salú á Aldonza Cantueso y Patricio Mirabajo, no han de apartarse dellos, agora se casen, agora no, que pa eso les himos parío y criao á nuestros pechos, pa que tengan cuidíao de mosotros desque lleguemos á viejos, y si lo contrario hicieren, para esta (y besó la cruz) que no habian de llevar un chavo, casí es nuestra última y pestrimera veluntá. Y esto mismo cuento de icirle á vuestro padre, y que ó herrar ó quitar el banco; y vosotros ya sabeis el camino de Olmedo, con que allí aguardamos la rempuesta.» —

Corridos y confusos quedaron los dos

jóvenes con aquella inesperada *proclama*, y luégo que quedaron solos, empezaron á reflexionar sobre su suerte, vieron cuán ilusorios eran sus proyectos de enseñar á sus amantes el aire de córte, cuando ellos mismos se verian precisados á olvidarle, si habian de casarse y vivir en Olmedo: preguntáronse mutuamente sobre el estado de sus corazones, y hallaron que no quedaba en ellos una chispa del amor primero; observaron la tibieza de su padre en recordarles el empeño contraido; y por último, llamaron en su auxilio las gracias de la señorita de Yerba-vana y del alférez de la Guardia, que acertaron á entrar en aquel momento. Don Teodoro, por su parte, acalorado por las reconvenciones de Aldonza, no tuvo reparo en anular el contrato, y los jóvenes renunciaron con gusto á una renta de diez mil ducados, por no verse precisados á salir de Madrid, así como los aldeanos resolvieron olvidar un amor que les ponia en peligro de tener que alejarse de Olmedo.

(Marzo de 1832.)

LA PROCESION DEL CORPUS.

I.

1623.

Era el dia 15 de Junio del año de 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad habia sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flándes, por los años de 1240, á consecuencia de la revelacion de unas virtuosas mujeres que la confesaron á Roberto, su obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleon, despues Urbano IV, que expidió bula en 1272 para su celebracion. Desde entónces se verificó ésta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíanse siempre en ella por su ostentacion la córte de los reyes católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico, haciendo alarde de su religiosidad y grandeza.

Quisiéramos presentar á nuestros lectores un ligero diseño de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo; y puesto que nuestras fuerzas sean insuficientes para tras-

ladarles en imaginacion á aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre éste y otros usos de pasadas épocas.

Fijamos particularmente para ello nuestra atencion en el dicho dia 15 de Junio de 1623, en que la córte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor lujo que de ordinario la solemne funcion del Señor. Concurria para ello una circunstancia muy notable. Cárlos Stuard, príncipe de Gáles, hijo primogénito y heredero del rey de la Gran Bretaña (despues Cárlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), habia llegado á Madrid el 7 de Marzo de aquel año para enlazarse con la infanta doña María de España. El rey, los príncipes, el poderoso valido conde-duque de Olivares, y toda la córte, en fin, se esmeraban á porfía en obsequiar y halagar á tan distinguido huésped con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heroica villa, que dispone el modo y forma de arreglarse la procesion en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M., si asiste á la procesion, ó por el presidente del Consejo en

caso contrario, se reunan todos en dicha iglesia, y los Consejos, divididos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se forman con canceles. Así hácia la pila del bautismo estaba el Consejo de Cruzada; á los piés de la iglesia, Madrid; en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, el de Indias; en la capilla antigua, frente á la puerta de las gradas, el Consejo Real de Castilla; en la del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisicion; en la de Santa Ana, el de Hacienda; en el cuerpo de la iglesia, á mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S. M., y á la izquierda, los grandes. El sitial del Rey y Príncipe, junto á la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio. Al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se les sirven al Rey y al Príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados, en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes é iguales, una hacheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de á libra y otra de á media, y en llegando al medio de la iglesia, toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias, las entregan al capellan de honor que está de asistencia, y éste al sumiller de cortina, primero para el Rey, y despues al Príncipe. Despues que se empieza la misa se da principio á ordenar la procesion por

el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de Palacio. Madrid lleva el pálio, repartiéndose los regidores las cuatro varas y ocho bordones de él por antigüedad.

Aquel año se verificó así, y el Príncipe de Gáles, desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó, que fué en el entresuelo de la torre primera del alcázar, la vió pasar, permaneciendo en pié durante toda ella, así como el Marqués de Bouckingham y demas caballeros de su córte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo se arrodillaron todos.

El órden que llevaba la procesion era el siguiente: Abrian la marcha los atabales y clarines—seguian los niños Desamparados y los de la Doctrina—luégo los pendones y las cruces de las parroquias—los hermanos del Hospital General—los de Anton Martin y las comunidades religiosas por este órden—mercenarios descalzos—capuchinos—trinitarios descalzos—agustinos descalzos—carmelitas descalzos—clérigos menores—padres de la Compañía de Jesus—mínimos de la Vitoria—jerónimos—mercenarios calzados—trinitarios—carmelitas—agustinos—franciscos—dominicos—basilios—premostratenses—bernardos—y benitos.—La cruz de Santa María de la Almudena—la del Hospital General de córte—la clerecía en medio de las órdenes militares Alcántara—Calatrava y Santiago con mantos capitulares.—Al lado derecho

el Consejo de Indias—el de Aragon—el de Portugal—el Supremo de Castilla.—Al izquierdo, el de Hacienda—el de las órdenes—el de la Inquisicion—el de Italia—el cabildo de la clerecía—veinte y cuatro sacerdotes revestidos, con incensarios—la capilla Real con su guion—tres caperos, el de en medio llevaba el báculo—el Arzobispo de Santiago de pontifical—los pajes del Rey con hachas—las andas del Santísimo—la Villa con el palio—EL REY.—El Príncipe al lado izquierdo—un poco detras el cardenal Zapata al derecho—el cardenal Espínola al otro lado—el Nuncio en medio de los dos—el Obispo de Pamplona detras.—El inquisidor general—el embajador de Polonia—el Patriarca de las Indias—el Embajador de Francia—el de Venecia—el de Inglaterra—el de Alemania—el Conde-duque de Olivares—los Grandes cerca de la persona del Rey—los títulos y señores á tropas en medio de la procesion—las dos guardias españolas y tudesca á los lados de la procesion — y detras toda la de archeros.

Era costumbre en aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1705, que por la tarde de este dia empezase la representacion pública de los *autos sacramentales*, que seguia durante toda la octava del Córpus. Levantábanse para ello en las plazas de Palacio y de la Villa sendos tablados, adonde se encaminaban ocho carros

triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de comediantes; principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del Rey, el mismo dia del Córpus á las cuatro de la tarde, y acabado aquél empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero á la plaza de la Villa á representarlo al Consejo de Castilla, y despues la misma noche al de Aragon: seguia el segundo auto en la forma referida, y al viérnes siguiente por la mañana se representaban los dos al Consejo de Inquisicion, y por la tarde á Madrid, desde donde, por el órden que queda expresado del dia antecedente, se seguian representando á los Consejos de Italia, Flandes, Ordenes; y el sábado á los de Cruzada, Indias y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los dias de la octava, dando principio luégo en los corrales el viérnes siguiente á ella. Así pasó hasta el año de 1676, en que por excusarse algunos consejos de este gasto se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas é inconvenientes, y habiéndose consultado á S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Despues, por lo molesto que era para los reyes la representacion de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciesen uno el juéves y el otro el viérnes, y este dia se hiciesen los dos al

Consejo, dando principio la compañía que el dia antecedente representó en Palacio, y el mismo dia al Consejo de Aragon, y que si el Consejo de Inquisicion quisiese autos se le representasen por la mañana, y por la tarde á la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que por excusar gastos se hacian estos festejos á SS. MM., al Consejo y Madrid, en los dias juéves, viérnes y sábado. Por último, en 1705 S. M. don Felipe V se sirvió aplicar á las urgencias de la guerra el gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entónces no volvieron á verificarse más que en los corrales.

Es bien sabido que en la composicion de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta córte, y que muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. Don Pedro Calderon de la Barca sólo escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento á la villa de Madrid, que se los habia pagado, á fin de se conservasen en su archivo; pero fueron extraidos y sustituidos por copias, y en 1716 se imprimieron por D. Pedro Prado y Mier, pagando á la villa diez y seis mil quinientos reales por su propiedad

II

1835.

Despues del trascurso de los tiempos, se conserva en el dia como la más solemne

entre nosotros la festividad del Córpus, y la procesion con que la villa de Madrid la celebra, sigue el mismo órden de majestad y decoro que en el siglo XVIII en que la hemos descrito, si bien con ménos acompañamiento de comunidades y personajes, habiéndosela purgado tambien de los ridículos emblemas que bajo los nombres de *la tarasca, los gigantones* y otros, se conservan aún en algunos pueblos de España; y hasta ántes de la guerra de los franceses se usaba en Madrid (1).

Queda ya dicho que el órden de la procesion es en el dia el mismo; y si bien puede haber perdido en cantidad de personajes asistentes, no en la calidad de ellos, que es siempre la más elevada, empezando por el mismo Monarca cuando se halla en la córte, los grandes, los supremos consejos

(1) *La tarasca* era una figura de sierpe que iba delante de la procesion, y representando místicamente el vencimiento glorioso de nuestro Señor Jesucristo sobre el demonio. Es voz tomada del verbo griego *theracca*, que significa amedrentar, porque espantaba y amedrentaba á los muchachos. En *Tarascon*, villa de Francia, en la Provenza, sobre la orilla izquierda del Ródano, existe una tradicion que dice: que habiendo llegado Santa Marta á aquellas riberas, logró vencer y encadenar a un monstruo carnívoro, llamado *la tarasca*, que afligia y desolaba aquel país. La villa, agradecida, eligió á la Santa por su patrona, y conservó la memoria de aquel beneficio en un cuadro que hemos tenido ocasion de ver en su iglesia. Ademas, en la procesion que se hace anualmente con gran solemnidad, se pasea una imágen colosal del monstruo vencido y arrastrado por una muchacha. Finalmente, en el archivo de Madrid leemos en un antiguo libro de cuentas una partida que dice: «*Por gastos en la tarasca para la procesion del Córpus*, 1.400 *reales*.»

y tribunales, el clero secular y regular, el ayuntamiento, etc., que en todo forma un tan dilatado como vistoso y rico acompañamiento.

Pero en lo que sin duda alguna debe exceder el Madrid actual al antiguo, en semejante dia, es en el suntuoso y variado aspecto de sus calles, especialmente en las que constituyen la carrera de la procesion; el bullicio y animacion del numeroso pueblo, la elegancia de las vestimentas, y la agradable armonía, en fin, de un conjunto tan vário y caprichoso.

Difícilmente una persona que no haya estado en esta córte podrá formarse una idea ni aproximada de todo ello. Si es extranjero y no conoce la pureza de nuestro cielo, la viva lumbre del sol que nos ilumina, la diafanidad de nuestra atmósfera, ¿cómo podrá imaginarse la alegría de aquel hermoso cuadro?

Una luz templada por los toldos azules y blancos que cubren toda la carrera; un piso blando de arena que hace desaparecer la desigualdad del empedrado; dobles filas de tropas vistosamente enjaezadas, é interrumpidas de trecho en trecho por armoniosas músicas; un pueblo inmenso, bullicioso, expresivo, cubriendo absolutamente el espacio que la tropa permite; calles anchas y tiradas á cordel, que dejan contemplar una larga serie de casas, adornadas exquisita ó caprichosamente con vistosas

colgaduras, y tan henchidos de gente los balcones que parecen imprimir movimiento á los edificios: tal es el bellísimo conjunto que desde las primeras horas de la mañana presentan las hermosas calles Mayor, de Carretas y de Atocha, plaza Mayor y Puerta del Sol.

Los detalles son áun más interesantes. No bien apunta la aurora, que es bien pronto en un hermoso dia de Junio, empiezan á circular las bombas que riegan la carrera; apoderándose en seguida de ella los vendedores de flores, que la llenan de un agradable perfume: los vecinos, madrugadores aquel dia, disponen y cuelgan las fachadas de sus casas, y desde aquel momento empieza la concurrencia, que, como debe suponerse, se compone al principio de las sirvientas y mancebos, que si ceden á la posterior concurrencia en elegancia y aderezo, pueden disputarla en alegría y gracia natural.

Siguiendo por una progresion ascendente, y miéntras la tropa va formándose, llegan ostentando sus respectivos atavíos y personas la desenvuelta manola del Barquillo con su peineta elevada, cesto de trenzas, mantilla sobre los hombros, recortado guardapiés, guarnecido delantal, rica media calada y zapato de cinco puntos.—Síguela en pos el honrado artesano vestido de nuevo, reluciente sombrero de seda, frac improvisado en los portales de la calle

Mayor, y guantes amarillos.—El mancebo de comercio, con su corbata de á cuarta, sus cadenas de similor y su camisa plegada;—la alegre modista, con una expresiva rosa en la cabeza, su zapatito primorosamente atacado, y sus mangas huecas de pergamino:—el mercader de la calle de Postas, envuelto en su casacon Tarrasa, su corbata blanca, ancho sombrero y zapato de oreja;—el antiguo abogado, el veterano procurador, conduciendo del brazo á la respetable mitad, y llevando por delante tal cual pimpollo femenil de quince á diez y seis (cosecha de 1835), que sale por primera vez al gran mundo, y se admira ella misma de la sorpresa y encanto que su ignorada belleza produce en los circunstantes.—Mas allá vienen los almibarados y flexibles mozalbetes, con sus ajustadas levitas, sombrerito á los ojos, perilla romántica:—ni dejan de cruzarse con las pareadas filas de desdeñosas elegantes que ostentan sus gracias entre las blondas y rasos prendidos y recortados por las más hábiles manos de la calle de la Montera, ó muestran su mal disimulado enojo porque madama Tal dejó de llevarlas á tiempo el traje punzó ó el sombrerito hortensia.

Guarda descuidadamente aquel género volátil la formidable marquesa, que cree hacer olvidar su fe de bautismo entre el fino encaje, las hiperbólicas guarniciones, los ingeniosos artificios de cintas y gasas;

y alza la cabeza, habla con tono solemne y satisfecho, al verse servida por dos alumnos de Marte, cuyos hombros decoran por primera vez aquel dia relucientes charreteras; uno de ellos se apresura á darla el brazo; otro á ponerla la sombrilla; cuál á hacerla observar lo más notable de la carrera; cuál, en fin, á apartar la gente para dejarla paso; pero una dulce mirada de alguna de las niñas que van delante recompensa de tanto afan á aquellos mártires, hasta que llegando al balcon deseado, pueden dejar descansar al siglo XVIII, y trasladar su atencion al de la juventud y de la hermosura.

En este armonioso y confuso laberinto la concurrencia se agita, vuelve y revuelve una y mil veces, y ni la vista puede seguir tan variable escena, ni la pluma pintarla con fidelidad. Suena, en fin, el redoble del tambor; óyense las voces de atencion y de mando; la procesion se acerca; es preciso acomodarse entre filas y dejar el centro despejado; ¡qué momento de confusion y de agradable desórden! ¡qué combinaciones tan inesperadas y extravagantes! La jóven inocente que gira asustada sobre su derecha, se encuentra sin saberlo colocada entre un grupo de oficiales que se apresuran á hacerla sitio, en tanto que los papás, torciendo aturdidamente sobre la izquierda, la echan de ménos, la buscan, la ven enfrente, quieren reunirse á ella,

pero en vano; los batidores de la procesion se interponen é impiden el paso, y el indignado padre tiene que contentarse con hacer á la niña gestos expresivos, y jurar no volver á sacarla al público hasta el Córpus del año siguiente.

Aquí es una mujer que chilla porque la dejen colocar su chico delante de las filas; allá es un soldado que repugna y codea á una espantable vieja que se ha sabido colocar en correcta formacion; ¡qué movimiento en los balcones! ¡qué estrechar las distancias! ¡qué hacerse lugar entre dos sillas! ¡qué abrir de quitasoles! ¡qué mover de abanicos! ¡qué enarbolar de anteojos!

La caballería llega, en fin, despejando la carrera, y entre el són de las campanillas y de los cánticos, empieza la larga fila de niños expósitos, ancianos mendigos, comunidades, pendones y cruces, consejos, alguaciles y personajes de la córte hasta que llega el Santísimo; las músicas militares y religiosas se mezclan á este punto en sonora armonía; la atmósfera aparece cubierta del humo del incienso que queman los sacerdotes; la tropa rinde las armas é hinca la rodilla en tierra á presencia del Omnipotente; los espectadores todos siguen el ejemplo; y las campanas llenan los aires con sus redoblados sonidos. Este momento es verdaderamente sublime. El bullicio y la confusion han desaparecido, y un pueblo

entero, silencioso y postrado, rinde á la Divinidad el homenaje de su adoracion.

No bien ha pasado la guardia de la procesion, los balcones quedan despoblados, la gente del pueblo abandona la fiesta para retirarse á sus casas; pero la concurrencia elegante prolonga aún el paseo durante una hora, en que con más desahogo puede lucir las gracias de su persona ó la riqueza de su vestido. Los funcionarios que asistieron á la procesion en gran uniforme recobran sus esposas y las pasean con cortés condescendencia: los jóvenes agrupados en la Puerta del Sol y calle de Carretas ven desfilar las bellezas y suelen ir desfilando en pos de ellas, y de este modo va disminuyendo la concurrencia hasta las tres de la tarde, en que cesa del todo. Una hora despues los toldos han venido al suelo, las colgaduras han desaparecido, y cuando más tarde atraviesa la misma concurrencia aquellas calles para dirigirse al Prado, ya no encuentra en ellas la más mínima señal de la festividad de la mañana.

(Junio 1833.)

EL PATIO DE CORREOS.

Madrid es la patria comun, el lugar de cita para todos los españoles; las várias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria, el afan de figurar, el deseo de descanso; tantos motivos, en fin, diversificados segun las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde ó temprano á la capital del reino, y se tendria por muy infeliz el que una vez por lo ménos en su vida no llegase á visitar este emporio de la hispana monarquia. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista, como en una linterna mágica, todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del reino. Eslo indudablemente, no tanto por su situacion topográfica como por su vitalidad y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamientó del forastero al dirigirse á Madrid, y no sería ridículo el que dos españoles que se encontrasen en

las elevadas cordilleras de los Andes, ó en las heladas márgenes del Newa, se despidiesen citándose «para la Puerta del Sol.» Pero áun hay dentro de ella misma otro punto central, que por esta razon, y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el disco de sus rayos. Tal es *el patio de Correos*, y para hablar de él tomamos por hoy la vénia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes ó pequeñas, sublimes ó ridículas, segun el punto de vista de donde se las mire; y tal espectáculo habrá que parezca mezquino á los ojos de un sér indiferente ó desdeñoso, al paso que logre excitar la meditacion del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este artículo no encontrará el asunto sobradamente interesante.—¡El patio de Correos! ¿y qué hay en el patio de Correos? Un cuerpo de guardia, una prision nocturna, que más bien puede llamarse albergue de borrachos y descarriados; una escalera póstuma; tres ó cuatro ventanillos cerrados; y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos desde las colosales y laboreadas letras de Sancha ó Jordan, hasta los más imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas. De todo esto poco ó nada se puede decir, y por muy *parlante* que sea el señor *Curioso* que hoy nos enseña

su linterna, harto será que no consiga excitar los bostezos del auditorio.

Poco á poco, señor indiferente; poco á poco; y ántes de juzgar de las cosas por su superficie, procure V. enterarse un tantico de su fondo. No, si no; dé cuatro paseos y aguarde un rato en esta galería, y si luégo de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mi santíguada que es un necio ó yo soy un bolo. Aguarde, repito, media hora; y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo ménos tan interesante como las de nuestros periódicos matritenses.

No se tome por chanza. Víctor Hugo es quien lo dice, que «¡los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos!» Vea V. si no los nuestros en literatura: «*Direccion de cartas*»: No haga usted caso; por ahora no rige, pues por muy bien que V. las dirija, es lo regular que no logre darlas direccion segura; deje usted, que en acabando la guerra civil, y luégo que tengamos buenos caminos y mejores postas, y empleados celosos, y... otra cosa será.—No se acerque V. á leer ese cartelito «*Curacion de la vista*», no sea pierda la suya con la letrilla menuda y temblojona en que está impreso; deje á un lado el *Manual de Madrid*, que es libro caro

y puede pedirlo prestado al autor. No haga caso del *Segur*, porque, segun van menudeando tomos á 24 reales, es de temer que empleando uno para cada año de los que comprende su Historia Universal, venga á ser una verdadera *segur* para nuestros bolsillos; y en cuanto á aquella otra publicacion *Mariana y Sabau*, por Dios no vaya á tomarla por una novela ó drama romántico, ó bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leia el poema de Florian, y preguntándola cómo concluia, respondió sinceramente: «¿En qué habia de concluir? en que *Numa* se casó con *Pompilio*, y todo quedó arreglado.»

Pero veamos los anuncios manuscritos, no ménos preciosos que los impresos.

«*El. sugueto. que. forma. la presente. tiene. buena. conduta. y hortografia. Tiéne. ademas. buena. letra. castellana. de la lengua. Suplica. no le rasquen. ni le boren.*»

«*Un sugeto de buena forma de letra solicita entrar en casa de un Señor comerciante, ó Abogado ó Curial, para tenedor de libros ó administrador. Sabe todo lo necesario como afeitar y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres. Suplica no le engañen.*»

«*Un jóven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutencion.*»

«*Con permiso del casero se le traspasa á quien le convenga, una tienda sita en las cuatro calles esquina á una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y géneros ultramarinos.*»

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas!—La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mujeres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares; trajes y modales, acentos y áun idiomas tan variados como nuestras variadas provincias: vascuence y catalan, andaluz y valenciano, mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las listas, y buscan con ansia la inicial de su nombre, y algunos (los más) no encontrándole en ella, le buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de capricho! ¡qué ir y venir de la lista á la ventana y de la ventana á la lista! Quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho; pero encuentra que se ha equivocado en una céntena: otro ha pedido ligeramente una al sobre N. Marques, sin reparar que él no es Marques sino Marquez; cuál no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete, y tiene que dejarlo no sin gran remordimiento; cuál faltándole el

tiempo para saber el contenido, abre la carta á la misma reja, y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería. No hagamos caso de aquel grupo de militares en traje de paisano, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altiseco que recostado en una columna lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos no nos dejarán tiempo para observar los demas; dejémosles, pues, *estereotipar* en sus cabezas la tal carta para irla á recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el café Nuevo y en el del Príncipe.

—Dígole á V. que yo no he sido.

—Yo sostengo que ha sido V. ¡Infamia! sacarle á uno las cartas del correo.

—Usted es capaz de ello, y por eso lo piensa.

—Sí, que no sé yo de lo que es capaz un escribano: ¿no hizo V. lo mismo con los fólios 86 al 97 inclusive de los autos?

—Usted me insulta.

—Yo no digo más que la verdad.

—Si no mirára...

—¿Qué?... (Aquí todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir una intentona.)

El caso muy sencillo: dos litigantes de un mismo pueblo esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta

sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vió el nombre de su contrario en la lista: antojósele saber lo que le decian y la sacó tambien (¡malicia humana!): llegó el segundo y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!); empieza á maliciar, duda, recela, cuando mira al salir del patio á su antagonista, y ¡aquí fué Troya! empezó el diálogo arriba dicho que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano daba, en efecto, señales nada equívocas de la verdad del hecho.

No de carácter tan serio, aunque del mismo género, era otro incidente que pasaba en el extremo opuesto. Un marido habia visto en las listas de militares el nombre de su mujer. ¡Una carta del ejército á mi mujer! ¡Si será este el conducto por donde se envian los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mujeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta, pero se le responde que un chicuelo acaba de sacarla. ¡Oh ligereza femenil!... Lo demas de la escena pasaria en *familia:* no lo sabemos; sólo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias: mas los circunstantes (¡narices políticas, qué no oleis!) repararon que el sobre no tenía sello, y por consecuencia la carta estaba escrita en Madrid.

En vano el hombre se esforzaba en asegurar que era de un amigo íntimo que habia puesto el sobre á su mujer por precaucion, etc. Nadie lo creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente, que estaba en autos, conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para tejer este inocente enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué expresiones tan raras y variadas en la fisonomía! ¡cómo descubren el secreto del alma! Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia, ¿por qué va compungiendo su semblante y asoman á sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caido quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el *schakó*.

¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? ¿Si no tiene carta, para qué cansarse?—¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que para leer su nombre tiene que leer toda la lista hasta que ya se cansa: mira al rededor como demandando auxilio; ve al del lente; éste se adelanta á ofrecer sus servicios, no hallan la carta, pero ya ellos han entablado otra correspondencia que lleva tanta ventaja á la del ausente, cuanto va de la palabra á la escritura, de la falta de memoria á la sobra de la voluntad. ¡Es tan natural á una fe-

rastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Sería nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se para sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio á la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mujeres un cartel de desafío, el que...

Pero ¿adónde vamos á parar con estas observaciones? Sin embargo, todas pueden hacerse en este sitio... ¿Con que no es tan indiferente? ¿con que merece alguna atencion?... Mas... las dos han dado, y empieza á quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo; la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado, los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

(Julio de 1838.)

EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA.

Los autores extranjeros que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias han repetido que la capa oscura en los hombres, y el vestido negro y la mantilla en las mujeres, presta en España á las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable á su vista, acostumbrada á mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto, preciso será darles la razon, y acaso ésta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el más preocupado con esta idea no dejaria de sorprenderse al ver la notable revolucion que de pocos años á esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya ni por asomo el Prado de 1808, ni áun el de 1832; ¡tales y tan variados son los matices que han venido á modificar su fisonomía! Con efecto, no es ya la unifor-

midad el carácter distintivo de aquel paseo, las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan ya más vuelo, más movimiento á la fantasía; en esto como en otras cosas se observa el espíritu innovador del siglo; y ante su influencia terrible, que hace ceder las leyes y los usos más graves apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podria oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razon por la que convencida de su impotencia, ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad ménos rígida: es á saber, *el capricho*.

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda nada hay estable, nada positivo en ella; huyeron los preceptos dictados á la fantasía: cada cual pudo crearlos á su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aquí nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trajes y adornos: el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligacion social; en el dia es más bien una idea animada, una expresion del buen gusto y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sábia aplicacion de los colores á las pasiones; hartos estamos ya de celos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combincion de todos ellos, en el dibujo, en el córte del vestido, ¿quién no reconoce aquella expresion del alma,

aquella parte animada que podrémos llamar *la poesía del traje?* Y siendo éste libre, como lo es en el dia, ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analogía con las inclinaciones de la persona? Así los anchos pliegues, las mangas perdidas, los ajustados ceñidores, serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y heroicas; la sencillez de la inocencia escogerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquetería, las plumas; el orgullo, los diamantes, y la frivolidad y tontería... ¿pero qué escogerá la tontería que luégo no se dé á conocer?

Semejante observacion no podia tener en lo antiguo exactitud, pues, como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacía callar todas las voluntades. Arrastrados á su terrible carro, veíanse correr hombres y mujeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños: la figura raquítica y la colosal se doblegaban bajo las mismas formas: la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca: la esbeltez del cuerpo sufria los pliegues que plugo darle á la obesidad: el hermoso cuello gemia bajo el yugo que disimulaba el feo: y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decian á la del color de ébano...

¿Qué significaba entónces el vestido relativamente á la persona que le llevaba? ¿Qué queria decir una jóven fria y sin gra-

cia vestida de andaluza? ¿qué una desenfadada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnicion de su vestido? Nada, absolutamente nada, sólo que *era moda:* que la modista y el sastre lo querian, el traje no era más que la expresion: el sastre, la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la eleccion; el refinamiento de la industria ofrece tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que sería ridículo hasta el pretender reducirlas á precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya respecto al gusto preferencia alguna sobre los demas; la seda sobre el hilo; el bordado sobre el dibujo. Recórranse, si no, esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y díctense despues reglas fijas é invariables: telas de todos los colores y dibujos, trajes de todos los tiempos y naciones, han sustituido á la inveterada capa masculina, á la antigua basquiña femenil, y en variedad hemos ganado cuanto perdido en nacionalidad ó españolismo.

Una de las innovaciones más graves de estos últimos tiempos es sin duda la sustitucion del *sombrerillo* extranjero en vez de la *mantilla*, que en todos tiempos ha dado celebridad á nuestras damas. En várias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre; pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insupe-

rable barrera. El sombrero era un adorno puramente de córte: como los uniformes y las grandes cruces, *imprimia carácter*: no hace muchos meses que una señora *de gorro* era equivalente á una señora *de coche*, y si tal vez se atrevia á pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corria peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Unicamente saliendo al campo por temporada, la esposa del rico comerciante ó la hija del propietario osaban aspirar al adorno de la aristocracia, al sombrero; y eso, para lucirlo en las eras de Carabanchel ó en los baños de Sacedon. Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo, progresando de dia en dia, ha llevado las cosas al extremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado ó hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas están más bonitas, y quien asegura que las feas están más feas; quien cree que es moda de niñas, y otros que la acomodan á las viejas; los maridos la encuentran cara; las mujeres sostienen que es económica; unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano; cuáles están por las flores, cuáles por la paja; éstas, por el terciopelo; aquéllas, por el raso.

¡Terrible alternativa; profunda y dificilísima cuestion!

Todas estas reflexiones y otras muchas más se habian agolpado á mi imaginacion á consecuencia de un suceso que acababa de presenciar; y como el corto espacio no me permite explayarme, limitaréme á indicar lo más sustancial de él.

Dias pasados tuve que ir á visitar la familia de mi amigo D... (pero el nombre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir á la escena). La antigüedad de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al matrimonio respetable y á una hija única que frisa en los diez y nueve abriles, y á quien por legítimo derecho vienen á parar los 4.000 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta á sus lindas facciones nueva perfeccion y rosicler.

La ocasion era solemne, y como consejero áulico fuí llamado para conferenciar *en familia*. Un cierto jóven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tio, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos despues que dejó el colegio de *Blois* y la *Escuela Politécnica* de París. Este primo, pues, regresaba á su patria á los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los quince últimos: era elegante é instruido, bella figura, considerable caudal; con que

no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podia ofrecerle cuando ménos iguales cualidades. Así lo debió sin duda pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerle á Madrid y á su misma casa. ¡Amor de padre!

Pocas horas hacía que el extranjerísimo viajero habia llegado, cuando yo entré en la casa; aquél se habia retirado á descansar, y las damas madre é hija se hallaban regañando á la sazon con una modista sobre el córte de ciertos vestidos y sombreros que traia á prueba: apénas hicieron alto en mí; de manera que miéntras duraba aquella *polémica* tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede calcularse lo que duraria la tal sesion; pero de toda ella sólo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendian deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demas diálogos y escenas que mediaron con éste luégo que nos sentamos á la mesa, ni sobre su cortesía y atencion con las damas, atencion que, respecto á *Serafina* (que así se llama la criatura), tenía todo el carácter de la más fina galantería.

—¡Es encantadora! me decia por lo bajo; pero lo que más me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses: la misma expresion, los mismos

modales, el mismo metal de voz... ¡Y temia yo tanto no encontrar una española que me gustase!

—Sin embargo, le contestaba yo, no hay que desanimarse, amiguito; acaso no será la última.

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas á salir. Dejáronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío, y es preciso confesar que no habian tenido razon para reñir á la modista: el mayor gusto y elegancia habian dirigido su hábil tijera: rasos, lisos y floreados, blondas exquisitas, bordados y pedrerías, nada se habia economizado en aquel momento, pero sobre todo me llamó la atencion el gracioso sombrerillo de la niña, que oponia la elegante sencillez de sus flores y espiguillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras tambien; yo igualmente: con que todos lo estábamos. En esta conformidad nos íbamos á dirigir al Prado, cuando acertaron á llamar á la puerta. Ábrese ésta, y aparece *Paquita*, la prima de Serafina, que con su papá y hermanos venía á saludar al recien venido (tambien su pariente), y á convidarle á la funcion de toros de aquella tarde... ¡Ah!... se me habia olvidado que era lúnes y que habia funcion de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encer-

rando sin dificultad el breve pié; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido, guarnecido por todo su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura: un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnicion en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza; y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brío sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Bétis, un semblante de diez y siete á diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraíso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término, dígalo el enmudecimiento general que ocasionó, y más que todo, el asombro y distraccion que se leian en el semblante del recien venido.

Cambió la escena: la cortés galantería de aquél se trocó en indecision y aturdimiento: la satisfaccion de Serafina y su madre, en temor y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversa-

cion toda la tarde á la mamá, sospeché desde luégo que tendria que hacer los mismos oficios con la hija. Y por cierto no me equivoqué; ni durante el camino, ni miéntras la funcion, ni al tiempo del regreso, fué posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar, respecto de las damas de casa, el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso ser un poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó á la mañanita siguiente á explorar la disposicion de los ánimos, y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algun tanto restablecida la armonía, y al caballero en disposicion de acompañar á las damas á su paseo matutino por las calles de la capital. No lo extrañé á la verdad, porque el aspecto de Serafina en tal momento era capaz de fijar á más de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin más adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros; un gracioso nudo á la garganta, y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la hacian parecer tal á mi vista, que si fuera Chateaubriand no dudaria en compararla á *la virgen de los primeros amores*.

Mas... ¡oh *fuerza del sino*, ó más bien sea dicho, de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creia más adecuada para el carácter de prima

que para el de segunda, vuelve á aparecer de repente.

Su traje era un sencillo hábito negro, más fino por cierto que el que podrian usar las vírgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas: un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pié: una mantilla de rico tafetan, cuya elegante guarnicion servia de dosel á la cintura; el pelo recogido tras de la oreja; y una cara... la propia cara, en fin, expresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió á aturdirse; las dámas á anublarse, yo á cuidar de la amable Serafina, y cuando á la vuelta del paseo pude tener mi explicacion con el galan, llegué á conocer que el mal no tenía remedio; que la más profunda é irresistible impresion era á favor de Paquita; y argumentándole como buen amigo en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocia, que hubiera podido resistir á los encantos naturales de su rival, pero que le era imposible, absolutamente imposible triunfar *de su mantilla.*

(Setiembre de 1835.)

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION
DE LOS
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO LII.

MESONERO ROMANOS.

(EL CURIOSO PARLANTE.)

ARTÍCULOS ESCOGIDOS
DE LAS
ESCENAS MATRITENSES.

TOMO SEGUNDO.

Segunda serie.—1836-1842.

MADRID.
DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.°
1879.

MADRID, 1879.—LITOGRAFÍA É IMPRENTA DE LA
BIBLIOTECA UNIVERSAL,
Calle Real, núm. 1, cuadruplicado.

ESCENAS MATRITENSES.

EL DIA DE TOROS.

I.

CASA DE VECINDAD.

En la parte más intrincada y costanera del antiguo y famoso cuartel de Lavapiés, siguiendo por la calle de la Fé, como quien se dirige á la parroquia de San Lorenzo, y revolviendo despues por la diestra mano para ganar una altura que se eleva sobre la izquierda, hay una calle, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que tiene por apéndice oriental un angosto y desusado callejon, de cuyo nombre no me acordaria aunque quisiera.

Entre esta calle y este callejon, y formando escuadra los límites ordinarios de ambos, descuella sobre las inmediatas un caseron de forma ambigua, tan caprichoso y heterogéneo en el órden de sus fachadas,

como en el de su distribucion y mecánica interior. El aspecto de la primera de ellas, que sirve á la calle principal, no ofrece ni en la forma de su entrada, ni en la triple fila de balcones, ninguna discordancia con la dè los demas edificios que pueblan el casco de esta noble capital; ántes bien, sujeta en un todo á las formas autorizadas por el uso, encubre con el velo de cándida vestal (inocente disfraz harto comun en las casas de Madrid) deformidades y faltas de más de un género. Por el opuesto lado es otra cosa; el color primitivo de la pared, en que la azarosa mano del tiempo, ha impreso todos sus rigores, la combinacion casual de ventanas y agujeros, el alero prolongado, el estrecho portal, y más que todo la extravagante adicion de un corredor descubierto y económicamente repartido en sendas habitaciones ó celdillas, prestan al todo del edificio un aspecto *romántico,* que revela su fecha y el gusto de la época de su construccion.

El interior de esta mansion no es ménos fecundo en halagüeños y significativos contrastes. Cualquiera que entre por la escalera principal, no advertirá en la respectiva colocacion de las puertas de cada piso, notable disparidad con lo que está acostumbrado á ver en las demas casas de Madrid, y costarále trabajo persuadirse de que en esta puedan encontrar habitacion independiente sesenta y dos familias, que puesto que habitantes

de un mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones gustos y necesidades tan distintos entre sí, como son discordantes los guarismos que forman el precio de su alquiler. Empero esta duda cesará de todo punto, si guiado por la natural curiosidad, acierta á traspasar el límite que separa la aristocracia de la tal casa, de la parte que constituye su tripulacion popular.

Preséntasele, pues, para este paso al nuevo Magallanes, un nuevo estrecho ó pasillo qne le conduce desde el piso segundo al cuadrado patio, en torno del cual se ostenta el abierto corredor de que arriba dejamos hecha mencion. La multiplicidad de las puertas de las viviendas que interrmupen el lienzo, causarále por el pronto alguna confusion; pero muy luego adoptará por brújula para navegar en tan procelosos mares los sendos números que mirará estampados sobre cada una de aquellas. Por último, si limitado al objeto de mero descubridor, buscára la salida de aquel archipiélago, y su comunicacion con la calle, no será para él objeto menor de admiracion el encontrarla directamente á aquella altura (el piso segundo) por la parte del callejon escusado; notable desnivel de algunos sitios de Madrid, que permite á varias de sus casas tan estrambótica construccion.

II.

ANTES DE LA CORRIDA.

En el intrincado laberinto que queda bosquejado, todo era animacion y movimento uno de los pasados lúnes, en que segun la piadosa y antigua costumbre, celebraba la Junta de hospitales una de las funciones de la temporada en el ancho circo de la puerta de Alcalá. Era *dia de toros,* y los que conocen la influencia de estas palabras mágicas para la poblacion madrileña, pueden calcular el efecto producido por semejante causa en las trescientas setenta y dos personas que por término medio pueden calcularse cobijadas bajo aquel techo.

El movimiento, pues, estaba á la órden del dia, y por emblema de él ostentábase á la puerta principal un almagrado coche de camino, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, y arrastrado por seis vigorosas mulas, cubiertas las colleras de campanillas y cascabeles; al paso que por la puerta del costado dejábanse contar hasta cuatro calesines de forma análoga, dirigidos por mitad entre los menguados caballejos de sus varas, y los despiertos mancebos de sombrero de cucurucho, cinto y marsellés.

Del ya referido coche acababa de desembarcar un apuesto caballero, ni tan viejo que ostentase blanca cabellera sobre su frente, ni tan jóven que se hallara comprendido en el último alistamiento militar. Y mientras atusándose el pelo dictaba desde el portal las órdenes convenientes al cochero, era sin advertirlo, el objeto de curiosidad general de entrambas calles, en cuyos balcones y ventanas el ruido del coche habia hecho aparecer multitud de espectadores de todos sexos y condiciones.

—Oyes, Paca, la del número 12, ¿conoces á ese señor de tantas campanillas que se ha apeado en el portal?

Toma si le conozgo: ¡si es mi casero el percurador! ¡todos los domingos me hace una vesita por el monís!

—¡Fuego, hija, y qué casero tan aquel, que viene á visitar en coche á sus enquilinos!

Yo le diré á V. señá Blasa, me explicaré, lo que es por la presente no viene á por cuartos, y en tal caso no son de cobre por cierto.

—¿Trampilla tenemos? ¡Ay cuenta, cuenta, hija, que no hay como escuchar para aprender! Apostaré á que lo dices por cierto sombrerillo de raso que veo asomar por entre las cortinas del principal.

—Pues... ya me entiende V. ¡Ay, Jesús, y qué encapotado está el tiempo!

—No temas, muchacha, que pronto cambiará.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

—Huii... sóo... ráa... iak... eh.., atráa..

—Vaya, señores, ahora que estamos acomodaos, la paz; y caa uno se espere mientras me apeo, que ya saben que soy hombre de malas pulgas.

Y aquí un sordo murmullo de reniegos y juramentos, reconcentrados por aquella prudencia que dicta el miedo, acompañó respetuosamente al descenso del *Chato*, que era el que en tal momento se apeaba de su carroza de dos ruedas.

III.

MIENTRAS LA CORRIDA.

Ya nos han dejado solos, tio Mondongo, á mí con los puntos de mi calceta, y á V. con su banquillo y su piedra; á mi echando al aire mis arrugas, y á V. asomando los cuernos al sol

—¡Qué quiere V., señá Blasa! la juventú es juventú, y nosotros...

—V. será el viejo, que yo á Dios gracias todavia tengo mi alma en mi almario, y mi cuerpo donde Dios me lo puso, y si no fuera por el hambre del año 12 que me hizo caer los dientes y el pelo, todavia era negocio de salir á la plaza á echar una suerte; pero de-

jando està plática y viniendo á lo del dia, ¿Sabe V. que se me hacian los dientes, digo las encias, un agua pura al ver la alegría de nuestra gente?

—Ello dirá, tia Blasa, ello dirá; y tras del dia viene la noche, y al fin se canta la gloria.

—Vaya, hombre, que no parece sino que viene de casta de disciplinantes; ¿pues qué mal hay en que la gente se divierta y se ponga maja? Pero á propósito, ¿sabe V. que la Paca iba que ni una reina de Gito con aquel guardapiés encarnado, y delantal de flores y medias negras caladas hasta la liga, y pañuelo amarillo, y roete de cesto, y mantilla al hombro? Cierto que el Chato es hombre que lo entiende, y que no hace mal el tio Juancho en tener paciencia.

—Chito, tia Blasa, que las paredes oyen

—¡Qué! Tio Mondongo, si aquí no nos oyen más que las golondrinas.

—Pues una vez que es así, sepa V. (y dejemos un rato el mandil, que de ménos nos hizo Dios; y la noche diz que se ha hecho par dormir y el dia para descansar); sepa usted, pues, como iba diciendo, que luego que se marcharon todas las calesas y en ellas los ya dichos, y el Bereque y la Curra, con Malgesto y el banderillero. Lamparilla con la mujer del herrador, y éste con la hija del alguacil, y despues que nos quedamos sólos yo y mi chica, (que es una muchacha que ni pintada, y que no quiere ir á los toros por más que la pedrico), vino el dengue, el filé,

el lechugino de los bigotillos y la pera, y miró al balcon del principal; se acercó callandito á la rejilla de la escalera, dió dos golpecitos, y le abrió la vieja y allá se coló; con que si vuelve el percurador, ¿sabe usted que es lance?

—¡Ah, ah, ah!

—Ello dirá, señora Blasa, ello dirá.

—Pero dígame V., ¿qué ruido infernal es ese que salió hace un rato por ese bujero del diablo?

—Qué quiere V. que sea, los siete chicos de la tuerta que se han quedado solos y están jugando al toro con un gato de la guardilla del rincon.

—¡Pobres criaturas! pero en fin, ellos podrán dejar las divisas cuando quieran, mientras que su pobre padre...

—Pues no para ahí lo mejor, sino que la puerta del ebanista está abierta, y hay quien sospecha en el barbero de enfrente, que ha sido aprendiz de herrador, y así parece hecho para afeitar barbas, como para rapar la bolsa al prójimo.

Yo no queria decirlo á V., pero me parece que cuando estaba comiendo ví salir una caña por cierto agujero, que encaminándose á la guardilla de la Paca, enganchó por su propia virtud en los pañales que estaban colgados, pero no lo quisiera afirmar, porque como mi vista es débil, y luego los antojos se me quebraron la otra noche leyendo el Bertoldo...

—Ahora que dice V. Bertoldo, ¿no sabe usted que el Cacasenillo del aguacil del número 13 ha dado en requebrar á la Paca, y en querérsela disputar á su marido y al banderillero y lo que aún es más, al matachin del Chato, que es capaz de enristrar alguaciles como el toro á los dominguillos?

—¡Ah, ah, ah!... me ha hecho V. reir con la comparacion, y á fé que es menester haber vivido años para entenderla.

—El año 89 si mal no me recuerdo.

—Y es la verdad; yo estaba en la plaza, y acababa de casarme con mi marido Rodriguez (que Dios allá tenga) cuando echaron al toro dominguillos; pero á propósito de dominguillo, ¿dice V. que el lechuguino quedaba en el principal con la criada?

—Pues; para mientras venga el ama con don Simon.

—¿Y está V. seguro de ello?

—Toma si lo estoy.

—Seguro.

—¿Seguro?

—¿Un muchacho como de veinte y dos, alto, bien plantado, bigote rubio, barbas capuchinas, pantalon colorado, levita corta y sombrerillo ladeado, bastoncillo y espolines?

—Ese mismo, ese mismo es.

—Pues es el caso, que, si no veo mal, paréceme que le miraba ahora mismo salir por el portal de la otra calle, con una muchacha de vestido corto, color de pasa, delantal y mangas huecas, mantilla de tira, y...

—¡Qué! No, no lo crea V., tia Blasa, *sí* no ha quedado en casa más moza de esas señas que mi hija.

—Es que pudiera ser que acaso fuera su hija de V.

—¿Mi hija? Sí, bonita es ella; ahora quedaba allá dentro espulgando al dogo; Juanilla... Juanilla... ¡Diantres! no responde; voy á ver.

—No se moleste V., tio Mondongo, que hace ya rato que doblaron la esquina.

IV.

DESPUES DE LA CORRIDA.

Perdone V. señor alcalde, que no fué así como lo ha contado mi mario, por que él se quedó en cá é la Alfonsa durmiendo la mona y no supo náa del sucedido.

—Pues diga V. como fué.

—Yo, señor, ya ve V., soy una probe mujer y no sé espricarme de corrido; pero el señor es mi mario, y su conduta es la que V. ve, siempre borracho y sin trabajar, conque de algun modo ha de comer una, y tener cuatro trapos.

—Vamos al caso.

Pues al caso boy; ello es que el que tiene



la culpa de todo es un amigo de la casa y muy compadre, como tóo el mundo sabe, que llaman Malgesto, y capaz de plantar una banderilla al lucero del alba, cuanto ni más al toro; pues como iba diciendo, este tal me tenia dicho: «Paca, no quiero que mires al Chato, porque si tal haces le voy á cortar las pocas narices que le quedan.»

—¡Qué si! decia yo, y como ya vé su señoría ó su merced; el gusto es gusto, y en dengun catecismo he visto el pecado *no mi rarás;* yo, ya se vé, no le hacia caso, y...

—Adelante, fué V. con el otro á los toros.

—Pues ahí está, porque tomó su calesa y me llevó, que yo no me fuí sola; y esto cualquiera lo hubiera hecho, y señoronas conozgo yo...

—Al grano, al grano.

—El grano es un grano de anís, como quien dice, porque el otro desde la plaza mira que te mira, no nos quitaba ojo en toa la corrida, y ponia las banderillas en cruz, y nos las juraba con unos gestos que Dios nos libre.

—Pero al cabo...

—Al cabo se acabó con el último toro como es costumbre, y todos nos íbamos en paz y en gracia de Dios, cuando al salir de la plaza, el Chato se desapareció no sé como, y yo que me esperaba encontrarle al pié de la calesa, ¿á quien dirán Vds. que encontré? pues fué naa ménos que el banderillero, que diciéndome — «¡Ingrata! no, endina (me



dijo!), ¿es este el modo de obedecer mis precetos?»

—Yo le dije... pero no entónces no le dije nada, como que estaba encojida; pero sólo le hice un gesto, y áun no sé si algo más. El no me respondió más que dos ó tres juramentos y algunos reniegos, y luego agarrando á la curra que venia conmigo, la subió por fuerza á la calesa; enseguida puso una rodilla en tierra y me la presentó como estribo, diciéndome por lo bajo.—«Paca, si no subes mato al Chato;»—y yo, ya vé su señoría, soy mujer de bien, y no quiero la muerte de naide.

—¿Con que en fin, qué hizo V.?

—¿Qué habia de hacer? *subí.*

—¿Y despues?

—Despues fué la jarana, porque la Curra que para servir á su señoría es, segun dicen malas lenguas, mujer de Malgesto, empezó á gruñir, y yo tambien, y él nos quiso tranquilizar y nos dió dos ó tres bofetones á cada una; pero nosotras empezamos á menudearle y menudearnos; y ya vé usía, la defensa es natural; por último que se espantó el caballo y por poco nos vuelca; pero en fin, nos apeamos en la calle del Barquillo, y él ya habia echado á correr, y luego la Curra, y no he vuelto á saber más de ellos.

—¿Conque nada más tiene V. que alegar?

—Nada más.

—¿Y se ratifica V. en ello?

—Me ratifico en que soy mujer de bien,

incapaz de dar escándalos, sino que á veces no puede una... pero ahora voy á quejarme yo á su señoría, que tambien tengo mi porqué.

—Veamos.

—En primer lugar me quejo de toda la vecindad, porque me han robado todo lo que tenia en casa y dejado por puertas.

—¿Y como puede V. probar?...

—Puedo probar que me han robado, que es lo principal; en segundo lugar, me quejo de mi marido porque no me defiende en mis peligros; en tercer lugar, me quejo de la Curra por catorce arañones y diez pellizcos, amen de algunos zapatazos donde no se puede nombrar; además me quejo del alguacil porque se empeña en llevarme á la cárcel, y todo porque le hice una mueca el dia de San Anton, que quiso requebrarme; por último, me quejo de usía, porque desde que es alcalde de este barrio...

—Calle V., demonio, que ya no la puedo sufrir más, ó por el alma de mi padre que la ponga una mordaza que no se le caiga tan pronto.

—Veamos otro. ¿V., buen hombre; qué quejas tiene V. que proponer á la autoridad? Sea breve y yo le prometo justicia.

—Yo, señor, me llamo Cenon Lanteja, alias Mondongo; tengo una hija que se llama Juanita, alias la Perla.

—Adelante sin más ribetes, seor Mon-

dongo, que si volviera á echar otro alias, por este baston que empuño que no le baje la multa de cuarenta ducados.

—Pues señor, claro, esta muchacha tan recatada se me ha ido con un lechuguino á los toros, y...

—Aquí entro yo, señor alcalde; yo me quejo de ese pícaro, que despues de hacerme salir de casa de mi padre no me llevó á los toros, y sabe Dios...

—Señor alcalde, palabra.

—Señor don Simon y muy señor mio, ¡qué gentecita tiene V. en casa!

—Calle V. por Dios, señor, que todas son cuitas; pues ya V. sabe que en el principal tengo una parienta jóven, á quien su tio, oidor de Filipinas me dejó recomendada al morir.

—Sí, sí, ya lo sé todo, y sé tambien que la convida V. á los toros y...

—Pues ahí voy: despues de hacer con ella los oficios de padre, ¿sabe V. con lo que me encuentro?

—¿Qué?

—¡Ahí es nada! Que al volver con ella á su casa, me he hallado en la escalera á un galancete jóven, que cuando le he descubierto, me insulta, me desafía, y...

—Pues no es eso lo mejor, señor don Simon, sino que su esposa de V., segun me ha dicho el escribano, ha estado esta mañana en mi casa á quejarse de su infidelidad,

y á ponerle, como quien no quiere la cosa, demanda de divorcio.

—¿De divorcio?

—Yo la he procurado calmar y desengañar, aconsejándola que para esto se dirija al tribunal de mostrencos, porque como usted tiene ese carácter...

—Señor alcalde, señor alcalde.

—¿Alguacil?

—Que vienen á avisar que á la puerta de la taberna de la tia Alfonsa se han dado dos hombres de navajadas y han quedado los dos muy mal heridos.

—¡Ay, Dios mio! ¡Ellos son!

—¡El Chato!

—¡Malgesto!

—¡Ay, ay, ay!

—Orden (dijo el alcalde pegando un bastonazo en el suelo). ¿Hay aquí algun hombre bueno?... Nadie responde; pues bien; sirva V., escribano, por esta vez, y apúnteme un prospecto de providencia, á ver, lea V.

«En la villa de Madrid á tantos de tal »mes, etc., vistos, juzgamos, que debíamos »mandar y mandábamos, que al muerto, si »le hubiere, se le dé cómoda sepultura, y el »herido sea conducido al santo hospital: que »á la llamada Paca la Zandunga, mujer del »Juancho, se la encierre en galeras por dos »años, y lo mismo á la otra moza, alias la »Curra, de estado indirecto: condenamos al »zapatero Mondongo á un encierro de tres

»meses por no haber sabido encerrar á su »hija, y á ésta á las Arrepentidas para que »tenga tiempo de llorar sus extravíos: que »á la señora del principal y al amante in»cógnito se les remita al cura de la parro»quia para que los case, bajo partida de re»gistro, y que cada uno de los vecinos de la »casa pague diez ducados de multa; última»mente, al representante de los mostrencos, »D. Simon Papirolario, se condena en las »costas del proceso y cien ducados más; sin »que esta nuestra sentencia pueda perjudi»car en lo más mínimo á la buena opinion y »fama dc los causantes, y hágase saber á las »partes para su ejecucion y debido cumpli»miento. — El Sr. D. Crisanto de Tirafloja »maestro guarnicionero y alcalde de este »barrio, lo mandó entre dos luces por ante »mí el infrascripto escribano de S. M., hoy »lúnes 17 del corriente del año del Señor »de 1836.—*Gestas de Uñate.*»

Ninguno de los presentes se conformó con la sentencia, porque el juez era *lego* y no la podia dar á pesar de que la dió: pero luego fueron ante otros jueces *profesos*, y la cosa en sustancia vino á ser la misma, con el apéndice de otros seis meses de encerrona mientras se *sustanciaba* el proceso con todos los requisitos legales.

Tal fué el resultado de aquel *dia de toros;* la riqueza pública perdió en él, es verdad, aquel tiempo y aquellos brazos; la agricultura algunos animales destinados á su

fomento; los establecimientos públicos el fruto de la caridad y de las contribuciones; las costumbres sintieron la falta del pudor y la decencia; y la religion el olvido de los sentimientos más nobles y generosos; pero en cambio dos personas tuvieron ocasion de felicitarse y salir gananciosas, á saber: la tabernera Alfonsa y el escribano D. Gestas. ¡Feliz compensacion!

(Mayo de 1836.)

EL ROMANTICISMO

Y LOS ROMÁNTICOS.

—

«Señales son del juicio
ver que todos lo perdemos,
unos por carta de más
y otros por carta de ménos.»

Lope de Vega.

Si fuera posible reducir á un sólo eco las voces todas de la actual generacion europea apénas cabe ponerse en duda que la palabra *romanticismo* parecería ser la dominante desde el Tajo al Danubio, desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo, (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan cómoda, que así aplicamos á las personas como á las cosas, á las verdades de la ciencia como á las ilusiones de la fantasía; esta palabra que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten, todavía carece de una definicion exacta que fije distintamente su verdadero sentido.

¡Cuántos discursos, cuántas controversias han prodigado los sabios para resolver acer-

tadamente esta cuestion! y en ellos ¡qué contradiccion de opiuiones! ¡qué extravagancia singular de sistemas!... «¿Qué cosa es romanticismo?...» (les ha preguntado el público;) y los sábios le han contestado cada cual á su manera. Unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco; otros por el contrario, que no podia ser sino lo escrupulosamente histórico; cuáles han creido ver en él á la naturaleza en toda su verdad; cuáles á la imaginacion en toda su mentira; algunos han asegurado que sólo era propio á describir la Edad Media; otros le han hallado aplicable tambien á la moderna; aquellos le han querido hermanar con la religion y con la moral; estos le han echado á reñir con ambas; hay quien pretende dictarle reglas; hay, por último, quien sostiene que su condicion es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual generacion de este pretendido descubrimiento, de este mágico talisman, indefinible, fantástico, todos los objetos le han parecido propios para ser mirados al través de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar á él la literatura y las bellas artes, que por su carácter vago permiten más libertad á la fantasía, ha adelantado su aplicacion á los preceptos de la moral, á las verdades de la hietoria, á la severidad de las ciencias, no faltando quien pretende formular bajo esta nueva enseña todas las extravagancias morales y políticas, científicas y literarias.

El escritor osado, que acusa á la sociedad de corrompida, al mismo tiempo que contribuye á corromperla más con la inmoralidad de sus escritos; el político, que exagera todos los sistemas, todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la historia; el poeta, que finge una sociedad fantástica y se queja de ella porque no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar á la naturaleza aún más hermosa que en su original; todas estas manías que en cualesquiera épocas han debido existir y sin duda en siglos anteriores habrán podido pasar por extravíos de la razon ó debilidades de la humana especie, el siglo actual, más adelantado y perspícuo, las ha calificado de *romanticismo puro*.

«La necedad se pega» ha dicho un autor célebre. No es esto afirmar que lo que hoy se entiende por romanticismo sea necedad, sino que todas las cosas exageradas suelen degenerar en necias; y bajo este aspecto la romántico-manía se pega tambien. Y no sólo se pega, sino que al revés de otras enfermedades contagiosas que á medida que se trasmiten pierden en grados de intensidad, ésta, por el contrario, adquiere en la inoculacion tal desarrollo, que lo que en su orígen pudo ser sublime, pasa despues á ser ridículo; lo que en unos fué un destello del génio, en otros viene á ser un ramo de locura.

Y hé aquí por qué un muchacho que por



Los años de 1811 vivia en nuestra córte y su calle de la Reina, y era hijo del general francés *Hugo*, y se llamaba *Víctor*, encontró el romanticismo donde ménos podia esperarse, esto es, en el Seminario de nobles; y el picaruelo conoció lo que nosotros no habíamos sabido apreciar y teníamos enterrado hace dos siglos con Calderon; y luego regresó á Paris, extrayendo de entre nosotros esta primera materia, y la confeccionó á la francesa, y provisto como de costumbre con su patente de invencion, abrió su almacen, y dijo que él era el Mesías de la literatura, que venia á redimirla de la esclavitud de las reglas; y acudieron ansiosos los noveleros, y la manada de imitadores (*imitatores servum pecus*, que dijo Horacio) se esforzaron en sobrepujarle y dejar atras su exageracion; y los poetas trasmitieron el nuevo humor á los novelistas; estos á los historiadores; estos á los políticos; estos á todos los demas hombres; estos á todas las mujeres; y luego salió de Francia aquel virus ya bastardeado, y corrió toda la Europa, y vino, en fin á España, y llegó á Madrid (de donde habia salido puro), y de una en otra pluma, de una en etra cabeza, vino á dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado á mis lectores; y tal llegó á sus manos, que ni el mismo Víctor Hugo le conociera, ni el Seminario de nobles tampoco.

La primera aplicacion que mi sobrino creyó deber hacer de adquisicion tan importante, fué á su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador.

Porque (decia él) la fachada de un romántico debe ser gótica, ojiva, piramidal y emblemática.

Para ello comenzó á revolver cuadros y libros viejos, y á estudiar los trajes del tiempo de las Cruzadas; y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba á encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capítulo, ó rasguñado al márgen por infantil é inesperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase á formular en su persona aquel trasunto de la Edad Media.

Por resultado de estos experimentos llegó muy luego á ser considerado como la estampa más *romántica* de todo Madrid, y á servir de modelo á todos los jóvenes aspirantes á esta nueva, no sé si diga ciencia ó arte. Sea dicho en verdad; pero si yo hubiese mirado el negocio sólo por el lado económico, poco ó nada podia pesarme de ello: porque mi sobrino, procediendo á simplificar su traje, llegó á alcanzar tal rigor ascético, que un ermitaño daria más que hacer á los *Utrillas y Rougets*. Por de pronto eliminó el frac, por considerarle del tiempo de la decadencia, y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transigir con ella co-

mo más análoga á la sensibilidad de la expresion. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por inconexo; luego las cadenas y relojes, los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; despues los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor, los cepillos, el barniz de las botas y las navajas de afeitar, y otros mil adminículos que los que no alcanzamos la perfeccion romántica creemos indispensables y de todo rigor.

Quedó, pues, reducido todo el atavío de su persona á un estrecho pantalon que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente añudado en torno de ésta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descolgábanse de entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un bucle convexo se introducian por bajo de las orejas, haciendo desaparecer estas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuacion de aquella espesura, daban con dificultan permiso para blanquear á dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío; una frente triangular y *fatídica.* Tal era la *vera efigies* de mi sobrino, y no hay que

decir que tan uniforme tristura ofrecia no sé qué de siniestro é inanimado, de suerte que no pocas veces, cuando cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho se hallaba abismado en sus tétricas reflexiones, llegué yo á dudar si era él mismo ó sólo su traje colgado de una percha; y acontecióme más de una ocasion el ir á hablarle por la espalda, creyendo verle de frente, ó darle una palmada en el pecho, juzgando dársela en el lomo.

Ya que vió romantizada su persona, toda su atencion se convirtió á romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. Por de pronto me declaró rotundamente su resolucion contraria á seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazon algo de volcánico y sublime, incompatible con la exactitud matemática ó con las fórmulas del foro; y despues de largas disertaciones, vine á sacar en consecuencia que la carrera que le parecia más análoga á sus circunstancias era la carrera de poeta, que segun él es la que guia derechita al templo de la inmortalidad.

En busca de sublimes inspiraciones, y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió dia y noche los cementerios y escuelas anatómicas; trabó amistosa relacion con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguaje de los buhos y de las lechuzas; encaramóse á las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de





los bosques; interrogó á las ruinas de los monasterios y de las ventas (que él tomaba por góticos castillos), examinó la ponzoñosa virtud de las plantas, é hizo experiencia en algunos animales del filo de su cuchilla, y de los convulsos movimientos de la muerte. Trocó los libros que yo le recomendada, los Cervantes, los Solís, los Quevedos, los Saavedras, los Moretos, Melendez y Moratines, por los Hugos y Dumas, los Balzacs, los Sands y Souliés; rebutió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tétricos cuadros de d'Arlincourt; no se le escapó uno sólo de los abortos teatrales de Ducange, ni de los fantásticos ensueños de Hoffman; y en los ratos en que ménos propenso estaba á la melancolía, entreteníase en estudiar la Craneoscopia del doctor Gall, ó las meditaciones de Volney.

Fuertemente pertrechado con toda esta diabólica erudicion, se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de *fragmentos* en prosa poética, y concluyó algunos *cuentos* en verso prosáico; y todos empezaban con puntos suspensivos, y concluian en *¡maldicion!;* unos y otros estaban atestados de *figuras de capuz*, y de *siniestros bultos*, y de *hombres gigantes*, y de *sonrisa infernal*, y de *almenas altísimas*, y de *profundos fosos*, y de *buitres carnívoros*, y de *copas fatales*, y de *ensueños fatídicos*, y de *velos trasparentes*, y de *aceradas mallas*, y de *briosos corceles*,

y de *flores amarillas*, y de *fúnebre cruz*. Generalmente todas estas composiciones *fugitivas* solian llevar sus títulos tan incomprensibles y vagos como ellas mismas: verbi gracia: *¡¡¡Qué será!!!...—¡¡¡No!!!...—¡Más allá!...—Puede ser.—¿Cuándo?—¡Acaso!...—¡Oremus!*

Esto en cuanto á la forma de sus composiciones; en cuanto al fondo de sus pensamientos no sé qué decir, sino que unas veces me parecía mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar, en algunas ocasiones me extremecía al oirle cantar el suicidio ó discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma; y otras teníale por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles, ó haciendo tiernos apóstrofes á la Madre de Dios. Yo no sé á punto fijo qué pensaba él sobre todo esto, pero creo que lo más seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendia lo que queria decir.

Sin embargo, el muchacho con estos *raptos* consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos cuando él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones, y siempre le aplaudian en aquellos rasgos más extravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas, y las aprendian de memoria, y luego esforzábanse á imitarlas, y sólo acertaban á imitar los defectos y de ningun modo las bellezas originales que podian recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de pandilla lisonjeaban muy poco el altivo deseo de mi sobrino, que era nada ménos que atraer hácia sí la atencion y el entusiasmo de todo el país. Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid) es cosa indispensable el pasarse por la calle del Príncipe, quiero decir, el componer una obra para el teatro, hé aquí la razon por qué reunió todas sus fuerzas intelectuales; llamó á concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las sombras de los muertos para preguntarles sobre diferentes puntos; martirizó las historias, y tragó el polvo de los archivos; interpeló á su calenturienta musa, colocándose con ella en la region aérea donde se forman las románticas tormentas; y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena, reducida por la distancia á una pequeñez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalejo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamóse al fin su fosfórica fantasía, y compuso un drama.

¡Válgame Dios! ¡Con qué placer haria yo á mis lectores el mayor de los regalos posibles, dándoles *in integrum* esta composicion sublime, práctica explicacion del sistema romántico, en que segun la medicina homeo pática, que consiste en curar las enferme dades con sus semejantes, se intenta á fuer za de crímenes corregir el crímen mismo Mas ni la suerte ni mi sobrino me han he

cho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imaginacion el título y personajes del drama. Hélos aquí:

¡ELLA!... Y ¡EL!...

DRAMA ROMÁNTICO NATURAL,

emblemático-sublime, anónimo, sinónimo, tétrico y espasmódico.

ORIGINAL,

EN DIFERENTES PROSAS Y VERSOS

EN SEIS ACTOS Y CATORCE CUADROS.

Por...

(Aquí habia una nota que decia: *Cuando el público pida el nombre del autor*); y seguia más abajo.

Siglos IV y V.—La escena pasa en Europa y dura cien años.

INTERLOCUTORES.

La mujer (todas las mujeres, toda la mujer).
El Marido (todos los maridos).
Un hombre salvaje (el amante).
El Dux de Venecia.
El tirano de Siracusa.

El doncel.
La Archiduquesa de Austria.
Un espía.
Un favorito.
Un verdugo.
Un boticario.
La cuádruple alianza.
El sereno del barrio.
Coro de monjas carmelitas.
Coro de padres agonizantes.
Un hombre del pueblo.
Un pueblo de hombres.
Un espectro que habla.
Otro idem que agarra.
Un demandadero de la Paz y Caridad.
Un judío.
Cuatro enterradores.
Músicos y danzantes.
Comparsas de tropa, brujas, gitanos, frailes y gente ordinaria.

Los títulos de las jornadas, (porque cada una llevaba el suyo á manera de código), eran, si mal no me acuerdo, los siguientes: 1.ª *Un crímen.* 2.ª *El veneno.* 3.ª *Ya es tarde.* 4.ª *El panteon.* 5.ª *¡Ella!* 6.ª *¡El!* y las decoraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos, á saber: *Salon de baile; Bosque; La Capilla; Un subterráneo; La alcoba; y El cementerio.*

Con tan buenos elementos confeccionó mi sobrino su admirable composicion, en términos que si yo recordara una sola escena

para estamparla aquí, peligraba el sistema nervioso de mis lectores; con que así no hay sino dejarlo en tal punto, y aguardar á que llegue el dia en que la fama nos la trasmita en toda su integridad, dia que él retardaba aguardando á que *las masas* (las masas somos nosotros), se hallen (ó nos hallemos,) en el caso de digerir esta comida que él modestamente llamaba *un poco fuerte.*

De esta manera mi sobrino caminaba á la inmortalidad por la senda de la muerte, quiero decir, que con tales fatigas cumplia lo que él llamaba *su mision sobre la tierra.* Empero la continuacion de las vigilias y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos, habíanle reducido á una situacion tan lastimosa de cerebro, que cada dia me temia encontrarle consumido á impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció, que para acabar de rematar lo poco que en él quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los mal labrados hierros de su balcon, á cierta Melisendra de diez y ocho Abriles, más pálida que una noche de luna, y más mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados á la Veneciana, y sus mangas á lo María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo á lo Estraniera, y su cinturon á la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello á lo huérfana de Underlach.

Hallábase á la sazon meditabunda, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en

la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto... libro que segun el forro amarillo, su tamaño y demas proporciones, no podia ser otro á mi entender, que el *Han de Islandia* ó el *Bug-Jargal.*

No fué menester más para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantáneamente la calle y pasase desde el balcon de la doncella sentimental al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo á inflamar súbitamente su corazon. Miráronse, pues, creyeron adivinarse, luego se hablaron, y concluyeron por no entenderse; esto es, por entregarse á aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien como designar aquí, si no es ya que me valga de la consabida calificacion de... *romanticismo puro:*

Pero al cabo el sujeto en cuestion era mi sobrino, y el bello objeto de sus arrobamientos, una señorita hija de un honrado vecino mio, procurador del número, y clásico por todas sus coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase á la muchacha, (siempre llevando por delante la más sana intencion), y con el deseo tambien de distraerle de sus melancólicas tareas, no sólo le introduje en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinacion.

Lisonjeábame, pues, con la idea de un desenlace natural y expontáneo, sabiendo

que toda la familia de la niña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino, que en el estado más descompuesto y atroz corrió á encerrarse en su cuarto gritando desaforadamente: —¡Asesino!... ¡Asesino!... ¡Fatalidad!... ¡Maldicion!...

—¿Qué demonios es esto?—Corro al cuarto del muchacho; pero habia cerrado por dentro y no me responde; vuelo á casa del vecino por si alcanzo á averiguar la causa del desórden, y me encuentro en otro no ménos terrible á toda la familia: la chica accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de sí...

—¿Qué es esto, señores? ¿Qué es lo que hay?

—¿Qué ha de ser? (me contestó el buen hombre) ¿qué ha de ser? sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de V.... Lea V., lea V. qué proyectos son los suyos, qué ideas de amor y de religion... Y me entregó unos papeles que por lo visto habia sorprendido á los amantes.

Recorrílos rápidamente, y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado á escuchar al muchacho. En todas ellas venia á decir á su amante con la mayor ternura que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matara ella, y luego el iria á

derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriria él tambien, y los enterrarian bajo una misma losa... Otras veces la proponia que para huir de la tirania del hombre («este hombre soy yo», decia el pobre procurador) se escurriese con él á los bosques ó á los mares, y que se irian á una caverna á vivir con las fieras, ó se harian piratas ó bandoleros; en unas ocasiones la suponia ya difunta, y la cantaba el responso en bellísimas quintillas y coplas de pié quebrado; en otras llenábala de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor.

—Y á todo esto (añadia el padre), nada de boda, nada de solicitar un empleo para mantenerla... vea V., vea V.; por ahí ha de estar... oiga V. cómo se explica en este punto... ahí en esas coplas, seguidillas ó lo que sean, en la que dice lo que tiene que esperar de él.

Y en tan fiera esclavitud
sólo puede darte mi alma
un suspiro... y una palma..
una tumba... y una cruz...

Pues cierto que son buenos adminículos para llenar una carta de dote... nó, si no échelos V. en el puchero y verá qué caldo sale... Y no es esto lo peor, continuaba el buen hombre, sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de féretros y letanías, y dice que está deshojada,

y que es un tronco carcomido, con otras mil barbaridades que no sé como no la mato... y á lo mejor nos asusta por las noches despertando despavorida y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de yo no sé qué Astolfo ó Ingolfo *el esterminador;* y nos llama tiranos á su madre y á mí; y dice que tiene guardado un veneno, no sé bien si para ella ó para nosotros; y entre tanto las camisas no se cosen, y la casa no se barre, y los libros malditos me consumen todo el caudal.

—Sosiéguese V., señor D. Cleto, sosiéguese V.

Y llamándole aparte, le hice una explicacion del carácter de mi sobrino, componiéndolo de suerte que si no lo convencí que podia casar á su hija con un tígre, por lo ménos le determiné á casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas, regresé á mi casa para tranquilizar el espíritu del jóven amante, pero aquí me esperaba otra escena de contraste, que por lo singular tampoco dudo en apellidar romántica.

Mi sobrino, despojado de su lacónico vestido y atormentado por sus remordimientos, habia salido en mi busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome, se entregaba á todo el lleno de su desesperacion. No sé lo que hubiera hecho considerándose sólo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo sin duda ésta de darle á conocer por por algun suspiro que un ser humano res-

á su lado. (Se hace preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega, con más bellaquería que cuartos y más cuartos que peseta columnaria, y que hacia ya dias que trataba de entablar relaciones clásicas con el señorito.) La ocasion la pinta calva, y la gallega tenia buenas garras para no dejarla escapar; así es que entreabrió la puerta y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó á formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz.

—Señuritu... señuritu... ¿qué diablus tiene?... Entre y dígalo, si quier una cataplasma para las muelas ó un emplasto para el hígadu...

(Y cogió y le entró en su cuarto y sentóle sobre su cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.)

Pero el preocupado galan no respondia, sino de cuando en cuando exhalaba hondos suspiros, que ella contestaba á vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada que acaba de cenar. De vez en cuando tirábale de las narices, ó le pinchaba las orejas con un alfiler, (todo en muestras de cariño y de tierna solicitud); pero el hombre estátua permanecia siempre en la misma inamovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse á todos los diablos por tanta severidad de

principios, cuando mi sobrino con un movimiento convulsivo la agarró con una mano la camisa (que no sé si he dicho que era de lienzo choricero del Vierzo), é hincando una rodilla en tierra, levantó en ademan patético el otro brazo y esclamó:

Sombra fatal de la mujer que adoro,
ya el helado puñal siento en el pecho;
ya miro el funeral lúgubre lecho,
que á los dos nos reciba al perecer.
Y veo en tu semblante la agonía
y la muerte en tus miembros palpitantes,
que reclama dos míseros amantes
que la tierra no pudo comprender.

—Ave María purísima... (dijo la gallega santiguándose). Mal demoñu me lleve si le comprendu... ¡Habrá cermeñu!... pues si quier lechu, ¿tien más que tenderse en este que está ahí delante, y dejar á los muertos que se acuesten con los difuntus?

Pero el amartelado galan seguia sin escucharla su improvisacion, y luego variando de estilo y aun de metro esclamaba:

¡Maldita seas, mujer!
¿No ves que tu aliento mata?
Si has de ser mañana ingrata,
¿por qué me quisiste ayer?
¡Maldita seas, mujer!

—El malditu sea él y la bruja que lo parió... ¡ingratu! despues que todas las ma-



ñanas le entru el chucolate á la cama, y que por él he despreciadu al aguador Toribiu y á Benitu el escaroleru del portal...

Ven, ven y muramos juntos,
huye del mundo conmigo,
ángel de luz,
al campo de los difuntos;
allí te espera un amigo
y un ataud.

—Vaya, vaya, señoritu, esto ya pasa de chanza; ó V. está locu, ó yo soy una bestia... Váyase con mil demonius al cementeriu ú á su cuarto, ántes que empiece á ladrar para que venga el amu y le ate.

Aquí me pareció conveniente poner un término á tan grotesca escena, entrando á recojer á mi moribundo sobrino y encerrarle bajo llave en su cuarto; y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha, dirigida á mí y copiada de la *Galería fúnebre*, la cual estaba concebida en términos tan alarmantes, que me hizo empezar á temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conocí, pues, que no habia más que un medio que adoptar y era el arrancarle con mano fuerte á sus locuras, á sus amores, á sus reflexiones, haciéndole emprender una carrera activa, peligrosa y vária; ninguna me pareció mejor que la militar, á la que él tambien mos-

traba alguna inclinacion; hícele poner una charretera al hombro izquierdo, y le ví partir con alegría á reunirse á sus banderas.

Un año ha trascurrido desde entónces, y hasta hace pocos dias no le habia vuelto á ver; y pueden considerar mis lectores el placer que me causaria al contemplarle robusto y alegre, la charretera á la derecha, y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpétuamente zorcicos y rondeñas, y por toda biblioteca en la maleta, la ordenanza militar, y la *Guia del oficial en campaña*.

Luego que ya le ví en estado que no peligraba, le entregué la llave de su escritorio; y era cosa de ver el oirle repetir á carcajadas sus fúnebres composiciones; deseoso sin duda de probarme su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego; pero yo, celoso de su fama póstuma, me opuse fuertemente á esta resolucion, y únicamente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas, no en clásicas y románticas, sino en tontas y discretas, sacrificando aquellas y poniendo estas sobre las niñas de mis ojos. En cuanto al drama no fué posible encontrarle, por haberle prestado mi sobrino á otro poeta novel, el cual le comunicó á varios aprendices del oficio, y estos le adoptaron por tipo, y repartieron entre sí las bellezas de que abundaba, usurpando de este modo ora los aplausos, ora los silbidos que á mi sobrino correspondian, y dando al público en mu-

tilados trozos el esqueleto de tan gigantesca composicion.

La lectura en fin, de sus versos, trajo á la memoria del jóven militar un recuerdo de de su vaporosa deidad; preguntóme por ella con interés, y aun llegué á sospechar que estaba persuadido de que se habria evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la verdad del caso, y era que la abandonada Ariadna se habia conformado con su suerte; item más, se habia pasado al género clásico, entregando su mano, y no sé si su corazon, á un honrado mercader de la calle de Postas: ¡ingratitud notable de mujeres! Bien es la verdad que él por su parte no la habia hecho, segun me confesó, sino unas catorce ó quince infidelidades en el año trascurrido. De este modo concluyeron unos amores que si hubieran seguido su curso natural, habrian podido dar á los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo *Romeo*.

(Setiembre de 1837.)

EL COCHE SIMON.

I.

Hay en Madrid un Simon
que se alquila... no sé dónde,
y tiene más aventuras
que Gil Blas ó D. Quijote.
Su figura es de caldera,
verde y negro sus colores,
no tiene muelles de C,
ni persianas ni faroles;
Ni ménos en sus costados
se ostentan empresas nobles,
ni guarnecido pescante
con dobles cifras de bronce.
Modesto en su sencillez,
holgado en sus dimensiones,
tan cerca está de cajon
como distante de coche;
Y á no ser por cuatro ruedas
que se mueven, si no corren,

tomáranle por sepulcro
ó babilónica torre.
Arrastran con harta pena
esta máquina deforme
dos mulas que fueron bravas
en mil ochocientos doce.
De la historia de estas mulas
pudiera decir primores,
mas dejarélo esta vez
para contar la del coche.
Fué primero de un marqués
que vino de no sé donde,
á pretender... ¡feliz siglo!
una venera en la corte,
Esto prueba que las cruces
tan caras eran entónces,
como baratas se dan
en estos tiempos que corren.
Llegado que hubo á Madrid,
quiso ostentar sus doblones,
que no hay para pretender
como pretender en coche.
Y á falta de los talleres
de Bruselas ó de Lóndres,
un ambulante artificio
buscó por toda la córte;
A tiempo que un gran maestro
(no le nombran los autores)
daba el último barniz
al recien nacido coche.
Sacóle el marqués de pila,
luego sus armas le pone,
campo de plata y dos zorras

trepantes á un alcornoque.
  Ufano con tal conquista,
por las calles de la corte
salió á lucir y ostentar
su bolsa y prosapia nobles.
  ¡Cielos, á cuántas envidias,
á qué ingratos sinsabores
dió lugar la tal carroza
en nuestro prado de entónces!
  ¿Quién dirá las aventuras,
las intrigas, los honores
que valieron al marqués
estos cuatro tablajones?
  Por ellos venció á las diosas,
por ellos mandó á los hombres,
por ellos adquirió gota,
ciencia, orgullo y acreedores;
  Hasta que en ellos cruzado
y entre estolas y blandones
le llevaron á enterrar,
y pasó al concurso el coche.

II.

  «En virtud de providencia
del señor D. Juan Quirós,
de esta coronada villa
teniente corregidor;
  «En los autos del concurso
el marqués de... que finó
por óbito abintestato
y han radicado ante nos

«El infrascrito escribano
que firma esta relacion,
ordena su señoría
que por cuanto el acreedor
«Ha probado su derecho
y la hipotecaria accion
que tiene por mil ducados
al coche que aquél dejó,
«Se le endosé y adjudique,
en íntegra posesion
la referida carroza
tasada en igual valor.
«Mandólo su señoría
en Madrid, y lo firmó
á veinte y cuatro de Agosto
de mil ochocientos dos.»

Ya tenemos á mi coche
con nuevo dueño y señor,
un viejo capitalista
bien cuidado y solteron
Que en las campañas de Vénus
altos lauros alcanzó;
azote de los maridos,
de las mujeres patron.
Dedicaba por entónces
su sexsagenario amor
á una viuda de cuarenta,
doña Tecla de Albornoz,
Bella tinaja con piernas,
hermoso guardacanton.
¿Que don pudiera ofrecerla
un apasionado amor

Como una máquina amiga
que á influjo de bestias dos.
imprimiese moviento
á volúmeu tan atroz?
No sabré decir el cómo;
pero ello se celebró
cuádruple alianza entre aquellas,
la señora y el señor.
Y riéndose del mundo,
libres de vientos y sol,
vivieron encadenados
en íntima relacion,
Como una parte del coche,
como en su celda el castor,
el gusano en su capullo,
ó en su concha el caracol.
La muerte que se complacc
en destruir con furor
todas las dichas del hombre,
por este tiempo alcanzó
A aquella dulce pareja,
y... ¡cielos! ¡en qué ocasion!
cuando no cabiendo ya
dentro del coche su ardor,
Acababan de adornarle
con emblemas de pasion;
dos corazones flechados,
y riéndose el Amor.

—¡Jesús! que extraños emblemas;
llámenme pronto á un pintor
que borre esas heregías
y ponga el santo cordon,

el báculo y el capelo,
y la cruz del redentor,—
Esto decia el obispo
que aquel coche remató,
é hisopo y agua bendita
aplicaba al interior
para purgar los pecados
que supuso con razon.
Ya que fué purificado,
el muy ilustre señor,
subió con sus familiares
á tomar la posesion.
¡Qué vida la que mi coche
por aquel tiempo pasó!
Ni un capellan de las Huelgas
puede contarla mejor.
Una novena á San Gil,
y luego á tomar el sol
al paseo de la Ronda
ó al camino de Alcorcon;
O un viajecito hasta Atocha
á visitar al prior,
y luego volverse á casa
al toque de la oracion.
¡Qué vida! vuelvo á decir;
pero aquel tiempo pasó,
y vino otro de cuidados,
de sustos y agitacion
Un ministro... ¡ay que no es nada!
al obispo sucedió
de aquel histórico coche
en la grata posesion.
Nuevo impulso y movimiento

á sus ejes imprimió,
que estaban entumecidos
por el reposo anterior.
De palacio al ministerio,
desde el Consejo al salon,
desde la audiencia al teatro,
desde el dominio al favor.
¡Pobre coche, que agitado
por el mar de la ambicion
caminas á todos vientos,
tras un fantástico honor!
¿Qué se hiciera aquel roposo
que un dia te permitió
saborear de la existencia
el progreso bienhechor?
¿Qué, mísero, has alcanzado
en premio de tu ambicion,
sino llegar más aprisa
al término del favor?
Que mucho brillas, más dices,
que escuchas de tu patron
altos secretos de Estado
reservados á los dos.
Que todos te reverencian
como á tan alto señor,
y escuchas del que suplica
en torno tuyo la voz.
¡Ay cuitado! ¿no reparas
en el cielo del favor,
miserable nubecilla
que vé con desprecio el sol?
Pues mírala cual creciendo
el firmamento ocupó

y roba al astro del dia
su fúlgido resplandor.
Y mira al mortal gusano
que á su cumbre se alcanzó,
cuál vacila, tiembla, y cae
de la tormenta al furor.
¡Pobre coche! tu menguada
nulidad te defendió,
quedando para testigo
de tu infamia y tu baldon;
Y vino un hombre sin nombre
que tus favores vendió,
y en pago á tus demasías
y ridícula ambicion,
Riéndose á un pueblo entero
por escarnio te entregó,
para que puedas decir
en sentida esclamacion:
aprended coches, *de mí*
lo que va de ayer á hoy.

III.

De un anchuroso corral
sobre la menguada puerta
que asienta en el interior
de una súcia callejuela,
En letras greco-romanas
y ortografía caldea
dice, «*Aquí se alquilan coches*»
una envejecida muestra.

Yacen en el interior,
sin guardas y á la inclemencia
cien carrozas, que otro tiempo
ornaron la córte régia.
Y ora tristes, abatidas
por el tiempo y la miseria
en un lupanar de coches
lloran su pública afrenta
Míranse en él confundidos,
sín gerarquía y sin regla,
cien románticas carrozas
cien clásicas diligencias
Allí el almagrado coche
que arrastraron seis colleras,
está llorando festines
y soñando en la Alameda.
Allí el bombé vacilante
que dejó el doctor Postema,
reza y murmura aforismos
y latines de receta.
Mas allá hay una berlina
con cifras y otros emblemas,
de uno que fué al hospital
sin zapatos ni calcetas.
Aquí un súcio faeton,
allí una gran carretela,
que fué premio en otro tiempo
de una virtud de Lucrecia;
Y agrupadas á un rincon
se miran cuatro calesas
que á queso y á vino puro
trascienden á media legua.
En tan súcia compañía,

y en situacion tan adversa,
un coche tambien... ¡Dios mio,
(casi no acierta la lengua)
Un coche... ¿si será él?
un coche... sí, el mismo era,
el del marqués, del obispo
del ministro y doña Tecla.
¡Ay quién fuera Garcilaso
para exclamar, «Dulces Prendas,
aquí por mi mal halladas,»
con lo demas que se deja.
¿Y habrá despues, ¡oh fortuna
quien fie en tu faz risueña,
y no te vuelva la espalda
ántes que tú se la vuelvas?
Mas tornemos á mi coche
y dejemos las sentencias,
que dicen bien en un libro
con tal de que no se lean.
En hábito verdi-negro,
como ya descrito queda,
ha trasformado sus galas,
sus timbres y sus preseas;
Y los caballos normandos
en dos mulas peli-negras,
que corrieron há veinte años,
todas las férias manchegas.
Piloto de aquel timon,
sentado en su delantera
un infanzon de Cantábria
tiene en sus manos las riendas.
Un capote franciscano
su tosca persona encierra,

y un sombrero des-alado
metido hasta las orejas.
Cantando está á media voz,
mientras que las ocho suenan
las glorias de Covadonga
por el son de la muñeira;
Y en tanto las pobres mulas
pensando están en que piensan,
y de este pienso mental
se sostienen y alimentan.
Otro animal de dos piés
como el que en la proa asienta,
sube con pena á la popa
y á los tirantes se cuelga.
Con que la tripulacion
queda del todo completa,
dos mulas y dos rocines,
y sumadas cuatro bestias.

Las ocho suena el relój,
se abre del corral la puerta,
y en oblícuo movimiento,
y en marcha angustiosa y lenta,
Tiran torcidas las mulas
á impulsos de la correa,
y anunciando un fin cercano
crujen girando las ruedas.
Por las calles de la córte,
y á riesgo de las aceras,
la máquina informe arrastra,
dando á quien la mira pena;
Y entre silbos y reniegos
en ménos de una hora llega

á la puerta del letrado
que vá á charlar á la Audiencia;
Embarca en él su persona
medio cura y medio enferma,
y saca las doctas mangas
por entrambas portezuelas
Luego que llega al Consejo,
mientras su derecho alega,
cochero y mozo liquidan
la propina en la taberna,
Con que añaden á su celo
de Yepes azumbre y media,
para hacer más llevadero
el trabajo de la vuelta.
Despues del pleito, á visitas
con la letrada y su suegra,
cinco chiquillos y una ama,
dos pasantes y una perra.
Vuelta despues al corral;
ya don Timoteo espera
para ir á misa de dos
del Buen-Suceso... á la puerta.
La misa ya se ha acabado
más por cuanto la marquesa
al ver á don Timoteo
se siente un poco indispuesta.
El, á fuer de hombre gentil,
la ofrece su carretela,
y á fin de tomar el aire
van camino de la Venta.
En vano el pobre simon
les grita que den la vuelta
que hace falta en un bautizo

ántes de las cuatro y media;
Suéltanle á las cinco, en fin,
toma el paso á media rienda,
y en casa de la parida
á oir maldiciones llega;
Suben en él la madrina,
el padrino, la pasiega,
los hermanos, el autor,
y el chico con falda nueva;
Cien pillos de todo el bárrio,
que ha vomitado una escuela
van corriendo tras el coche;
ya suben á la trasera;
Ya trepan á los estribos;
ya se agarran de las ruedas;
ya gritan: «Señor padrino,
¿cuando baja la moneda?»
Ya hacen gestos al Simon;
ya al lacayo desesperan,
apoyando sus razones
en alguna que otra piedra.
En tal dia, es de cajon,
vá la gente á la comedia,
y el coche hasta media noche
embargan y saborean.
Y en tanto las tristes mulas
guardando siempre la dieta
y cuando dan vuelta á casa
hasta en su sombra tropiezan.

Otro dia... ¿pero acaso
pretendo que sea eterna
esta triste relacion,

y que en crónica se vuelva?
¿No ha de acabarse jamás?
¿ni cómo narrar pudiera
uno á uno los sucesos
que en sus páginas encierra?
Baste decir que en Enero
hay un San Anton, y hay *vueltas;*
que hay máscaras en Febrero,
y en Marzo hay Pepes y Pepas.
Que Abril encierra una Pascua;
Mayo á San Isidro fiesta;
Junio noche de San Juan
con fandango y con vihuelas;
Julio ostenta de sus toros
las entretenidas fiestas,
y en Agosto Manzanares
brinda con húmeda arena.
Viene Setiembre despues
con sus históricas férias,
y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas.
Y Octubre empieza á mostrar
sus frios y calles puercas;
y Noviembre sus difuntos,
Diciembre su noche-buena.
Y en todos meses del año
hay cortejos y hay cortejas,
y hay revistas, besamanos,
y hay visitas, y hay audiencias;
Y hay tontas, á quien se engaña
con una máquina de estas,
y hay jugadores que ganan,
y hay empleados que medran,

Y hay indianos de San Lúcar,
y hay sin condados condesas,
y hay nobleza que ostentar,
y hay que encubrir la miseria.
De todos estos primores
puede este coche dar cuenta
más por desgracia no sabe
porque carece de lengua.
Yo, viéndole sordo-mudo,
en descargo de su pena
quise atreverme á formar
(puesto que no soy poeta)
en estos *clásicos* versos
esta *clásica* leyenda,
á riesgo de que el lector
clásicamente se duerma.

(Octubre de 1837).

UNA NOCHE DE VELA.

I.

EL ENFERMO.

¡Oh variedad comun, mudanza cierta!
¿quién habrá que en sus males no te espere,
quién habrá que en sus bienes no te tema?

ARGENSOLA.

Doy por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salon, saboreando las dulzuras del Carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos ó los más de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituyen al hombre la grata conversacion con una linda pareja, el ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminacion, la risa y algazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que luego se vuelven á juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencantamiento, alguno de los concurrentes lleno

el corazon de fuego y la cabeza de magníficas ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imaginacion, no haya hecho alto en la exterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad de su frente, en la dilatacion de sus poros, en el ardor exagerado de su pulmon; y que tan sólo ocupado en sostener una blanca mano para subir á un coche ó en aguardar el turno para reclamar su capa en un frio callejon, apénas haya reparado que el sudor de su rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y su cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y malestar.

Doy por supuesto que el tal, de vuelta á su casa, sienta unos amables escalofríos, amenizados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienes, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apénas le permite tenerse en pié. Quiero imaginar que le asaltan las primeras sospechas de que *está malo*, y que tiene que transigir por lo ménos con una fuerte constipacion; que se mete en la cama, donde le coje un involuntario y frio temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que, merced á un vaso de limonada ó un benéfico sudor, bien podrá estar á la noche en disposicion de repetir la escena anterior. Supongo, por último, que esta esperanza se desvanece; pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes á devolverle

la perdida salud, con lo cual, y sintiéndose de más en más agravado, hace llamar á su médico, quien despues de echarle un razonable sermon por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé qué brebajes purgativos, intermediados· de cataplasmas al vientre, y realzado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa; y que parecen ser la *panacea* universal para todos los males conocidos.

Pues bien; despues de supuesto todo esto, quiero que ahora supongan mis lectores, que el sujeto á quien acontecia aquel desman era el condesito del Tremedal, sujeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desenfadada imaginacion y una cierta fama de superioridad, debida á las conquistas amorosas á que habia dado fin y cabo en su majestuosa carrera social. Cualidades eran éstas muy envidiables y envidiadas; pero que para el paso actual no le servian de nada; preso entre vendas y ligaduras, inútil y agobiado, ni más ni ménos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba, sin embargo, alguna diferencia en la situacion exterior de nuestro conde, si bien su naturaleza interior revelaba en aquel momento su completa semejanza con los seres á quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido

más ó ménos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa, jóven hermosa y elegante, de veinticuatro Abriles, que si no recordaba á Artemisa, por lo ménos era grande apasionada de las heroinas de Balzac.

Luego venia en la série de sus *veladores* un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa; militar cortesano; cómplice de las amables calaveradas del esposo; encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal; de suplir su ausencia en el palco, en el salon, en las cabalgatas; depósito de las mútuas confianzas de ambos consortes, y mueble, en fin, como el lorito ó el galgo inglés, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofrecíase á la vista una hermana solterona del conde, que segun nuestras venerandas sabias leyes, estaba destinada á vegetar honestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque fruto de unos mismos padres, é igual á su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase á esta injusticia de la ley la otra injusticia con que la naturaleza la habia negado sus favores, y se formará una idea aproximada de la cruel posicion de esta indefinida vírgen, con treinta y dos años de espectativa y dotada además de un gran talento, y que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundon. En compensacion, empero, de tantos desmanes, todavía podia alimentarse en aquel pecho

alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no muy moral en verdad, pero lo suficientemente legal para prometerse algun dia ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa. Una tia vieja, viuda de no sé qué consejero, y empleada en la real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cadáver embalsamado en almizcle; figura de cera y de movimiento; tradicion de la antigua aristocracia castellana; y ceremonial formulado de la etiqueta palaciega. Un ayuda de cámara, secretario del secreto del señor conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones más allegadas á su persona. Varias amigas de la condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travesura, con sus puntas de coquetería. Un vetusto mayordomo disecado en vivo, vera efigies de una cuenta de quebrados; con su peluca rubia, color de oro; su pantalon estrecho como bolsillo de mercader; su levita de arpillera; su nudo de dos vueltas en la corbata; el puño del baston en forma de llave; los zapatos con hebilla de resorte; un candado por sellos en el reloj, y este sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persona, en fin, tan análoga á sus ideas, que venia á ser una verdadera formulacion de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mayordomil.

El resto del acompañamiento componíanlo tal cual elegante doncel que aparecia de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesito; tal cual vecina charlatana y entrometida que llegaba á tiempo de proponer un remedio milagroso, ó verter una botella de tisana, ó destapar distraida un vaso de sanguijuelas; el todo amenizado con el correspondiente acompañamiento de médicos y quirúrgicos; practicantes y gentes de ayuda; criados de la casa, porteros, lacayos, niños, viejas y demas del caso.

¡Ah! se me habia olvidado; allá en lo más escondido de la alcoba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veia un hombre sério, triste y meditabundo, que apénas parecia tomar parte en la accion, y sin embargo moderaba su impulso; el cual hombre, segun lo que pudo averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia, á quien el padre del conde dejó encomendado éste al morir; que le queria entrañablemente; pero que más de una vez llegó á serle enojoso con sus consejos francos y desinteresados; pero en aquella ocasion el pobre enfermo se hallaba naturalmente más inclinado á él, y no una vez sola, despues de recorrer la desencajada vista por todos los circunstantes, llegaba á fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondia á su mirada con otra mirada, y ambas venian á formar un diálogo entero.

II.

JUNTA DE MÉDICOS.

Era, segun los cómputos facultativos, el séptimo dia, digo mal, la séptima noche de la enfermedad del conde. Su gravedad progresiva habia crecido hasta el punto de inspirar sérios temores de un funesto resultado. El médico de la casa habia ya apurado su ordinaria farmacopea, y temeroso de la grave responsabilidad que iba á cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no á otra cosa, viniesen á atestiguar que el enfermo se habia muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso *una junta* para aquella noche, indicacion que fué admitida con aplauso de todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron á complacerle.

Designada por el más antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunion, viéronse aparecer á la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un *birlocho* y un *bombé*, un *cabriolé* y un *tilbury;* ramificaciones todas de la antigua familia de las *calesas*, y representantes en sus respectivas formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo correton.

Del primero (en el órden de antigüedad) de aquellos cuatro *equipajes*, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y áun fuera de ella; rostro fresco y sonrosado, á despecho de los años y del estudio; barriga en prensa, y sin embargo fiera; traje simbólico y anacronímico, representante fiel de las tradiciones del siglo XVIII, baston de caña de Indias de tres pisos, con su puño de oro macizo y refulgente; y gorro, en fin, de doble seda de Toledo, que apénas dejaba divisar las puntas del atusado y grasiento peluquin.

Seguia el del *bombé*; estampa grave y severa; ni muy gorda, ni muy flaca, ni muy antigua, ni muy moderna; frente de duda y de reflexion; ni muy calva ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; traje cómodo y aseado, sin afectacion y sin descuido; sin sortija ni baston, ni otro signo alguno exterior de la facultad.

El *cabriolé* (que por cierto era alquilado), produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos é interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camisola entreabierta, é inclinado hácia el pescuezo el lazo del corbatin. Este tal no llevaba guantes para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente baston, con el cual aguijaba al caballejo (que por supuesto

no era suyo), y llegado que hubo á la casa, saltó de un brinco á la calle, y subió tres á tres los peldaños de la escalera.

El cuarto carruaje, en fin, el *tílbury*, lanzó de su seno un elegante y apuesto mancebo, cuyos estudiados modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada levita, el aseo y primor, en fin, de toda su persona, representaba al físico viajador, culto y sensible, el médico de las damas; su semblante juvenil, sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse á ella, afectando un si es no es de gravedad científica y de profunda reflexion que no decia bien con el complicado nudo de su corbata; si bien su mirar profundo y animado, daba luego á conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmada con la idea de un glorioso porvenir.

Despues del reconocimiento y de las preguntas de estilo, á que contestaba como sustentante el médico de cabecera, quedaron, pues, los cinco doctores instalados en un gabinete inmediato para tratar de escogitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera diligencia fué pasar de mano en mano petacas y tabaqueras, hasta quedar armónicamente convenidos, cuál con un purísimo cigarro de la Habana; cuál con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó, como es natural á pasear el discurso sobre varias

materias, todas muy interesantes y oportunas; tales como la rigidez del invierno, las muchas enfermedades y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decia traer. Allí era el oir asegurar á uno que á la hora presente llevaba ya arrancadas catorce víctimas á las garras de la muerte; allí el afirmar muy sériamente otro que aquella noche habia estado de parto; cuál limpiándose el sudor repetia el discurso que acababa de pronunciar en una junta; cuál otro metia prisa á los demas por tener, segun decia, que contestar á cuatro consultas por el correo.

Despues de compadecerse mútuamente, entraron luego á compadecerse de sus caballos y de sus míseros carruajes, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aquí vino á rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morian. A propósito de esto, tomó la palabra el rostriseco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del ejército, á que contestaron los demas con la mudanza del ministerio, y el resultado de la última interpelacion.

Despues de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda seria ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron á disertar

sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cuál en el hígado, y cuál en el tobillo del pié.

Aquí hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tonífico método de Juan *Brown;* á lo que contestó el sério con toda una esposicion del sistema fisiológico, y del tratamiento antiflogístico y de la dieta de *Broussais.* Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerrada de burletas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la medicina era una adivinanza hija de la casualidad y de la práctica; y que sólo empíricamente podia curarse, por lo cual no admitia sistema fijo, y que si tal vez se inclinaba á alguno, parecíale mejor que ningun otro el de Mr. *Le-Roy,* por lo heróico y resolutivo de su procedimiento. Una ligera sonrisa de desden que se asomó á los lábios del físico elegante, bastó para dar á conocer la superioridad en que se colocaba á sí mismo sobre todos sus compañeros; si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, exponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofía de un nuevo descubrimiento á que él como jóven se hallaba naturalmente inclinado, esto es, la medicina *homeopática* del doctor *Hannemann.*



Aquí soltó el viejo una carcajada, y el chiquito lanzó varios epígramas sobre el sistema de *curar las enfermedades con sus semejantes*. preguntándole si como decia Talleyrand, acostumbraba cortar la pierna buena para curar la mala, con otras sandeces que irritaron la bilis del homeopático, y descargó una furibunda filípica contra los charlatanes que segun dijo, deshonraban la noble ciencia de Esculapio; á lo cual el Brusista trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo Galeno dar un nuevo tono á la desentonada conversacion.

En esto uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito de que ántes hicimos mencion), tuvo la descortesía de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir á aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habian acordado á buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la resolucion formal de aquella cuádruple alianza. — Los doctores quedaron como embarazados á tan exótica demanda; pero en fin, salieron de ella diciendo: que hiciesen saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morirse; porque ellos á la sazon estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacian, formaban sínceros *votos* por su alivio, y sentian hácia su persona las más fuertes *simpatías* Con lo cual el interpelante volvió á retirarse á comunicar al en-

fermo tan consoladora respuesta de aquel areopago doctoral.

Declarando el punto suficientemente discutido, respecto al diagnóstico y el pronóstico, vinieron por fin á proponer la curacion, y fiel cada cual á sus respectivos métodos, indicaron, el Browmista un tonífico *récipe* de treinta y dos ingredientes entre sólidos y líquidos; pero con la condicion de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusion, y que se habia de hacer precisamente en la botica de la calle de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar.—El alumno de Broussais sostuvo que á beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrías se cortaria el mal, y que para sostener las fuerzas del enfermo no habia inconveniente en administrarle de vez en cuando algun sorbo de agua engomada, ó un azucarillo.—El *homeopático* puso á discusion la aplicacion de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media de agua del Rhin, con lo cual se habian visto pasmosas curaciones en el hospital de Meckelembourg-Strelitz.—El *empírico*, en fin, propuso que el enfermo se levantara y saliese á paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomi-toni-purgui-velocífero de *Le-Roy*.

Dejo pensar á mis lectores la impresion que semejantes propuestas harian respectivamente en el ánimo de todos los doctores;

por último, viendo que ya era pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el auxilio de su ciencia, convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera habia seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos; con que, despues de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé qué purga, decidieron unánimemente que seria bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el próximo convoy; todo lo cual dijeron con aire sentimental á aquel señor feo de cara de que queda hablado; y despues de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirigia la curacion, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de á ocho, y marcharon contentos á continuar sus graves ocupaciones.

III.

EL TESTAMENTO.

Aquella noche, como la más decisiva é importante, se brindaron á quedarse á velar al enfermo casi todos los interlocutores de que queda hecho mencion al principio de este artículo; y convenidos de consuno en reconocer por *jefe de la vela* al severo anó-

mismo, pudo este dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrrible escena. Hízose pues, cargo del improvisado botiquin, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos rótulos la oportúnidad de cada uno; dió cuerda al reloj para consultarle á cada momento, y escribió un programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja tia, por su parte, envió á su lacayo por la escofieta y el manton, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de meditacion, encuadernado por Alegría. La juventud de ambos sexos, dirigida por el amable militar, se encargó de distraer á la condesita y su hermana, llevándoselas al efecto á un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño, improvisaron en su presencia una modesta partida de *ecarté*. El mayordomo, el ayuda de cámara, acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba á las órdenes del jefe de noche, para alternar armónicamento en la vela.

Todo estaba provisto con un orden verdaderamente admirable, cada cual sabia por minutos la série de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella armonía y compás con que suelen las diversas ruedas y cilindros de una má-

quina al impulso del agente que los mueve. La vieja rezaba sus letanías, y aplicaba reliquias y escapularios á la boca del enfermo, el mayordomo recibia de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacia tomar al paciente; uno revolvia á este en su lecho, otro ahuecaba las almohadas y estendia los sinapismos; el incógnito, en fin, velaba sobre todos y corria de aquí para allí para que nada faltase á punto.

Entre tanto en el gabinete del jardin el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer á las señoras; aplicaba bálsamos confortantes á las sienes de la condesita, sostenia los almohadones, y de paso, la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretesto de evitar un acceso nervioso, tenia entrambas manos fuertemente estrechadas en las suyas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; suenan voces y campanillas; y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormian en los colchones improvisados, todos se mueven apresurados, y corren á la alcoba. El enfermo, sostenido por su buen amigo, yace desfallecido é inerte; los circunstantes prorumpen en diversas exclamaciones.—«El médico, llamar al médico!»—«¡El confesor!—¡El escribano!»

Cuál saca un pomo de álcali y casi so lo introduce por la nariz; cuál acude diligente



con una estopa encendida para aplicársela á las sienes; este le frota los pulsos con *agua balsámica de la Meca, y espuma de Vénus* que encuentra en el tocador de la señora; aquel vá á la cocina por vinagre, y viene diligente á rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mujeres chillan.—¡Pobrecito!—¡Se ha muerto!—Los hombres imponen silencio á voces.—La vieja reza en alto un latin que no le entendiera el mismo San Gerónimo.—La señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá.

El peligro y atencion se dividen entónces; los unos abandonan al conde; los otros corren á la condesa; los agudos chillidos de esta despiertan, en fin, á aquel de su letargo; abre los desencajados ojos; mira en derredor de sí y se vé rodeado de figuras angustiosas, que le miran ya como cosa del otro mundo, y empiezan á contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla á un cadáver.

Allá en el fondo, y detrás de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrío, que aparece allí como el precursor de la muerte, como el avanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro habia sido introducido con precaucion en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz baja, despues de haber dicho dos palabras al oido de la señora, y hecho tres profundas cortesías á la hermana del conde

Algun tanto despejado ya éste, no sé bien si por prudencia ó por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circunstantes, á excepcion del gefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero

—Aquí tiene usía, señor conde, á nuestro honrado secretario el señor D. *Gestas de Uñate*, que viene á informarse de la salud de usía, y de paso á saber si á usía se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle.

—¡Ay Dios! (exclamó el conde). ¡El escribano! me muero sin remedio.

—¿Quién dice tal cosa, señor conde? (interrumpió el escribano), yo sólo vengo á ley de buen servidor de usía, á ponerme á sus órdenes y ofrecerle mi inutilidad. No es esto decir que usía hiciera mal en haber pensado en mi ministerio ántes de ahora, porque al fin, todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios...—

El severo velador del conde habia guardado silencio durante esta corta escena, como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que habia asaltado al conde; sin embargo, no dejó de reconocer que en el estado en que éste se hallaba, acaso aquel paso tenia más de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al conde á someterse á aquel terrible deber.





No tardó éste en ceder á los consejos de la amistad y á lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignacion, dió órden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaria un pliego cerrado que contenia su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y él lo firmaria despues.—«Pero por Dios (añadió), que nadie se entere de mis secretos hasta despues de mi muerte; este amigo, (dirigiéndose el incógnito), el mayordomo y el ayuda de cámara, pueden ser los únicos testigos, y les reclamo la observancia de mi encargo.»

IV.

LA SUCESION.

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo á la hermana del conde, habian tambien hecho variar el espectáculo del retirado gabinete del jardin. Los amables interlocutores que en él se reunian, arrancados á sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban á creer de véras su posibilidad, y á calcular las consecuencias naturales en aquella casa. La próxima viuda, sin tanto aparato de desmayos, empezaba ya á manifestar una verdadera inquietud, en tanto que por un movimiento eléctrico los vaporosos ataques

habíanse inoculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías del mayordomo y escribano acababan de darls á sospechar un magnífico porvenir.

Los cuidados de todos los circunstantes se convirtieron, como era de esperar, hácia el nuevo peligro, hácia la nuevamente acometida; y á pesar de que los visajes de su feo rostro, fuertemente contraido en todas direcciones, pusieran espanto al hombre más audaz y denodado, y por más que formase un admirable contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita; veíase ésta sola, por una de las anomalías tan frecuentes en este pícaro mundo, al paso que todos se apresuraban á reunirse en grupo auxiliador en derredor de la presunta heredera... ¡Oh leyes! ¡Oh costumbres!...

Al frente de todos aquellos celosos servidores distinguíase el mismo jóven militar favorito de la condesa que poco ántes no parecia existir sino para ella, y ahora olvidando sus gracias, y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba á sostener á ésta, á consolarla, y yacía arrodillado á sus piés, estrechando su mano y aparentando toda la desesperacion de un romántico dolor... La convulsa heredera, sensible sin duda á esta súbita expresion de un género tan nuevo para ella, hizo un paréntesis á su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párpados, dirigió sus hundidas

pupilas al amable interpelante, y con un gesto inexplicable en qne se retrataba la caricatura del dolor, correspondió con un suspiro á otro suspiro, y abandonó sus manos á los lábios del jóven triunfador; éste entónces, alzando la osada frente en señal de su próxima apoteosis, paseó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desden; pero al llegar á fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda, no pudo ménos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

En este momento la puerta del gabinete se abre.—El escribano, el mayordomo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Este, procurando contener su conmocion, manifiesta á los circunstantes que su amigo el conde habia dejado de existir... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa... El escribano lee entónces el testamento, y la decoracion vuelve á cambiar... El conde declara en él tener un heredero natural, habido en una de sus várias excursiones amorosas ántes de contraer su matrimonio; pedia perdon á su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y direccion de su legítimo heredero; en cuanto á su hermana, la dejaba pasar tranquilamente á ocupar un vástago lateral en el tronco genealógico·

De esta manera nacieron, se manifestaron y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quiméricos proyectos; y la luz ma-

tinal, que ya empezaba á iluminar aquella estancia, vino á poner en manifiesto el desengaño de aquellos desengañados semblantes; amigos y dependientes rodearon á la condesa viuda, tutora y gobernadora; y cada cual se esforzaba en manifestarla su nó interrumpida adhesion, y á proponerla vários planes halagüeños; pero el severo velador valiéndose de su persuasiva influencia, la aconsejó por entónces lo único que podia aconsejarla, y era que se retirase á descansar. Hízolo así, con lo cual todos los circunstantes fueron desapareciendo. Y luego que quedó sólo el incógnito, se arrimó á un bufete, tomó una pluma, escribió largo rato, puso al principio de su discurso este título: «*Una noche de vela;*» y al final de ella estampó esta firma,

EL CURIOSO PARLANTE.

DE TEJAS ARRIBA.

I.

MADRE CLAUDIA.

»....... á tus tiernas palomillas
el vuelo peligroso las rehuses;
que andan muchos azores por asillas
de cuyas uñas penden los despojos
de otras aves incautas y sencillas.»

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

Dios sea en esta casa.

—Y en la de V., buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece?

—Nada hijo, sino venir en cuerpo y en ánima á ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser.

—Por muchos años; y ya veo que si no me engaña el corazon estoy hablando con la señora Claudia, la que viene á habitar la buhardilla núm. 7.

Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buen hora lo cuente; pero tal me verás que no me conocerás, y

yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo! hoy por tí, mañana por mí: y como dijo el otro, abájanse los adarves y álzanse los muladares; que hoy nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora, bailan otros en la boda... No digo esto por mal decir, que de ménos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pepita; sino explícolo para dar á conocer á vuesa merced, señor vecino, que aquí donde me ve con estos trapos, yo tambien fuí persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz... pero vive cien años y verás desengaños, y tras el dia viene la noche, que lo que Dios da, llevárselo há, y el caballo de regalo suele parar en rocin de molinero.

Pero dejando esto á un lado y viniendo á lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió!... Tal me vea yo á la hora de mi muerte... ¿Es rosoli ó aniseta?... gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua!... á la salud de ustedes, caballeros... ¡fuego de Dios y qué calorcillo tiene el espritu!... y qué bien le parecen al lado esos dos mantecadillos que están diciendo «comedme...» ¡Ah! si no estuviera una tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y mi ánima que no habia de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostaria que son obra de aquellas

manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar á la aguja... gracias, hija mia, por el favor... bien se la conoce que es hija de tal padre... ¡bendígala Dios y qué hermosa es y qué garrida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.

—Gracias, madre Claudia.

—Bien haceis, hija, en dar las gracias, que para eso las teneis, y aun para quedaros despues con ellas; ¡ay! quién me tornara á mí de ese talle y esa frescura, y no me robara la experiencia de mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me habia de cantar y no me veria ahora en medio del arroyo, como quien dice; pero así somos todas; mientras nos reluce el pellejo, poco consejo, y luego que vienen los años, llorar por los que son idos... ¡Cuánto más valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y... ¿no es verdad, hija mia?... ¿qué no me entiendes? ¡picaruèla! ¿pues á qué vienen esos colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y... ¡válgame Dios!... ¡qué no diera alguno que yo me sé bien, por atajar con sus labios esa gota de coral!...

—¿Alguno, madre?

—Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir á los parroquianos y se viene derechito hácia nos-

otras; por fin, hija mia, más dias hay que longanizas, y cuando querais noticias de la tierra, sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien; y hora me voy, señor vecino, que ya ha acabado de ser noche y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos... A fé que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y á no ser por un cuarto roñoso de Segovia que traigo aquí para trocarlo con un palmo de cerilla... ¿Tambien ese favor?... muy obligada me voy, señor vecino; á bien que Dios es mayordomo de pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso á paso caminando á mi chiscon, donde me espera el huso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, si no es que se haya salido á los tejados en busca de las vecinas, salidas tambien como él; que amor con amor se paga, niña mia, y cuando nace él nace ella, y si no fuera por esto, ¿para qué estamos acá abajo los unos y las otras?... Con que buenas noches, vecino; y cuidado niña, que no hay que olvidar á quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás muchas cosas y habilidades, así de punto y aguja como de cazo y sarten; que, gracias á Dios y á mis años, así me dá el naipe para aderezar un guisado, como para coser un zurcido... Conque, adios.

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y despues de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscacion de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chiribitil, haciendo descanso en tódas las mesetas ó tramos de los diversos pisos. Y llegada que fué arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona direccion la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas desgraciadamente con un impulso muy superior á la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos, quiero decir, que se apagó: y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogon se quedaron á buenas noches.

II.

LAS BUHARDILLAS.

Algunos dias eran pasados, y ya la buena madre sabia por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos y más especialmente de aquella parte de la tripulacion de la casa, que á hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo.

Este quinto estado de aquel mecánico

artificio no distaba, como hemos visto, más que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la region de las nubes, con lo cual no habrá de extrañarse si tal cual tormenta solia de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tormentas, de que apénas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeñez microscópica no sabe distinguirlas, ó bien afectamos desdeñarlas por el ningun interés que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aereonáutas que ascendieron de intento á estudiarlas; y de uno estos, que logró bajar, aunque con una pierna ménos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán explicadas.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejon á diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicacion á ocho ó diez celdillas ó habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habian hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas á tal extremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabia, por ejemplo, la madre Claudia, que en la primera buhardilla de la derecha

conforme vamos, vivia un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando á Marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hácia la próxima Navidad. Sabia que en la de más allá existia una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte Pio, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo que en estos tiempos vale una honrada doncellez. Mas allá cobijaba con dificultad un matrimonio jóven, zapatero y ribeteadora; él mozo garrido de chaquetilla redonda y sortija en el corbatin; ella airosa y esbelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira.

En el agujero del rincon que formaba el ángulo de la casa, habia entablado su laboratorio un químico de portal, gran confeccionador de agua de Colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendia además corbatines y almohadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenia relaciones con todos los mozos de café, y cuando esto no bastaba, corria con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algun anónimo, cartas de pago y billetes del tesoro; ó bien acomodaba sirvientes ó limpiaba botas en el portal. El, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducia en francés, como se trocaba en italiano; y era

se adornaba con un levitin blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara*, ora corria las calles con sombrerito de calañay agraciado marsellés.

Frontero de la habitacion del químico, habia dado fondo una física criatura, que sin más preparaciones que sus gracias naturales, era capaz de volatilizar la cabeza más bien templada. Valencia, el jardin de España, habia sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si seria linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso país es más difícil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde esta habia venido desde las riberas del Turia á las del Manzanares, y á las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para más despacio; baste decir que vino ella ó que la trajeron: y que la abandonaron ó que se abandonó; en términos que en el dia era tan romanescamente libre como la bella *Esmeralda* de Víctor Hugo, aunque si vá á decir la verdad, algo más positiva que ella; efectos todos del siglo prosáico en que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan estas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivia un viejo adusto y regañon, escribiente memorialista á dos reales el pliego, que por el dia, detrás de su biombo en el portal, escuchaba

las relaciones de los pretendientes, y les insertaba memoriales y seguia correspondencia con media Astúrias, y recibia las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedíale á veces, como veia poco, á pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaracion de amor en un pliego del sello cuarto, ó pretender un estanquillo en una orla de corazones y Cupidos. Con lo cual, y otras desazones que le proporcionaba su oficio, traia la cabeza tan llena de embolismos y de bílis, que siempre venia á casa regañando, y como solteron, y que no tenia mujer con quien pegarla, la solía pegar con toda la vecindad.

Ultimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase á este risueño drama tenia su mansion un hombre de presa (*corchete,* que suele decir el vulgo), el cual cuando creia que nadie le miraba, solia hacer sus excursiones por el tejado á correr con los gatos, por inclinacion y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado, manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intencion, antípoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oido listo á las promesas y cerrado á las plegarias, multiplicado á veces como edicion estereotípica, y tan invisible é impalpable otras, que no pocas llegaron á dudar los vecinos si subia por la escalera ó por el cañon de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podria estar ociosa la imaginacion de nuestra Claudia, ó si más bien llegaria en breves dias á ser, como si dijéramos, el centro de aquel sistema; planeta fijo que girando únicamente sobre sí mismo, obligara á los demas á girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

III.

DRAMA DE VECINDAD.

La primera atencion de la vieja se convirtió naturalmente hácia la valencianita, que como la más sola é indefensa oponia ménos obstáculo á sus ataques...

—¿Es posible, hija mia, que tan jóven y hermosa como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizamí, sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defienda de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada á sí misma, ántes bien conviene exponerla con precaucio-

nes entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevacion como el jazmin en finos búcaros y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la experiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La hiedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caeria indudablemente al primer paso, sino hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. Mal estás así, hija mia, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sosten. Yo seré, si gustas, este arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timon á un hábil marinero, así tú en mis manos experimentadas, podrás atravesar sin pena este piélago del mundo, y reirte de los furores de los vientos desencadenados contra tí.

Yo no sé si fué precisamente en estos términos ú otros semejantes como habló la vieja, ni acierto á decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva á su discurso; pero lo que sí podré decir es que debió revestirle con argumentos irresistibles, cuando á los pocos dias consiguió su objeto, y atrajo á su red la incauta mariposilla, formando una sociedad mercantil bajo la razon de *Amor, Vénus y Compañía;* sociedad en que una

ponia la prudencia y otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo; á partir por supuesto el beneficio que de ambos habia de resultar.

Desde entonces la buhardilla de la madre Claudia no se veia ya tan solitaria como de costumbre; ántes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicacion; y no era nada extraño oirse en el interior algunos sonidos de voz varonil, ó encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaucion.

La niña por su parte es de suponer que seguia en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesanía con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fué la obstinacion con que se negó á admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavía conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversion de la criatura, la cual temblaba de piés á cabeza, y huia á esconderse cada vez que le miraba acercarse á la puerta.

Y era, como lo veremos más adelante, formidable enemigo este alguacil; pues además de las condiciones anejas á su profe-

sion, envolvia la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servia el casero para sus ejecuciones y despojos; con que venia á parecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo así, en la persona de la justicia. Ahora vayan Vds. á profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberracion, con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos habia ocasionado á la vieja esta terrible consideracion; pero ya que no podia evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba, como quien dice, bailándole el agua, siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviera modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fué el formar con los demas vecinos una décuple alianza, que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperacion contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, hácia el ingenioso químico que cobijaba en el rincon, y el cual no se hizo de rogar para prestar á entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y proteccion de ambas deidades. Aquí tenemos ya un triángulo no ménos romántico que el de los

dramas modernos, es á saber: la gracia, la experiencia y la ciencia; ó en otros términos: una muchacha, una vieja y un doctor. Y digo doctor, no porque lo fuera ni pudiera gloriarse de poseer una de esas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, á trueque de algunos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser más positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederacion merced á algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando á escuchar los chistes de la madre, ó á recibir de manos del químico algun frasquito de elixir con que curar de las muelas ó añadir á las mejillas un benéfico rosicler; todo lo cual, animado con la grata conversacion de tal cual caballero que por casualidad solia hallarse allí, prestaba ciertos ribetes á aquella sociedad muy propios á excitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecia alguna mayor dificultad, por lo inaccesible de su edad á los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompian los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y

quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavía agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflora (que buena falta les hacía á los pobres para engañar el atraso de pagas del papá), el cual por su parte, agradecido á tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos á lo demas del espectáculo, y achacaba justamente á su miseria aquella capitulacion con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran tambien un gran obstáculo á los planes de aquella veneranda dueña: ¡pero qué no pueden la astucia de un lado y la miseria de otro! ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla á la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habian sido educadas con primor en vida de papá, aprendiendo á figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquel habian de parar en los estantes de un Monte Pio; y todo el mundo sabe que una vez empeñada pierde mucho de su valor la alhaja más primorosa. En vano recurrieron por apelacion á las habilidades de la aguja que hasta allí habian mirado como adorno ó pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una mujer, no logra al cabo del dia un resultado comparable con el del más mísero albañil. Y luego, que como eran tres á trabajar y cuatro á consumir (entrando en cuenta la mamá), resultaba un *déficit* por lo ménos equivalente á la cuarta parte del presupuesto; lo que

en buen romance quiere decir que si comian escasamente tres dias, tenian que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es fácil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase á esto que como jóvenes aún y amigas del bullicio y los amores, no habian podido renunciar á sus relaciones antiguas, y gustaban todavía de concurrir á las fiestas y diversiones, con lo cual habia tambien que perder mucho tiempo, y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginacion y disimular los rigores de su fortuna.—«¿Quién sabe? (decian ellas), quizás estos trapillos, colocados oportunamente, sirvan de reclamo á algun rico mayorazgo ó algun viejo capitalista, que nos estienda su mano y nos saque de esta angustiada situacion. ¿Seria acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que le usáramos en Madrid?—No, á fé mia, respondian todas; y si no ahí están Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por excelencias, ó cuando ménos señorías; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa qne un portero de no sé qué grande, ó un meritorio de no sé qué oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van á los toros en coche, y en los teatros están abonadas en delantera... No, si no vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán á

buscarnos los novios aquí encerradas en este camaranchon. A fé que como decia ayer la vecina madre Claudia, que Dios dijo al hombre ayúdate y te ayudaré, y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero parece cristal.

Madre Claudia sabia muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas mediaban ya relaciones *extramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazon de la vieja, aprovecharon su mediacion para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de *fatalidad* y de *ataud*, más adelante los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir;* las petacas de abalorio, y las cadenitas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormia la siesta, ó daba una vuelta al puchero.

Con que tenemos en conclusion, que por estos y otros caminos, la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo así, en toda la vecindad, si se exceptuan el alguacil y el viejo memorialista, á los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es,

con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la accion principal, el verdadero interés de su argumento.

IV.

PERIPECIA.

Una noche... ¡qué noche!... llovia á cántaros, y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buhardilla de Madre Claudia; rodaban las tejas y caian á la calle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desvan aparecian goteras interminables, cansadas, que llenaban las jofainas, los barreños, las artesas, y prometian inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venia á iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonacion concluia por hacerla más terrible é imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabria cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvia á rezar y á darse gol-

pes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oido andar en la puerta, y retrocedia al mirar su sombra, viendo en ella temblar su espantàble figura, á las trémulas ondulaciones del candil.

En esto, un trueno horrísono estalló, y el gato dió un brinco hácia la chimenea, y cayó la luz; y todo quedó en la más profunda oscuridad... La vieja despavorida corre á la puerta, á tiempo que esta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se vé entrar con precaucion á un bulto negro embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detrás de él.

—¡Jesús mil veces!—grita la vieja, y cae en el suelo sin voz ni esfuerzo para decir más.

—Nada tema V., madre Claudia... soy yo... ¿no se acuerda V. de lo que me prometió para esta noche?..

—En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdone á usía el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.

—Vaya, buena madre, álcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.

—¡Ay, señor! pero con esta noche que parece que vá el cielo á juntarse con la tierra... mas cuenta que como estoy toda azorada, ni sé que me hago, ni donde puse la pajuela.

—A bien que aquí traigo yo el fósforo, y...

—Alabado sea el señor, Dios nos dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga aquí, y endiñaré el candil... pero ¿qué es esto? ¿usía tiembla tambien?.... Y así era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz á la vieja, y mirar su lívida faz y desencajada, no pudo ménos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candil, restablecida la calma, y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que este porfiaba, y la vieja se hacia de rogar, y aquel juraba, y esta se reia; y luego sacaba aquel un bolsillo: y esta se ponia á discurrir.

—¿Pero no vé usía, señorito, que me pide un imposible? Yo no diré que ella no le quiera á usía, y mucho, que á mis años y á mi experiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, tambien tiene su aquél; y si él llegara á sospechar la intencion con que por usía he venido á esta casa... ¡Dios nos libre!

—Todo eso está bien, replicó el caballero, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla...

—Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrion; que no se ganó Zamora en una hora; y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No si no aguarda la breva en Enero y verás si cae.

—¡Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar! ¿Pues no me digiste, vieja del diablo, que esta noche?...

—No es esto decirle á usía que yo no ponga de mio hasta donde se me alcance al magin, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad, ni áun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir á bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero así es el mundo; para unas no basta el só, ni para otras el arre, y muchas conozco yo que no se harian tan remolonas.

—No me vayas á hablar de otras, como sueles, bruja maldita... Yo no he venido aquí á escuchar tus graznidos, ni por todas tus protegidas hubiera subido un sólo escalon de esta escalera infernal... Vengo sólo á que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que no tengo cara de que se me hagan en balde.

—Pues á eso voy, señor; ¡cáspita! y qué vivos de génio son estos boquirrubios, y que...

—Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia...

—Despues que una se desvive por servirlos, haciéndose, (como quien dice) piedra de molino, para que ellos coman la harina.

—Pero...

—Ande V. de aquí para allí como un zarandillo, por la gracia del Señor, cuando él le convenga; deje V. su cuarto de la calle de las Huertas, que bien me estaba yo en él sin estos trampantojos; súbase V. á las nubes como el gavilan, y póngase desde allí en acecho de la paloma... y todo ¿para qué?...

Tienes razon, Claudia, tienes razon, pero como tú me digiste...

Y ya se vé que lo dige, y no me vuelvo atrás, que bien sé lo que me tengo que hacer, pero...

—Mira, toma lo que llevo conmigo, y esto será nada más que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida que hagas porque yo la vea esta noche, aquí mismo, en tu casa, y... su padre está de guardia, ya ves tú que mejor ocasion...

—¿Y por quién sabe usía todo eso sino por mí?

—Es verdad, dices bien, mucho tengo que agradecerte.

—Quiera Dios que dure, y que á lo mejor no me muestre las uñas.

—No temas, amiga Claudia, mi protectora; mi esperanza; ahora baja, que se vá

haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate al mirarla en mi presencia.

—Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo á Dios; pero sobre todo, señorito, me encomiendo á su prudencia y... ¡Ah! mejor será que os escondais tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline á volver atrás.

—Bien, bien, como querais, madre mia.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó á bajar pausadamente la escalera, y llegada á la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes á causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese á su buardilla, donde la pondria unos parches de alcanfor, que la remediasen, con que la prometió que la habia de dar las gracias; y la inocente creyó al pié de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso á su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta cuidando de cubrir con ella á su cómplice; vuelve entónces á cerrar, y este ya descubierto se arroja precipitado á los piés de la jóven, y la renueva con los más vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignacion privaron por un momento á la niña del uso de la voz;

despues lanzó una mirada suplicante á la vieja, la cual con su diabólica sonrisa la dió á conocer lo que podia esperar de ella; entónces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galan quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada á la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando: «*Favor*, *vecinos*, *favor*....»

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demas habitaciones, y mientras los más próximos acuden á preguntar á la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de piés á cabeza que subia los escalones cuatro á cuatro, gritando desaforadamente...

—«Mi hija... mi hija... ¿quién me la ofende?...»

A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas á madre Claudia hasta plantarla de rodillas á sus piés, en tanto que el galan anónimo habia tenido por conveniente escapar por el tejado...

El zapatero, que subia á este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita, mira escapar á su esposa de la buhardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él tambien tenía porqué callar; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejon de las esteras hay

tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos; y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante, corren á verificar su captura, á tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten que no son los facciosos, sino sus novios, que á falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejon.

El químico, que desde su chiscon observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner término á semejante escena, que reunir multitud de mistos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañon, y á su horrísono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tendero con su hija; el memorialista y el cesante con los chicos; estos agarrados de la vieja; las niñas de sus galanes; el zapatero de la viuda; la ribeteadora del químico, y el alguacil de la valenciana, gritando: «*Favor á la justicia, dejadme á esta pecorilla que es el cuerpo del delito...*»

V.

DESENLACE.

Ocho dias eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio habia hecho desocupar to-

da la casa y colocado á la vieja en una buena reclusion: el tendero habia cerrado su almacen y caminaba con su hija hácia las montañas de Santander; las niñas de la viuda, por disposicion de ésta, trabajaban entre vidrieras bajo la direccion de *Madama Tul-Bobiné;* el zapatero habia apaleado á su mujer y estaba en la cárcel; y ésta se habia colocado bajo la proteccion del químico; finalmente, la valencianita alquilaba un cuarto entresuelo calle de los Jardines, y al tiempo de extender el recibo daba por fiador... al alguacil.

(Enero de 1838.)

UNA JUNTA DE COFRADÍA.

Ne sutor ultra crepidam...

Al glorioso San Crispin,
protector de la *obra prima*,
consagra solemnes cultos
su devota cofradía.
Por cédulas *ante diem*
y á la hora *de nocte prima*,
todas las capacidades
guarda-piernas de la villa,
Convocados á este fin,
ocupan bancos y sillas
en un honrado desvan
con honores de buhardilla.
De la sala en el comedio
y pendiente de una viga
campa al aire el oriflama,
del santo patrono insignia;
Y encima de una gran mesa,

alhaja de sacristía,
lucen un candil y un jarro
que alegran ojos y tripas.
   Tras la mesa, en un sitial
de baqueta moscovita,
con más clavos que una rueda
y más años que una encina,
   El cofrade más antiguo
por derecho de conquista
se encarama y se sepulta,
diciendo: «Ya hay quien presida.»
   Con esto y un avechucho
entre mico y sabandija
que ocupa el siniestro lado
y el candil y el jarro atiza,
   Los restantes piés-de-banco
á sus puestos se retiran,
ya que vieron que dejaban
la mesa constituida.

   «Escomienza la sesion,»
grita el presidente *Blas;*
y reclama la atencion
con un enorme esquilon
que le sirve de compás.
   Tose y bebe el secretario,
y bebe y vuelve á toser,
y sacando del armario
un roñoso formulario
que apénas sabe leer,
   Toma á todos juramento
por el jarro y el candil,
de que beberán con tiento

mirando por el aumento
del gremio zapateril.
En relacion nominal
de todos los congregados
va llamando á cada cual;
Y todos hacen señal
de saber que son llamados.
«*Perico Cerote negro*.»—
—«despacio, voto va Dios
que ese mote es de mi suegro,
y digo que no me alegro
de responder por los dos.»—
—«*Juan Lesnas.*»—«presente soy
para mal de algun endino
que habrá de escucharme hoy;
y declaro que me voy
si no se escomienza el vino.»
«*Diego Punzon Cabritilla.*»—
«De cuerpo presente está.»—
«*Domingo Cachas*.»—«Cuchilla
me llamo en toda la villa,
que bien me conoce ya.»—
«*Benito Chanclas*.»—«Amen.»
«*Dionisio Correa*.»—«Soy.»
«*Leonardo Mandiles*.»—«Bien.»
«*El hijo del Cacho*.»—«¿Quién?»
«*El Cacho del hijo*.»—«Voy»
Prosigue así relatando
otros nombres más de mil,
y su blason escuchando
van respondiendo y jurando
los cofrades del mandil.
Por último, el presidente

meneando el esquilon,
grita con voz de aguardiente:
—«El que esté en pié, que se siente;
abrese la discusion.»

«Al fin, ilustre asamblea,
restablecido el silencio,
improvisaré el discurso
que hace tres meses y medio
me está enseñando don Braulio,
el dómine de Toledo.
Prestadme, pues, atencion,
y no os durmais por lo ménos,
que es música celestial
cuanto deciros intento.
Señores... (aquí me dijo
que hiciera pausa, el maestro)
Señores... (vuelvo á decir,
si no lo dije primero).
Señores... (y va de tres)
¡Qué espectáculo tan bello,
qué cuadro tan animado
ante mis ojos contemplo!
Todas las capacidades
de la hermandad del becerro
pendientes de mi discurso...
(ya he dicho que es del maestro)
Y yo, el último de todos
los que ilustran este gremio,
colocado á su cabeza
en el encumbrado puesto
Donde, ayudándome yo,
vuestros votos me ascendieron.

Tiem‸o es ya que dominando
mi modesto atrevimiento
Os haga escuchar mi voz,
y que repitan sus ecos
las tapias de este santuario
y las vigas de estos techos.
La Europa que nos contempla
atónita, cuando ménos,
espera, escucha, medita
nuestras palabras y gestos,
Y prepara á nuestras sienes
el merecido trofeo
en cien tempranas coronas
de achicorias y de berros.
Señores... ¿de qué se trata?
(vengamos á mi argumento,
ántes que alguno de usías
me diga que soy un nécio.)
Se trata pues... ¡friolera!
en esta junta modelo,
de abortar alguna cosa,
de reconstruir el gremio,
De reformar la Ordenanza
que hicieron nuestros abuelos,
y tornar su gloria antigua
al nombre de zapatero.
Largos años de desdichas
tal, señores, nos han puesto,
que lo que ántes fué *obra prima*,
obra póstuma se ha vuelto.
Yacen por tierra olvidados
nuestros magníficos fueros,
usos, armas, regalías,

imprescritibles derechos.
¿Quién hay que al ver este cuadro
horrisonífico, negro,
no sude ardiente betun
no se le curta el pellejo?
Nosotros, con cuyo auxilio
corren y marchan los pueblos,
y de civilizacion
somos la causa y efecto:
Nosotros, cuya prosapia
data de Adan cuando ménos,
que segun varios autores
fué el que inventó andar en-cueros;
Nosotros, que por capricho
al hombre más altanero,
metiéndole en un zapato
aplicamos el tormento;
Nosotros, que á la beldad
de rodillas ofreciendo
adoracion y medida,
qué puntos calza, sabemos;
Nosotros, que de los héroes
somos sólido cimiento
testigo el gran Federico,
y el héroe de Marengo;
Nosotros que... pero callo,
porque desde aquí estoy viendo
mil señales de impaciencia
que expresan vuestro ardimiento
Ello, en fin, es cosa clara
que somos un noble cuerpo,
y que debemos osados
conquistar nuestros derechos.

Cuarenta siglos nos miran,
y aunque diga más de ciento,
flechándonos el anteojo
para observar lo que hacemos.
Y lo haremos, sí señores,
y sabrán los venideros
que fuimos hombres de pró
y gente de pelo en pecho.
Jurad conmigo entre tanto
de este sitio no movernos
hasta haber consolidado
nuestra Ordenanza. »—
—«Juremos.»—
Y al pronunciar esta voz
entre gritos y reniegos,
todos se estrechan las manos
hasta quebrarse los hueses.

—«Pido la palabra, hermano.»—
—¿Y para qué?—
—» Para hablar.»—
—» Juan Lesnas tiene el embudo:»
dijo el presidente Blas.
—«Juan Lesnas estornudó:
miró adelante y atrás,
púsose sobre el pié izquierdo
y dijo «voy á empezar.»
«Protesto ante todas cosas
que mi discurso será
de poco más de tres horas,
pues me habré de concretar.
Dige tambien que no haré
la *oposicion* al tio Blas,

pues reconozco sus prendas,
talentos y probidad,
y fuimos catorce meses
compañeros de hospital.
Pero al fin ¿quien le ha metido
en venir á predicar
y echárnosla de doctor
á los que sabemos más?
Y si no, vamos á cuentas,
¿Sus señorías podrán
decirme qué es lo que dijo
con tanto disparatar?
Dijo que estamos en junta...
dijo la pura verdad;
pero despues se perdió,
y olvidó lo principal.
Porque la junta solene
que hoy vamos á celebrar,
está, señores, prescrita,
en nuestro ceremonial;
Ni tiene otros tiquis-miquis
que el haber de celebrar
la funcion de San Crispin,
que presto se acerca ya:
Yo que he sido mayordomo,
mandadero y sacristan
de esta santa cofradía.
diez y siete años y más,
Os propondré mi *programa,*
que pienso habrá de gustar;
y á fin de llevarlo á cabo
me concedereis nó más
Que un *voto de confianza*

para que pueda gastar
cuanto juzgue conveniente,
y no esté gastado ya.
Esto es, pues, lo mas sencillo...»
—«Pido la palabra, Blas.»—
—«Perico Cerote Negro
hable, y que se siente Juan.»—

El señor preopinante
preopina, ¡ya se ve!
que se le dé á su mereé
licencia de echar el guante;
Pero falta averiguar
con qué títulos la pide,
y al hermano que hoy preside
intenta así destronar.
Porque segun yo me fundo,
los notables que aquí estamos
creo que representamos
los zapateros del mundo.
Y por más que un animal
se oponga aquí, es cosa clara...»
—«Pido la palabra, para
una alusion personal.»—
«Consigno, en fin, mi opinion
contra todo gatuperio;
y al que haga de menisterio
yo le haré la oposicion.
De la cuestion en el fonde
pudiera extenderme más;
pero pues lo dijo Blas,
hagamos punto redondo.
Guerra, señores al vicho

que siempre quiere bullir;
mucho pudiera decir...
pero... señores; *hé dicho.* »

—« Mi digno amigo Cerote
ha dicho, si mal no oí,
que yo soy un animal,
yo respondo que es un ruin;
y quedamos tan amigos
y podemos proseguir:
Voy á hacer la descripcion
de la fiesta, y podrá así
la asamblea conocer
si es merecimiento en mí
el ser ministro perpétuo
del glorioso San Crispin.
Lo primero que prevengo
es, señores un pernil
asado por estas manos
que la tierra ha de cubrir.
Vendrá luego de los callos
la fuente geronimil,
y el inevitable arroz
con guindilla y con anís.
Aquestos son mis *principios*
y los sostendré hasta el fin,
con los consabidos *medios*
del tintillo y chacolí,
Hasta que todos usías
queden hartos de engullir,
y puedan cantar los gozos
del invicto San Crispin.»

—« Bien por Juan el mayordomo. »
—« Bravo. »—(Aplausos)—(Sensacion.)
—« ¡Escuchad! »—« ¡Oid! »—« Ya basta. »
—« Yo pido la votacion. »—
—« Que se vote. »—« La palabra. »—
—« No hay palabra. »—« ¿Y por qué no? »
—« ¿Para qué? »—« Para el almuerzo. »
—« Yo para la procesion. »—
—« Y yo para el juramento. »—
—« Para la ordenanza yo. »—
—« Que diga. »—« Que calle. »—» Fuera. »
—« Orden, hermano mayor. »—
—« Su señoría es un burro. »—
—« Su señoría un lechon. »—
—« Que se lea el reglamento »—
—« Orden, señores, por Dios. »—

Y el jarro de mano en mano
corria que era un primor,
y el esquilon á todo esto
sonaba *dilín*, *dolón*.

« Hable el presidente. »
—« Hablo,
si me dejan, pues ya veo
que aquí á fuerza de pulmones
se hace bueno el argumento.
Por desgracia me persuado
de que no entendió el concejo
la intencion de mi discurso
monumental, deletéreo;
(Dos palabrillas de moda
que me encargó con empeño

la *practicabilidad*
del dómine de Toledo.)
Quise, pues, decir...
—«Tio Blas,
lo que quiso lo sabemos,
quiso echarla de leido
porque es suscritor al Eco.»—
Quise hablar de la Ordenanza.»—
quise...
—Bien está todo eso.
Pero Juan tiene razon,
lo primero es lo primero»
—Entónces es otra cosa;
señores, vamos con tiento;
¿se trata de San Crispin
ó se trata del almuerzo?
«Del almuerzo, sí señor.»—
«Pues voto por los torreznos,
y dejemos la Ordenanza
que la masquen nuestros nietos.»
—«¡Viva el presidente!»
«¡Viva.»—
—«¡Y viva Juan!»—
—«Me enternezco
de ver señores las honras
que me haceis sin merecerlo.»—
—«Vámonos que, son las diez.»—
—«Es preciso que acordemos.»
—«¡Qué acordar ni qué demonios!»
—«A mí me espera mi suegro.»—
—«Y á mí la Paca.»—
—«Pues yo
estoy de hambre que no veo,»—

—»¿Con que estamos?»—

—«A la calle.»—

—Cuidado con el almuerzo.—

Juan subió á la presidencia,
y en un programa verbal
dió una práctica señal
de su grande inteligencia.
Y dijo con entrecejo
meneando el esquilon:
«*Se levanta la sesion*
que va á dormir el concejo»

(Marzo de 1839.)

EL MÁRTES DE CARNAVAL

Y EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

I.

NOCHE DEL MÁRTES.

Las locuras del Carnaval tocan á su fin; la hora suprema del Mártes ha sonado ya en todos los relojes de la capital; la poblacion, sin embargo, ensordecida con el bullicioso ruido de las músicas y festines, no escucha la fatal campana que le advierte, grata y sonora, que todo tiene término, que la mano severa de la razon acaba de arrancar la máscara á la locura. Esta, empero, tenaz y resistente, todavía pretende prolongar su dominio, y no contenta con algunas semanas de tolerada adoracion, cambia mil disfraces, y hasta se atreve á profanar el de la religion misma, para continuar arrastrando en pos de su carroza á los desatentados mortales.

¡Qué horas tan próvidas de sucesos aquellas en que la noche del Mártes lucha tenazmente con la aurora del dia santo!... ¡Qué extravagancia de escenas, qué vértigo de pasiones, en los últimos instantes del reinado del placer! ¡Qué contraste ominoso con la tranquila calma de la religion y de la filosofía! Ellas, sin embargo, vencerán con sus naturales atractivos, con su envidiable reposo, y apoderándose de los corazones embriagados de placer y de voluptuosidad, restituirán la calma á los sentidos, el bálsamo de la paz á los corazones agitados. Tal la voz pura y sublime del Redentor del mundo, cual rayo de viva lumbre penetró en las bacanales del pueblo rey, y á su aspecto se deshicieron como sombras los ídolos del paganismo.

Pero ¿quién detiene su imaginacion en estas consideraciones, cuando se halla instalado en un rico salon, dorado y refulgente á la luz de mil antorchas, sonoro á la vibracion de los músicos instrumentos, henchido de vida y movimiento en mil grupos vistosos de figuras extrañas, que con sus variados ropajes, sus disfraces caprichosos, sus agudos diálogos, ofrecen un traslado fiel de la vida animada, de los diversos matices de la humana sociedad?

Austero filósofo, que estudias y lamentas las debilidades del hombre; dirige entónces tus severos preceptos al jóven animoso que por primera vez se mira en aquel momento

coronado con una dulce mirada, con un *sí* lisonjero del envidiado objeto de su amor... Te mirará con ceño ó acaso no reparará en tí; pero si insistes en aconsejarle, en mostrarle el fiel espejo de la razon, en hacerle adivinar un porvenir doloroso tras de aquella mirada, tras de aquel dulce y halagüeño *sí;* te volverá la espalda, ó frunciendo los labios ante tu grave y mesurada faz, te dirá con sonrisa desdeñosa... «*Máscara, no te conozco, déjame bailar.*»

Pura y cándida Virtud, que ceñida de blanco lino, la sien coronada de flores, apareces de repente á los deslumbrados ojos de la noble cortesana, que envuelta en seda y pedrerías apénas acierta á divisarte por entre la nube de incienso que sus adoradores tributan á sus piés... Díla entónces lo falaz de sus promesas y juramentos; la mentida ficcion de las grandezas humanas; los cándidos placeres de un corazon sencillo é inocente.—«*Apártate de mí, Beata* (te replicará con imperio), *no pises los bordados de mi manto, no deshojes con tu aliento de mal tono la frescura de las rosas que ciñen mi frente. Ea, márchate.*

Y vosotras tambien, grande y noble Sabiduría, austero Deber, dulce y tranquilo Amor conyugal, apareced de repente ante el descuidado autor que emplea en aquellos instantes todo su talento en seducir á una niña inocente ó en dejarse engañar por una astuta cortesana; ante el noble magistrado

que trueca la severa toga de la justicia por el callado y maligno *dominó;* ante el marido mundanal, ante la esposa terrena, que se separan voluntariamente en busca de aventuras, y vuelven á encontrarse á la hora convenida haciendo alarde de su mútua infidelidad. Apareced, digo, entónces de repente ante esos grupos bulliciosos; cortad de improviso sus diálogos animados, reflejaos en su mente como un recuerdo instantáneo de sus respectivos deberes... Vereis fruncirse sus frentes, despertarse su arrogancia, y pretender arrancaros la careta (que no teneis) diciéndoos con indignacion:— « *¿Quién sois, máscaras insolentes, ó qué venís á hacer aquí?*

Todo es, en fin, placer y movimiento, y risa y algazara, y cuadros halagüeños, sin pasado y sin porvenir; la capital entera resuena con las músicas armoniosas: por las anchas ventanas se desprenden torrentes de luz, y el confuso sonido de la conversacion y de la danza; mil carruajes precipitados surcan en todos sentidos las calles, para conducir á los respectivos saraos á los alegres bailadores; la plateada luna refleja sus luces en los mantos recamados de oro, en las trenzas entretejidas en pedrerías; yacen desocupados los lechos conyugales, el opulento palacio, y el elevado zaquizamí; todos sus moradores déjanlos precipitados, y corriendo en pos del tirso de la locura, acuden de mil partes á las bulliciosas mansiones del

placer á los innumerables templos de aquella Diosa del Carnaval.

¡Qué importa que á la mañana siguiente, el sol terrible alumbre la desesperacion del cortesano, la miseria del Indigente, la enfermedad del cuerpo, ó el horrible tormento de un engañado amor!... ¡Qué importa!... Hoy han hecho una tregua los dolores; el hambre y la guerra han cubierto un instante su horrorosa faz; los recuerdos de lo pasado, los temores de lo futuro han cedido á la mágica esponja que la locura pasó por nuestras frentes... *¡Se acaba el Carnaval!*... ¡Es preciso disfrutarle!... Y marchan y se cruzan las parejas precipitadas, y retiemblan las altas columnas, y gimen las modestas vigas, al confuso movimiento que empezando en los sótanos sombríos adonde tiene su oscura mansion el pordiosero, concluye bajo los techos artesonados y de inestimable valor...

La luz del sol, pura y radiante como en los dias anteriores, penetra descuidadamente en lo interior de esta escena, y pintando de mil matices los empañados cristales de las ventanas, viene á herir las descuidadas frentes, los macilentos ojos de las hermosas; á su terrible y mágico talisman aparecen tambien las enojosas arrugas de los años, los estudiados afeites de la fingida beldad; rásgase el velo de la ilusion á los ojos del amante; hiélanse las palabras en los labios del cortesano, en vano la incansable locura quiere prolongar por más tiempo su domi-

nio; sus aduladores ven clara á la luz del sol su desencajada y mortecina faz... y envolviéndose avergonzados de sí mismos, en sus falsos ropajes, y ocultando su semblante en el fondo de sus carrozas, tornan á sus respectivas habitaciones donde á la cabecera de su lecho les espera la triste realidad...

II.

EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

Suena cercano el monótono clamor de una modesta campana que llama á los fieles á la ceremonia religiosa que va á empezar en el templo. Cruzan desapercibidas por delante de sus puertas las bulliciosas parejas, los elegantes carruajes, sin que apénas ninguno de aquellos dichosos mortales se dignen parar un instante su imaginacion en el saludable aviso envuelto en el sonido de aquella campana... Alguno, sin embargo, ó más dichoso ó más prudente, recoge animoso su inspiracion, y deseoso de aprovecharla, pisa los sagrados umbrales, y entra en el templo en el momento mismo en que vá á principiarse la sagrada ceremonia...

—¡Que apacible tranquilidad, que solemne reposo bajo aquellas santas y encumbradas bóvedas! ¡Qué misterioso silencio en la

piadosa concurrencia! ¡Qué noble sencillez en el sacrificio santo! ¡Qué contraste, en fin, sublime y magestuoso, con el causado bullicio, con el mentido aparato dc la mansion de la locura!... Los fieles concurrentes no son muchos en verdad; pero tampoco el templo se halla tan desocupado como era de temer de las escenas de la pasada noche... Refléjase en los semblantes ya la tranquilidad de una conciencia pura, ya la trégua religiosa de un profundo dolor; ora la rápida luz de una esperanza; ora la animada expresion de un ardiente y noble deseo...

¡Vosotros, pintores apasionados de las debilidades humanas, pretendidos moralistas modernos, novelistas y dramaturgos, escritores de conveniencia, que os atreveis á fulminar el dardo envenenado de vuestra pluma contra la sociedad entera pretendiendo negar hasta la existencia de la virtud... ¿La habeis buscado acaso en el sagrado recinto de la religion; en el modesto hogar del tierno padre de familia; en el taller del artesano; en el lecho hospitalario del infeliz? ¿O acaso desdeñando indiferentes estos cuadros, reflejais sólo en vuestra imaginacion y vuestras obras, los que os presentan vuestros dorados salones, vuestros impúdicos gabinetes, vuestras inmundas orgías, vuestros embriagantes cafés?... ¿Y pretendeis ser pintores de la naturaleza, cuando sólo la contemplais por su aspecto repugnante?... ¿Creeis conocer al hombre, cuando sólo pin-

tais sus excepciones? ¿Os atreveis á retratar á la sociedad, cuando sólo haceis vuestros retratos ó el de vuestros semejantes? Temeridad, por cierto, seria la de aquel que pretendiera juzgar de la impureza de las aguas de un magestuoso rio, por las escorias y el légamo que sobrenadan en su superficie, sin reparar que allá en el fondo de su lecho, y entre las menudas arenas, corre tranquilo y gusta de permanecer escondido lo más puro y limpio de su raudal.

Concluido el santo sacrificio, el sacerdote baja las gradas del altar, y pronunciando las sublimes palabras del rito, vá imprimiendo en todas las frentes la señal del polvo en que algun dia han de ser convertidas. Ni un suspiro, ni una lágrima aparecen á tan fúnebre aviso en aquellos semblantes, en que sólo se ven retratadas la conformidad y la esperanza; y tan apacible alegría, contraste sublime con la triste señal, sin duda sorprenderia á aquel desgraciado que no siente en su pecho el bálsamo consolador de la religion.

Entre los varios grupos interesantes que se ofrecen á la vista por todo el templo, uno sobre todos llama la atencion en este momento... Un venerable anciano, cuya blanca cabellera se confunde naturalmente con la mancha de la ceniza que lleva en la frente, trabaja y se afana ayudado de su muleta, para incorporarse y ponerse en pié... sus débiles esfuerzos serian insuficientes si

no contase con otro auxiliar más poderoso... Una figura angelical de mujer, en cuyas hermosas facciones se pinta toda la pureza de un corazon tierno é inocente, corrre á sostener al impedido, y confundir sus blanquísimas manos con las secas y arrugadas del anciano. Mírala este lleno de gratitud, y sus lágrimas de ternura parecen dar nuevas fuerzas á la tierna criatura, que prestando sus débiles hombros al pobre viejo, le conduce lentamente hasta la puerta del templo entregándole al mismo tiempo una moneda, única que en su bolsillo existe...

Aquella jóven era su hija; aquella moneda el premio mezquino del trabajo de su costura en toda la semana anterior... ¡Y aquella noche habia sido la noche última del Carnaval!... Y los alegres libertinos que regresaban de los bailes, al pasar por la puerta del templo, y viendo salir de él á aquella modesta beldad, se detienen un momento sorprendidos de su hermosura, y calmadas sus risas por un involuntario respeto, míranse mútuamente prorumpiendo en esta exclamacion: «*¡Qué diablos! y creíamos que habian estado en el baile todas las hermosas de Madrid!*»

III.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

Hay una calle en alguno de los barrios meridionales de esta córte, que encierra en su breve recinto más aventuras que un drama moderno, y más procesos que el archivo de la Audiencia. Esta calle, conocida harto bien de la policía civil, descuidada demasiado por la urbana, cuenta entre sus moradores cantidad considerable de profesores industriales y manufactureros, modestos paladines, músicos guitarristas, cantadores en falsete, matronas benéficas, doncellas recatadas, viajeros berberiscos, viejas mitradas, mozos despiertos, maridos dormidos, y muchachos del comun.

No sabré decir á cuántos grados longitudinales se extiende el dominio é influjo de la tal calle; pero bien podremos considerarla como centro y emporio del Madrid meridional, que se dilata (segun la opinion de los más acreditados geógrafos), desde las *Vistillas de San Francisco* á la iglesia de *San Lorenzo,* comprendiendo en su extenso dominio multitud de pequeños estados más ó ménos independientes ó feudatarios, en que varían tambien las leyes, usos y costumbres de sus respectivos moradores.

Ahora, pues, no es del caso fijar la estadística, ni hacer el deslinde de tan considerable agrupacion de pueblos; y bastará para nuestro propósito suponernos llegado al punto capital (la calle ya referida), en la mañana del Miércoles de Ceniza del año de gracia de mil ochocientos treinta y nueve.

De contado, podemos asegurar que á la hora que corre, duerme y descansa de sus fatigas de la pasada noche el *Madrid-Norte* y *Centro-Madrid*, pero vela y pestañea en toda su actividad el *Madrid-Sur*; á la manera de aquel gigante de que nos habla Homero, que mientras dormia con la mitad de sus ojos, velaba con la otra mitad. A este Madrid, pues, agitado y bullicioso, á este ojo del gigante despierto y animado, es adonde hoy dirigimos nuestro rumbo, al través de los vientos y á bordo de un menguado y azaroso calesin.

Fuerte cosa es que la maldita política, que todo lo invade (ménos mi pluma), nos vaya empobreciendo contínuamente el diccionario, ó como decia el médico Bartolo, *secuestrando la facultad de hablar*. Si no fuera por ello, no hubiera salido la voz *programa* de sus modestos límites, de simple anuncio, ó segun la define el diccionario de la Academia «el tema que se dá para un discurso ó cuadro.»

Pudiera yo entónces á mansalva usar aquí de esta voz, sin riesgo de alusiones de ninguna especie; mas ya que la fuerza de los

usos contemporáneos nos traigan á término que sean necesarias estas contínuas salvedades en el lenguaje comun, debo decir en descargo de mi conciencia, que aquí sólo trato de un anuncio, ó *vademecum* que me entregó el calesero á tiempo de darnos á la vela, y que en menguado papel asqueroso y mugriento, y con trazos de pluma un si es no es inexperta y vacilante decia:

«*Porgama de la solene juncion y estupenda asonaa que á é celebrarse el miércoles de ceniza de esta corte, como es uso y de-bota costumbre en toa la cristiandá de estos barrios, saliendo la procision den ca el tio Chispas el taernero, crefade mayor de la sardina con el intierro de este animal y too lo demas que aquí se relata.*»

Dejo sospechar al piadoso lector lo grato que para un asistente al espectáculo habia de ser encontrarse á dos por tres *formulado* el espectáculo mismo, y tener en la mano sin ulteriores explicaciones la clave de aquella cifra. Seríalo, empero todavía para muchos de mis lectores, si me contentase con estampar aquí punto por coma (ó por mejor decir, sin unos y sin otras, porque de ambos carecia) el tal *programa;* pero en cumplimiento de mi propósito, y para edificacion del auditorio, habré de trasladarle del idioma de Germania al comun castellano, de los límites de letra muerta al animado espectáculo de cuadro en accion.

Esto supuesto, y supuestos tambien los

oyentes en el punto término necesario para disfrutar de tan halagüeña vista, procederemos en la descripcion por el órden siguiente.

Rompian la marcha bailando hácia atrás y abriendo paso con sendas estacas y carretillas disparadas á los piés de las viejas, hasta una docena de docenas de pícaros en agraz, fruta temprana y de grandes esperanzas, en quienes la elocuencia del foro funda su futura causa de gloria, y los caminos y canales su inmediata prosperidad.

Seguian en pós otros ciento ó doscientos mozallones, ya más cariacontecidos y con diversos disfraces, cuáles de ruedos y esteras en forma de monaguillos; cuáles con cabezas postizas de carneros (figurando ir disfrazados); cuáles de encorozados y penitentes; cuáles de berberiscos y soldados romanos.

Entonaban los unos un cántico endiablado no sujeta su letra á ningun diccionario, ni su música á ningun diapason; mojaban los otros sendos escobones en calderos de vino con que hacian un profundo asperges en la devota concurrencia, y retozaban bestialmente, los de más allá disparando al aire sendos garrotazos, manotadas y pescozones. Amenizaban el conjunto de este grato episodio cuatro ó seis gatazos negros atados por la cola ó por las patas en la punta de un palo y enarbolados en alto á guisa de pendones; cinco docenas de esquilones de todos

tamaños, movidos por robustos puños y en pugna con otros tantos collarines de campanillas y cascabeles puestos igualmente en palos, y en los pacientes cuellos de los hermanos de la cofradia *de San Márcos*, que en union con la otra *de la Sardina*, celebraba igualmente tan estupenda funcion.

Descollaba despues un gran coro de vírgenes desenvueltas, de sonrosadas mejillas, ojos rasgados, nariz chata, labio retorcido, cesto de trenzas, mantilla al hombro, brazos en jarras y colorado guardapiés. Estas tales con aventadores de esparto, dirigian sus espresivos saludos á una y á otra fila de concurrentes; mascaban higos ó mondaban naranjas, y arrojaban las cáscaras á las narices del más inmediato; bailaban y se pinchaban con alfileres, ó repicaban las castañuelas y cantaban el *¡ay, ay, ay!*

Seguian luego los maestros de la ceremonia; caras rugosas y monumentales; páginas elocuentes de la humana depravacion; pliego de aleluyas de la *vida del hombre malo; fac simile* de los caprichos de *Alenza;* y original, en fin, de los sainetes de *Cruz.*

Allí, como si dijéramos, se hallaba el núcleo del drama, el primer término del cuadro, el fondo de la cuestion principal. Allí *el tio Chispas*, director de la escena, ostentaba su grande inteligencia ante los taimados ojos de la *Chusca*, moza de siete cuartas, aventurada y resuelta, con más de-

senfado de accion que un molino de viento, y más sal en el cuerpo que la montaña de Cardona. Allí *Juanillo* (alias *Vinagre)* con un pañuelo en la cabeza y una manta pendiente del hombro, miraba á entrambos con ojos amenazadores, y su feroz expresion y su atezado rostro, ofrecian un fiel trasunto del celoso amante de Desdémona. Otros grupos más ó ménos interesantes retrataban todos los grados posibles del amor carnal, desde la primera mirada incentiva, hasta el último desdeñoso puntapié. Allí, en fin, los maridos de aquellas deidades, último término del cuadro, formaban una gruesa falanje, y seguian apresurados el trote de los delanteros, todos revueltos, mansos y bravíos, como en el camino de Abroñigal.

Sostenida en hombros de los más autorizados, y en un grotesco ataud, se elevaba una figura bamboche formada de paja y con vestido completo, el cual pelele era una *vera efigies* por su traje y hasta sus facciones del *señor Márcos,* marido y conjunta persona de la *Chusca,* á cuya ventana habia estado expuesto de cuerpo presente en los tres dias de carnes-tolendas; ofrenda dirigida por sus propias manos en obsequio del faraute de la fiesta, su predilecto y osado *Chispas,* y emblema harto claro para él y para los circunstantes, y únicamente mudo para el cándido original de aquella ingeniosa mistificacion.

En la boca del pelele, y casi sin que nadie lo echase de ver, una mísera *sardina* iba destinada á la fatal huesa, sucediendo en esta fiesta como en otras más importantes en que la multitud de accesorios cubren y hacen olvidar el objeto principal.

Precedian, seguian ó esperaban á tan régia comitiva en todos los puntos de la fiesta, diversos *Coros* ó estaciones, por lo regular delante de los puestos de licores ó de las calderas de buñuelos, en estos términos.

Coro de doncellas.

Las que envuelven cigarros en la fábrica del Portillo de embajadores.

Las que pasean entre dos luces desde la Red de San Luis á la plazuela de Santa Ana, dedicadas al comercio por menor.

Las que hacian de Madre España, y de Virtudes teologales, y de Diosas del Olimpo en las funciones de la Jura.

Las que venden rábanos en verano, ó avellanas en féria, ó naranjas en primavera, ó castañas en invierno.

Las que vinieron de su pueblo á servir á un amo, y acabó su humildad por servir á muchos, barro frágil de Alcorcon, sujeto á golpes y quebraduras.

Coro de mancebos

Todos los que asisten al encierro del domingo; los que pueblan la cuerda de la plaza; los que venden bollos ó truecan por vino agua de naranja ó café.

Los que hicieron el paseo de Recoletos, ó prestaron iguales servicios al Estado en puentes y calzadas.

Los que forman las diversas comisiones de industria de esta capital; comision de pañuelos; comision de relojes; comision de cuarenta horas; comision de posadas y forasteros.

Los que juegan á la barra en las tapias de Chamberí, ó cantan amores á las ninfas del Manzanares, ó cobran el barato en la Vírgen del Puerto, ó venden caballos en el portillo de Lavapiés.

Todos los estropeados de los ojos ó piernas, que los tienen buenos para huir de San Bernardino, ó los que rascan guitarras á las puertas del jubileo, ó sanan de sus accidentes epilépticos á la vista de un alguacil.

Coro de inocentes.

Todos los que venden fósforos y libritos de papel en la puerta del Sol y sus adyacentes.

Los que cargan arena en los altos de San Isidro, ó juegan á las aleluyas en la pradera de Guardias.

Los que arrojan carretillas ó garbanzos de pega á las faldas de las mujeres, ó apalean los perros, ó cogen la fruta de los puestos y echan á correr.

Los que vocean por las calles, «el papel que ha salido nuevo,» ó acompañan á los héroes en sus triunfos y á los reos en su suplicio; órganos destemplados de la pública opinion, fuelles del aura popular.

Todas estas y otras muchas clases que sería harto prolijo enumerar, alternaban confusamente con los enjaezados caballos, las campanillentas calesas, los perros aulladores, máscaras espantosas, fuegos y petardos disparados al viento.

En tan amable desórden y con la progresion que es consiguiente al contínuo trasiego del mosto desde las botas á los estómagos, descendió la imponente comitiva hácia la puente toledana, siguiendo á lo largo por las frondosas orillas del Canal, y dándosele una higa, así de la elegante capital que dejaba á la espalda, como del fúnebre cementerio que miraba á su frente.

La burlesca y profana parodia se verificó en fin con toda solemnidad; ni se economizaron los cánticos burlescos, ni las religiosas ceremonias; el mísero pececillo quedó sepultado, cerca del tercer molino, en una profunda huesa y dentro de una caja de tur-

ron; el pelele tio *Márcos* ardió ostentosamente encima de una elevada pira; y creciendo con las sombras de la noche el bullicio y la embriaguez, agitáronse más y más los ánimos, callaron las lenguas, hablaron los garrotes, y para que nada faltase á la propiedad de aquellas profanas exequias, diversos combatientes á la luz de las llamas se entregaban mútuamente á la más encarnizada pelea...

A la mañana siguiente la gente se agrupaba á mirar por la reja que hay debajo de la escalerilla del hospital dos cadáveres mutilados y desconocidos, expuestos hasta que algun pasajero pudiese declarar sus nombres y la causa de su muerte... ¡Sus nombres!... ¡La causa de su muerte!... la Chusca los sabia; y todo el barrio, ménos el tio Márcos, los adivinó.

(Marzo de 1839).

LA GUIA DE FORASTEROS.

Casi simultáneamente con este artículo verá la luz pública el libro oficial que lleva el mismo título, y que á la hora en que escribimos se hallará, á no dudarlo, tomando forma y consistencia en manos del encuadernador, especie de comadron literario, que faja y envuelve al infante recien nacido.

Los habitantes de todas las Españas van, pues, á tener el indecible placer de saludar su aparicion, y á saber á punto fijo, por sendos veinte reales, la larga nomenclatura de sus gobernantes en el año de gracia de 1842; pero tate; que punto es este que, aunque consignado especialmente en la portada del tal librito, merece muy bien alguna reserva y un si es no es de rápida discusion.

Decia Fontenelle que el *Almanak real* de Francia era el libro que más verdades contenia; pero Fontenelle no era español ni vivia en estos tiempos: si así fuera, ya se hu-

biera guardado muy bien de decir semejante despropósito respecto de nuestro Almanak real, ó sea *Guia de forasteros.*

¿Pues qué, no hay en ella verdades?. — Distingo.—Si se trata de la autenticidad de los nombres y empleos respecto á la época de la impresion (1841), no hay más que hablar y todos son hechos consumados; pero si se le juzga respecto á la época en que ha de regir (1842), perdóneme la indiscrecion, pero maldita la fé que merece.—De este modo diremos que se compone, ó todo de verdades ó todo de erratas; ó para explicarlo mejor, de una sola verdad, ó de una errata sola.—Esta errata es la portada.— Donde dice 1842, *léase* 1841, y está salvado el resto.

Si la república periodística fuera monarquía, no hay que dudar que el cetro correspondia de derecho á este periódico anual, que se presenta al mundo con todo el aparato de la majestad, y dictando sus leyes desde el Sinaí de la Imprenta Nacional.

Su orígen se pierde en la noche del siglo pasado, cuando ménos; y escelso é inviolable por sus opiniones y sus actos, ha dado en sus páginas (ó sean tablas) sucesiva acogida á todos los colores políticos en las personas de sus más aventajados representantes, desde Felipe V hasta Isabel II; desde los empolvados pelucones de los gobernantes de antaño, hasta las rasas molleras de los del dia; desde la guerra de sucesion

hasta la sucesion de las guerras; desde la monarquía fanática, hasta la fanática popularidad.

En los principios de su periódica aparicion (1737), se presentó raquítica y mezquina; y al revés que toda humana criatura, que pierde sus fuerzas y enerva su valor á impulsos de la edad, un siglo y pico de vida ha bastado á esta para su desarrollo, en términos que hoy se ostenta medrada, coqueta y explendente, conteniendo en sus páginas cuatro tantos más de sustancia que en el siglo anterior.—Verdad es que el coste de su encarnamiento ha crecido proporcionalmente; ¡y en qué proporcion! Los periódicos plebeyos, por ejemplo *El Diario de Madrid*, inserta sus anuncios á razon de 12 maravedís línea. Pues cada uno de la Guia puede calcularse chica con grande en 40.000 rs., ¡y tiene 176 páginas, cada página 48 líneas!... Hablamos de la del año que acaba, porque la del que empieza (que aún no hemos saludado) tendrá probablemente más. *Et sic de ceteris.*

Pero dejemos ya las cuestiones preliminares, y asistamos (si no lo ha por enojo el lector) á la magnífica aparicion de este astro luminoso, á la ostentosa exposicion de esta industria nacional.—Nosotros los profanos espectadores de tan mágico espectáculo, los asistentes paganos del patio y la cazuela, las masas informes, vamos al decir, que, gracias á la módica retribucion de sendos 50

por 50 de nuestras fortunas ó nuestra industria, tenemos el derecho de asistir á él, y entusiasmarnos anualmente, no dejaremos por tristes 20 reales de usar de este derecho; quiero decir, de acercarnos á la reja del despacho nacional por un ejemplar del libro venerando; y cuenta que sea vestido con pobres pañales, y así como quien dice de plebeyo, no como los que en tafilete estampado de oro por *Ginesta* se reparten *gratis et amore* á los nobles funcionarios en él contenidos.

Prévia esta indispensable diligencia, lo primero que nos saldrá al paso es el *Calendario Manual* con su creacion autógrafa del mundo; su diluvio universal de tal fecha; su poblacion de España pocos dias ántes, y de Madrid unas semanas despues; y demas épocas *notables*, todas sólidamente averiguadas por testigos de vista; sus cómputos eclesiásticos, sus fiestas movibles, témporas y estaciones, dias y santos del año.—Estos nombres sagrados son los unicos que no cobran del presupuesto, y no cuestan dinero al Estado: ántes bien por el derecho de estamparlos pagaba anteriormente algunos miles de reales la tal Guia, porque el postor del Calendario los compraba y los compra aún por junto, para venderlos luego á la menuda.

Despues de la nota de las cuarenta horas (nota escusada para los tiempos que corren, y que sin duda se ha conservado por la for-

ma como acompañamiento de la córte celestial), empieza el magnífico desfile ó sea evocacion de las augustas sombras de nuestros ínclitos monarcas, á contar desde Ataulfo, su decano, hasta el actual, que siempre (segun la Guia) reina *felizmente*... ¡Y lo mismo decia la picaruela en la que hoy se llama ominosa década!... De aquí toma luego pretesto para hacernos una expléndida exposicion de todas las familias reinantes, con el nombre, apellidos, edad, pátria, estado y años de servicio de cada cual; sin hacernos gracia del más mínimo principículo de *Anhal Cohetem*, ni de la más oscura y remilgada canonesa de *Schvarzbourgo-Rudolstaf;* todo para entretenimiento de los lectores, los cuales no podrian dormir seguramente, si no supieran que al Elector de *Hesse* le habia nacido un tercer sobrino el año pasado, ó que la viuda de *Hoslthein Augustembourgo* habia pasado á segundas nupcias con el *Margave de Meklembourg Strelitz*. Verdad es que no hay que tomarlo tan á pechos; pues margave y elector hemos visto presentar con desfachatez en la Guia su fé de vida, como si fueran viudas de Monte Pio, cuando sabíamos de muy buena tinta que hacia largos años que estaban mascando tierra; y tierno infante se nos ha dado á luz en años anteriores, que ya peinaba canas ó gastaba peluca á las orillas del Don.

A continuacion de esta monárquica nomenclatura, van tomando lugar las repú-

blicas americanas, que en tiempos en que no estaba tan bien impresa la Guia, ocupaban un sitio más de casa, en la parte de ella que hacia relacion á los gobiernos de Ultramar. Viene despues un poquito de estadística (como quien dice, para cumplir con este siglo numérico), y como que hay que hablar de España, la Guia oficial, para evitar el compromiso de opinion propia, coge al primer nacion que encuentra al paso, y dice:— «*Poblacion de España;*» «*segun Hassel* 10.373,000 *almas;*» «*segun Balbi*, 13.500,000;»—Vds. escojan lo que les parezca, que por tres millones más ó ménos no hemos de regañar.

Entretiénese despues en recordarnos los dias en que se viste de gala...—¿Quién?— La córte.—¡Serán los cortesanos!...—Y los dias en que la miseria se viste de luto, ¿cuántos son?—*Vide Calendario*, unas hojas más atrás.

Aquí por el órden de procesion vienen las cruces y mangas bordadas, las mitras y capisayos, los cuerpos legislativos, los ministerios, diplomáticos nacionales y extranjeros, tribunales supremos, audiencias y jueces, los directores y jefes de administracion y de Hacienda.—Para mayor órden de esta majestuosa falange, forma en seis grandes divisiones con la denominacion y bajo el patrocinio de otros tantos ministerios, en que el de la Gobernacion del Reino es el último, y el de los Negocios Exteriores el primero;—

y bajo sus respectivas enseñas despliegan su formidable aparato, extienden sus asombrosas filas, y muestran sus magníficos blasones, tantas juntas y asambleas, tantas direcciones é inspecciones, tantas secretarías y contadurías, tantas administraciones, conservadurías, comisiones, juzgados, jefaturas y dignidades, que seria imposible seguirlas con la vista ni abarcarlas con el pensamiento.—¡Ah! se me habia olvidado.—Tambien hay su poquito de seccion de *Beneficencia;* pero esta aparece más modesta, sin bordados ni relumbrones, vestida de simple frac negro como un hermano de la Paz y Caridad; y coge la tal seccion por lo ménos... una página, que no quiero decir cuál es.—Ella, y algunos grupos ó pelotones de paisanos mondos y lirondos con el modesto título de tal cual academia ó asociacion literaria vergonzante y gratisdata, son, como si dijéramos, la sombra, y forman el claro-oscuro de la tal Guia.—En otros tiempos terminaba la parte política de ella con varios estados demostrativos de los establecimientos de Caridad; «pero nosotros (como decia Bartolo el médico) lo hemos arreglado de otra manera» y desechado esas superfluidades.

Del estado militar que sigue despues, nada hay de nuevo, puesto que ya sea antiguo el ver en él la larga lista de 617 generales y brigadieres que, suponiendo compuesto el ejército español de 150.000 hom-

bres, tocarian á 243 hombres cada general; sin contar la marina, en que puede calcularse á 14 generales para cada buque.

Para todo hay gusto en este pícaro mundo; los hay bastante fuertes para digerir todas las mañanas el eterno diálogo del *Eco* con el *Correo*, ó asistir por las tardes al obligado duo del *Patriota* y el *Corresponsal*.—Los hay capaces de tragarse todas las noches un drama envenenado, ó embelesarse todas las semanas con las habilidades estercotípicas de los volatines del Circo.—Cuáles están por las *églogas* que huelen á requeson, y cuáles por los *fragmentos* que apestan á pólvora y cera amarilla; los unos se inclinan á los libros en fólio; los otros á las enciclopedias homeopáticas, que pueden ir en carta; y hasta hay quien goza con las novelas traducidas en 365 tomas al año, que nos suelen dar los periódicos por via de folletin. ¿Por qué, pues, extrañar que haya tambien quien encuentre el complemento de su fruicion voluptuosa en hojear y repasar, estudiar y comentar á su modo las sustanciosas páginas de la Guia de Forasteros?

Por de pronto la parte más sabrosa de todo escrito moderno, quiero decir, la personalidad, no ha de faltarle: porque siendo este libro todo compuesto de personalidades es natural que excite hasta el más alto grado el interés del lector. Añádase á esto que allí no hay artículos de fondo sin fondo, ni polémica clara como su nombre; ni principios

para disfrazar fines; ni profesion de fé expontánea; ni demás tiramira de los publicistas del dia.—Nada de eso; hechos, no opiniones; cosas, no palabras; resultados, no premisas; axiomas, no problemas... ahora vayan Vds. á buscar un libro que le haga pareja.

Pero no hay que creer que es sólo la curiosidad lo que trata de satisfacer el lector en la meditacion y el estudio de aquella veneranda nomenclatura; motivos más positivos le inclinan sin duda á pasar largas horas de la noche engolfado en tan suave entretenimiento.

—«Mi hijo no tiene talento para abogado» (decia una dama de buen parecer á cierto ministro.)—«Vaya (replicó este) pues le haremos consejero.»

La lectura de la Guia, la magnífica perspectiva del coro gubernamental, es el objeto de la esperanza, la ráfaga luminosa de todo viandante, que no sabe por dónde caminar.—Allí están las asesorías, las protecturías, las conservadurías, las consultas; allí las togas y judicaturas para los letrados titulares; allí las embajadas, secretarías y consulados para los legos; allí las intendencias y jefaturas para los políticos; allí las fajas y entorchados para los militares; allí los báculos y mitras para los eclesiásticos; allí las bandas y cruces para todo el mundo sin distincion de sexo ni edad.

El abogadito mancebo, que no gusta de

hacerse oir en la audiencia, busca una plaza de oidor en ella, mientras su concolega el vetusto D. Pedancio, el *fac simile* de una particion testamentaria, echa el ojo á una protectoría que tenga rentas que proteger. El tonto de sentidos y potencias aspira á ser director, y el miope sin antcojos, nada halla más apetitoso que una plaza de *vista*. No hay cura de aldea que no rece todas las noches por verse en las páginas de la Guia que dicen relacion á los ilustrísimos; ni cadete del colegio que no se crea destinado á figurar en las primeras del Estado militar.— «¿Por qué no me han de dar unos honores?» dice á sus solas el que toda su vida estuvo reñido con el honor.—«¿Por qué no he de ser yo secretario?» exclama el que jamás supo guardar un secreto.

Háy seis líneas en la Guia, con las que sueñan, en primer lugar todos los hombres políticos; en segundo, todos los militares; en tercero, todos los eclesiásticos; y en cuarto y último todos los demás que nada son.—Y estas líneas (ya lo habrán adivinado mis lectores) son las seis que ocupan los secretarios del Despacho, ó sean jefes del gobierno de la administracion.—Hé aquí el término luminoso de las oscuras intrigas, la meta ostensible de los públicos combates en el campo de batalla, en el parlamento, en la prensa, en los círculos y hasta en las plazas y cafés. Ellas son el punto culminante de la pirámide gubernamental; punto á la verdad

an estrecho é inseguro, que ninguno de los ue á él llegan puede sostener largo rato el quilibrio, y falto de fuerzas y turbado de azon, bambolea luego, y cae entre los chiidos y algazara de la multitud agolpada á a base.—Sin embargo todo es agitarse y ullir, y trabajar para encaramarse; y sudar adelantarse y escurrirse y retroceder; y legar á la cúspide, y rodar estrepitosamente al panteon.

A la verdad que no hay espectáculo gimnástico más divertido que el que forman los Auriols políticos, reuniendo sus fuerzas en torno de la cucaña ministerial.

¡Qué triunfo! ¿no veis allá arriba pendientes de sendas cadenas, otras tantas enseñas que el viento sacude y hace saltar en derredor del mástil?—Pues son las seis bolsas de terciopelo carmesí que entreabren sus bocas: y chorrean órdenes, y circulares, y proclamas, y censuras, sobre la muchedumbre que las recibe allá abajo con algazara; y los unos las pinchan y garrapatean con una pluma; los otros las destrozan con una espada; aquel las pisa con una prensa; éste las envuelve entre los pliegues de su oratoria.—Y las bolsas á vomitar y llover papeles *de oficio*, escrito por mitad; y las prensas y aparatos de guerra de los sitiadores á dispararles otros *por oficio*, escritos por entero y en cerradas columnas; y los maniobrantes de arriba á caer debajo; y los de abajo á subir arriba; y las bolsas siempre atadas á las

cadenas; y el pueblo pagando el espectáculo, y rie que te reirás.

Entre tanto la Guia de Forasteros (el programa de la funcion) circula de mano en mano; y unos hallan de ménos un nombre, otros creen que hay muchos hombres de más: cuáles animados de un buen deseo quieren saltar á la plaza, y colocarse entre los *precisos operarios;* cuáles se contentan con pagar, reir, y comprar el programa.

Con ellos me entierren.—Y dejemos aquí la pluma, que parece haberse despertado hoy un si es no es abierta de picos, y como que pretende lanzarse á materias que por propia conviccion le están vedadas.

Mas no teman mis lectores que se extravie, ni que renuncie á la tranquila senda que ella misma se trazó cuando por ahora hace diez años empezó á borrajear estos festivos cuadros de las costumbres contemporáneas.—Nada ménos que eso; mi *mision sobre la tierra* es reir; pero reir blanda é inofensivamente de las faltas comunes, de las ridículas sociales.—Quédese la apetecida palma de la sátira política unida á la memoria de mi desgraciado amigo *Fígaro*. Por dos distintas sendas caminamos siempre, y ni él siguió mis huellas ni yo pretendí nunca más que admirar y respetar las suyas.—Esto va en temperamentos y en convicciones, pues ni yo soy Fígaro, ni veo las cosas con tan tétricos colores, ni entiendo de políticos achaques, ni estoy determinado á atentar á mis dias por fastidio y

cansancio de la vida.—Todo lo contrario. Mi paciencia es grande; y aunque hijo de este siglo, quisiera si es posible, arribar al próximo, aunque no fuera más que por satisfacer mi sabida *curiosidad*.

Y siguiendo, pues, una marcha tranquila en este breve camino, cuento morir en mi cama cuando Dios fuere servido (lo más tarde mejor); y mas que envuelva siempre en mi capa una completa nulidad; y mas que nadie eche de ver mi falta el dia en que aquello suceda; y mas que no se derramen flores sobre mi tumba; y mas que no resuene cerca de ella la delicada lira de Zorrilla; y mas que mi nombre no figure en el Plutarco Español, ni en la *Guia de Forasteros,* quiero pasar la vida sin excitar lástima ni envidia, y que la modesta lápida que cubra mis cenizas pueda parodiar en otros términos el famoso *pas même* de Piron; leyéndose en ella con letras bien gordas:

AQUI YACE
UN HOMBRE QUE NO FUÉ NADA:
ABSOLUTAMENTE NADA:
NI SIQUIERA JEFE POLÍTICO.

EL CURIOSO PARLANTE.

(Enero de 1842.)

CONTRASTES.

Tipos perdidos.	Tipos hallados.
El religioso.	El periodista.
El consejero de Castilla.	El contratista.
El lechuguino.	El juntero.
El cofrade.	Los artistas.
El alcalde de barrio.	El elector.
El poeta bucólico.	El autor de bucólica.

EL RELIGIOSO.

El representante más genuino de nuestra antigua sociedad era el Fraile. Salido de todas las clases del pueblo; elevado á una altura superior por la religion y por el estudio; constituido por los cuantiosos bienes de la Iglesia en una verdadera independencia; abiertas á su virtud, á su saber ó á su intriga todas las puertas de la grandeza humana; dominando, en fin, por su carácter

religioso y por su experiencia todos los corazones, todas las conciencias privadas, venia á ser el núcleo de nuestra vitalidad, el punto donde corrian á reflejarse nuestras necesidades y nuestros deseos.—Un infeliz artesano, un mísero labrador á quien la Providencia habia regalado dilatada prole, destinaba al cláustro una parte de ella, confiado en que desde allí el hijo ó hijos religiosos servirian de amparo á sus hermanos y parientes; un jóven estudioso, un anciano desengañado del mundo, hallaban siempre abiertas aquellas puertas providenciales que les brindaban el reposo y la independencia necesarios para entregarse á sus profundos estudios, ó á la práctica tranquila de la virtud; y desgraciadamente tambien, un ambicioso, un intrigante, ó un haragan, aprovechaban esta como todas las instituciones humanas, para escalar á su sombra las distinciones sociales, para engañar con una falsa virtud, ó para vegetar en la indolencia y el descuido.

De estas excepciones se aprovechó la malicia humama para socavar y combatir con sus tiros el edificio claustral; de estas flaquezas hicieron causa comun el siglo pasado y el presente, para echar por tierra la sociedad monástica; y hasta para negar los méritos relevantes que en todos tiempos puede alegar en su abono.

Con efecto, y sin salir de nuestra España ¿qué clase, por distinguida que sea, puede

contar en sus filas un Jimenez de Cisneros y un Mendoza? ¿Un Luis de Leon y un Domingo de Guzman? ¿Un Mariana y un Tirso de Molina? ¿Un Granada, un Isla, un Sarmiento y un Feijóo? ¿Dónde, más que en los cláustros, supo elevarse la virtud á la altura de los ángeles, la política y el consejo á la esfera del trono, el estudio y la ciencia á un término sobrehumano? Piadosos anacoretas separados del comercio social, habitaban muchos en los yermos impracticables, para entregarse allí silenciosamente á la contemplacion y á la penitencia. Colocados otros en las ciudades, y en el centro bullicioso de la sociedad, estudiaban y acogian sus necesidades, brillaban en el consejo por la prudencia, en el púlpito por la palabra, en la república literaria por obras inmortales que son todavía nuestro más preciado blason.

Además de la influencia pública que les daba su alto ministerio y su representacion en la sociedad, y que llegaba á veces á elevar á un humilde franciscano á la grandeza de España, á la púrpura cardenalicia ó á la tiara pontifical, habian sabido granjear con su talento (no siempre, es verdad, bien dirigido) la confianza de la familia, la conciencia privada, el respeto universal.—Un pobre fraile, sin más atavíos que su hábito modesto y uniforme, sin más recomendaciones que su carácter, sin más riquezas que su independencia, entraba en los palacios de

los príncipes; era escuchado con deferencia por los superiores, con amor por sus iguales, con veneracion por el pueblo infeliz. Asistiendo á las glorias y á las desdichas íntimas de la familia, le veia desde su cuna el reciennacido, recibian su bendicion nupcial los jóvenes esposos, le contemplaba el moribundo á su lado en el lecho del dolor. El mendigo recibia de sus manos alimento, el infante enseñanza, y el desgraciado y el poderoso consejos y oracion.

El abuso, tal vez, de esta confianza, de esta intimidad, solía empañar el brillo de tan hermoso cuadro, y llegó en ocasiones á ser causa de discordias entre las familias, de intrigas palaciegas, y de cálculos reprobados de un mísero interés. Pero ¿de qué no abusa la humana flaqueza? y en cambio de estos desdichados episodios, ¿no pudieran oponerse tantas reconciliaciones familiares, tantos pleitos cortados, tantas relaciones nacidas ó dirigidas por la influencia monacal?

El religioso, en fin, tiempo es de repetirlo, tiempo es de hacer justicia á una clase benemérita que la marcha del siglo borró de nuestra sociedad, no era, como se ha repetido, un ser egoista é indolente, entregado á sus goces materiales y á su estúpida inaccion. Para uno que se encontraba de este temple habia por lo ménos otro dedicado al estudio, á la virtud y á la penitencia. No todos pretendian los favores cortesanos; muchísimos, los más, se hallaban contentos en

su independiente medianía y prestaban desde el silencio del cláustro el apoyo de sus luces á la sociedad. No penetraban todos en el seno de las familias para corromper sus costumbres, sino más generalmente para dirigirlas ó moderarlas.—Creer lo demas es dar asenso á los cuentos ridículos del siglo pasado, ó á los dramas venenosos del actual.—Si pasaron los frailes, débese á la fatalidad perecedera de todas las cosas humanas, á las nuevas ideas políticas ó á los cálculos económicos, más bien que á sus faltas y extravíos.

EL PERIODISTA.

La civilizacion moderna nos ha regalado en cambio este nuevo tipo que oponer por su influencia al trazado en las líneas anteriores. El actual, no presenta para su recomendacion títulos añejos, glorias históricas, timbres ni blasones. Su existencia data solo entre nosotros, de una docena escasa de años; su investidura es voluntaria; sus armas no son otras que una resma de papel y una pluma bien cortada.—Y sin embargo, en tan escaso tiempo, con tan modesto carácter, y con armas de tan dudoso temple, el periodista es una potencia social, que quita y pone leyes, que levanta los pueblos á su antojo, que varía en un punto la organizacion social. ¿Qué enigma es este de la moderna sociedad que se deja conducir por el

primer advenedizo; que tiembla y se conmueve hasta los cimientos á la simple opinion de un hombre osado; que confia sus poderes á un imberbe mancebo para representarla, dirigirla, trastornarla y tornarla á levantar?

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un muchacho despierto y lenguaraz, que disputa con sus camaradas por cualquier motivo; que habla con desenfado de cualquier asunto; que emprende todas las carreras y ninguna concluye; que critica todos los libros, sin abrir uno jamás.—Este muchacho, por supuesto, es un grande hombre, un génio no comprendido, colosal, piramidal, hiperbólico.—Su padre, que no sabe á qué dedicarle, le dice que trata de ponerle á ministro, y que luego parta á la córte, donde no podrá ménos de hacer fortuna con su desenfado y su carácter marcial.—El muchacho, que así lo comprende, monta en la diligencia peninsular; arriba felizmente orillas del Manzanares; se hace presentar en los cafés de la calle del Príncipe y en las tiendas de la de la Montera, en el Ateneo, y en el Casino; lee cuatro coplas sombrías en el Liceo; comunica sus planes á los camaradas, y logra entrar de redactor supernumerario de un periódico; á los pocos dias tiende el paño y explica allá á su modo la *teologia política:* trata y decide las *cuestiones palpitantes;* anatomiza á *los hombres del poder*, conmueve *las masas;* forma *la*

opinion; es representante *del pueblo*, hace su *profesion de fé*, y profesa al fin en una intendencia ó una embajada, en un gobierno político ó un sillon ministerial.—Llegado á este último término, hace lo que todos: recibe la autorizacion de la media firma; cobra su sueldo; presenta nueva planta de la secretaria; coloca en ella á sus parientes y paniaguados, espide circulares; firma destituciones, dá audiencias; asiste á la ópera con aire preocupado; toma posiciones académicas; se hace retratar de grande uniforme por Lopez ó Madrazo; y se coloca naturalmente en la galería pintoresca de los personajes célebres del siglo. A los seis meses ó ménos de representacion, cae entre los silbidos del patio, y queda reducido á su antigua luneta.—Vuelve á enristrar la pluma; vuelve á oponerse al poder; vuelve á hablar de la «atmósfera mefítica de los palacios, de la filantropía de sus sentimientos, de sus ideas humanitarias y seráficas;» hasta que otra oleada de la tempestad política, torna á colocarle en las nubes. Truena de nuevo allí; vuelven á silbarle, y tórnase á escribir... ¡Oh almas grandes para quienes los silbidos son conciertos y las maldiciones cánticos de gloria!

EL CONSEJERO DE CASTILLA.

En los tiempos añejos y mal sonantes en que no se habia inventado el periodista mag-

nate ni las reputaciones fosfóricas, necesitábanse largos años para sentarse un hombre en sillon aterciopelado, dilatada carrera para regir la vara de la justicia, y un pulso tembloroso para llegar á firmar con Don.—El jóven estudiante que salia pertrechado de fórmulas y argumentos de las célebres áulas complutenses ó salmantinas, tomaba el camino de la córte, modestamente atravesado en un macho, y daba fondo en una de las posadas de la Gallega ó del Dragon. Desde allí flechaba su anteojo hácia la sociedad en que aspiraba á brillar: hacia uso de sus recomendaciones y de sus prendas personales; frecuentaba antesalas; asistia á conferencias; escuchaba sermones; hacia la partida de tresillo á la señora esposa del camarista, á la vieja azafata, ó al vetusto covachuelo; y á dos por tres entablaba una controversía lógica sobre los pases de Pepe-Hillo, ó las entradas del Mediator.

Por premio de todos estos servicios, y en galardon de sus reconocidos méritos (impresos por Sancha en ampulosa relacion), acertaba á pillar un primer lugar en la consulta para la vara de Móstoles ó de Alcorcon; y si por dicha habia acertado á captarse la benevolencia de alguna sobrina pasada del camarista ó de una hermana fiambre del covachuelo, entónces la vara que le ponian era mejor.—Servia sus seis años, y con otros dos ó tres de pretension, ascendia á segundas; luego á terceras, de corregidor de Má-

laga ó alcalde mayor de Alcaráz.—Aquí ya tenia la edad competente para pasado por agua, y acababa de encanecer en la audiencia del Cuzco ó en el gobierno de Mechoacan. Regresado luego á la Península, entraba por premio de sus dilatados servicios en el Consejo de las indias ó en el de las Ordenes, y de allí ascendia por último al Supremo de Castilla, á la Cámara, y al favor real.

Esto nunca llegaba hasta bien sonados los setenta; pero como la vida entónces era más bonancible, aunque no tan dramática, el Consejero conservaba aún en sus altos años su modesta capacidad, su semblante sonrosado, su prosopopeya y coram-vobis.—Habitaba por lo regular un antiguo casaron de las calles del Sacramento ó de Segovia, en cuyos interminables salones yacian arrumbados los sitiales de terciopelo, los armarios chinescos, los cuadros de cacerías, los altares y relicarios de cristal. Las señoras y las niñas hacian novenas y vestian imágenes en las monjas del Sacramento; los hijos andaban de colegiales en la Escuela Pía; los pajes y las criadas se hablaban á hurtadillas hasta llegar á matrimoniar.

El anciano magistrado mudrugaba al alba, y hacia llamar al paje de bolsa para extender las consultas ó extractar los apuntamientos: á las ocho recibia las esquelas y visitas de los pretendientes y litigantes; tomaba su chocolate, subia en el coche verdinegro; y á placer de sus provectas mulas se llegaba á

misa á Santa María.—Entraba luego al Consejo, y escuchaba en *sala de Gobierno* los privilegios de féria, los permisos de caza, las emancipaciones de menores, las censuras de obras literarias, el precio calidad y peso del pan. Pasaba despues á la de *Justicia,* á escuchar pleitos de tenutas, despojos y moratorias. Asistia luego *en pleno* á los árduos negocios en que se interesaba la tranquilidad del Estado; pasaba los viernes á palacio á *consulta personal* con S. M.; y regresaba, en fin, *á la Cámara* á proponer obispos y magistrados, expedir cédulas y dirimir las contiendas del patrimonio real.

De vuelta á su casa, comia á las dos en punto; y levantados los manteles, echaba su siesta hasta las cinco, en que era de cajon el ir á San Felipe ó á la Merced á buscar al R. Maestro Prudencio, ó al Excelentísimo P. General para llevarlos consigo á paseo, á la vuelta del Retiro ó á las alturas de Chamartin.—Allí se dejaba el coche, que les seguia á distancia respetuosa, y se hacia un ratito de ejercicio, amenizado con sendos polvos de exquisito sevillano. Hablábase allí del rey y del presidente, del ministro y del provincial; se comentaba la última consulta ó la próxima promocion; se leian recomendaciones de pretendientes; y hasta se entablaban los primeros tratos para la boda de la hija del camarista con el sobrino del Padre general.

Al anochecer era natural regresar al con-

vento, donde en armonioso triunvirato se consumia el jicaron de rico chocolate de Torroba, con sendos bollos de los padres de Jesús; y vuelto á casa el magistrado, despues de otra horita de audiencia ó de despacho, se rezaba el rosario en familia y se entablaba un tresillo á ochavo el tanto con el secretario de la cámara y la viuda del relator, hasta que dadas las diez, cada cual tomaba el sombrero y dejaban á su ilustrísima descansar.

EL CONTRATISTA.

—Háganse Vds. á un lado y dejen pasar á ese brillante cabriolé.—¿Quién viene dentro? ¿Es agente de cambios ó médico homeopático? ¿La bolsa ó la vida?—«¡Eh!... ¡A un lado, hombre!»—¡Dios le perdone! que nos ha llenado de lodo hasta el sombrero.

El reluciente carruaje sigue su rápida carrera, sin dársele un ardite de los pedestres, y llegando delante de una suntuosa casa de moderna construccion, el jockey se apea y vá á dar el brazo, para descender, á un personaje de mediana edad, elegantemente vestido de negro, bota charolada, guante pajizo y condecoracion de brillantes en el pecho. Sube apresuradamente la escalera sin reparar en las varias personas que esperan su llegada; atraviesa las salas donde al resguardo de verjas de madera cubiertas con cortinillas verdes, están trabajando los nu-

merosos dependientes; no hace alto en el ruido armonioso de las talegas de pesos, vaciadas de golpe por el cajero, y se encierra en su gabinete á calcular á sus sólas cuánto le producirá el último corte de cuentas ministerial.

El agente de bolsa entra á la sazon á proponerle la venta de algunos millones de créditos; el oficial del ministerio le viene á pedir á nombre de S. E. otros millones en metálico: contesta al ministro con el dinero, al agente con las libranzas; realiza el papel; el gobierno no le cumplirá el trato; pero él ganará un millon.

El dependiente le trae á firmar una contrata; el habilitado viene á cobrar la anterior; el cosechero coloca en depósito sus frutos; el provisionista carga con ellos, el escribano le lee una escritura de adquisicion de una propiedad; el comisario la hipoteca que hace de ella para la contrata; el cajero le dá cuenta del arqueo; y el *groom* le entrega un billete perfumado de la *prima donna* ó el cartel de los toros que le remite el primer espada.—A todos contesta y en todo está. Recibe con franqueza á los amigos que le pagaban el café ántes de ser contratista; con galantería á la cómica que le pide una recomendacion para el director; y con altivez al ministro que viene á proponerle otro negocio y á comer con él.—Pasa luego á dirigir personalmente el arreglo del jardin ó las colgaduras del salon; sale al Prado á

dar en ojos á la rancia nobleza con su magnífico landó; vá luego al teatro á decidir magistralmente sobre el mérito de las piezas, y despues al Casino á trazar nuevas combinaciones ministeriales en que suele figurar él.

Todavía no se ha decidido á abrir sus salones á la sociedad, pero ya se decidirá. Y la sociedad, ansiosa acudirá á festejar al dichoso del dia; y la *plutocracia* triunfará de la *aristo-cracia*, y de los rancios pergaminos los talegos de arpillera.—«Dineros son calidad.»

EL LECHUGUINO.

Este era un tipo *inocente* del antiguo, que existió siempre, aunque con distintos nombres, de *pisaverdes, currutacos*. *petimetres, elegantes* y *tónicos*.—Su edad frisaba en el quinto lustro; su diosa era la moda, su teatro el Prado y la sociedad. Su cuerpo estaba á las órdenes del sastre; su alma en la forma del talle ó en el lazo del corbatin.—¡Qué le importaban á él las intrigas palaciegas, los láuros populares, la gloria literaria, cuando acertaba á poner la moda de los *carriks* á la inglesa ó de las botas á la *bombé!* ¡Cuando se veia interpelado por sus amigos sobre las faldas del frac ó sobre los pliegues del pantalon!

¡Existencia llena de beatitud y de goces inefables, risueña, florida, primaveral! Y no

como ahora nuestros amargos é imberbes mancebos, abortos de ambicion y desnudos de ilusiones, marchitos en agraz, carcomidos por la duda, ó dominados por la dorada realidad! ¡Dichosos aquellos, que más filósofos ó más naturales, se dejaban mecer blandamente por las auras bonancibles de su edad primera; estudiaban los aforismos del sastre Ortet; adoraban la sombra de una beldad, ó seguian los pasos de una modista; danzaban al compás de los de Beluci, y tomaban á pechos las glorias de la Cortesi, ó los triunfos de Montresor!

¡Qué tiempos aquellos para las muchachas pizpiretas en que el Leehuguino bailaba la gabota de Vestris y no se sentaba hasta haber rendido seis parejas en las vueltas rápidas del wals! ¡Qué tiempos aquellos, en que se contentaba con una mirada furtiva, y contestaba á ella con cien paseos nocturnos y mil billetes con orlas de flechas y corazones!... ¿Qué te has hecho, Cupido rapazuelo (que tanto un dia nos diste que hacer) y no aciertas hoy al pecho de nuestros jóvenes mancebos, los excépticos, los amargos, los displicentes, á quien nadie seduce, que en nada creen, que de nada forman ilusion?

¡Oh *Lechuguino!* ¡Oh tipo fresco y lleno de verdor! ¿dónde te escondes? ¡Oh muchachas disponibles! Rogad á Dios que vuelva; con sus botas de campana y sus enormes corbatas, sus pecheras rizadas y sus

guantes de algodon. Rogad que vuelva; con sus floridas ilusiones y su escasa ilustracion; con sus idilios y sus ovillejos; y sin barbas, sin periódicos y sin *instinto gubernamental*,

EL JUNTERO.

Este tipo es provincial, moderno, popular y socorrido. Abraza indistintamente todas las clases, comprende todas las edades; pero lo regular es hallarle entre la juventud y la edad provecta, entre la escasez y la ausencia completa de fortuna. Militares retirados, periodistas sin suscritores, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, proyectistas y cesantes del pronunciamiento anterior: hé aquí los miembros disponibles de toda junta futura, los representantes natos de toda bullanga ulterior.

Su residencia ordinaria es el café más desastrado de la ciudad, y allí irá á buscarlos la masa popular cuando sienta su levadura: de allí los arrancará, cual á otro Cincinato del arado, para sentarlos en la silla curul y confiarles las riendas de aquella sociedad que se desboca.

El Juntero, que así lo habia previsto, ó por decir mejor, que así lo habia preparado, luego que llega á entrar con aquella investidura en la casa consistorial, saca del bolsillo la proclama estereotípica en que habla de los *derechos del hombre* y del *carro del despotismo*, de la *espada de la ley* y de las

cadenas de la opresion; á cuya eufónica algarabía responde el gutural clamoreo de los que hacen de pueblo, con los usados *vivas* y el consabido entusiasmo *imposible de describir.*—Y nuestro Juntero, padre de la pátria; lo primero que hace es suprimir las autoridades, y declararse él y sus compañeros autoridad omnímoda, independiente, irresponsable, heróica y liberal.—Se repican las campanas, se interceptan los correos, se arma á los pobres, se encarcela á los ricos, se persigue á estos, se despacha á aquellos (todo con el mayor órden) se canta el *Te-Deum*, y se pasea la junta en coche simon.

A los cuatro dias empiezan á venir felicitaciones de las otras juntas comarcanas, subsidios voluntarios de los que van recogiendo por fuerza las partidas volantes; adhesiones expontáneas bajo pena de la vida, de los concejos y hombres buenos del distrito, y por último, reconocimiento y apoteósis del nuevo gobierno en la capital.

El Juntero entónces, hombre de orden, cambia su plaza de vocal por la de intendente ó jefe político, y se resigna á ser gobierno el que tanto chilló contra aquella calamidad.

EL COFRADE.

Las cofradías religiosas eran en lo antiguo lo que las sociedades políticas y literarias en lo moderno. Reuníanse en ellas los

hombres bajo los auspicios de un santo, como en las políticas suelen reunirse hoy bajo las banderas de un santon;—discutian allí sobre las fiestas religiosas é indulgencias, y se disputaban los cargos sacramentales con el mismo fervor con que en las de hoy se crean las reputaciones, se entablan los certámenes y se hace la oposicion;—y finalmente hasta en muchas de ellas y con reglamentos sábios y filantrópicos se atendia al socorro de los cofrades necesitados, como en los mútuos auxilios trazados hoy por las sociedades aseguradoras.—El estudio, pues, de aquellos religiosos institutos, no es por lo tanto una cosa indiferente, y los grandes servicios que prestaron á la civilizacion, no merecen por cierto el desden del filósofo; y si el tiempo y la relajacion de las costumbres causaron en ellos, como en toda cosa humana, ciertos abusos, no por eso hemos de negar su grande y benéfica iufluencia para extender el espíritu de asociacion y el instinto de caridad.

Pero dejando á un lado (por no ser hoy de nuestro propósito) la parte filosófica y sublime de estas asociaciones, y limitados á trazar el tipo especial del indivíduo cofrade (que por ampliacion abusiva se apellida generalmente el *Sacramental)*, hallarémosle en el cancel de la iglesia, donde se celebra la funcion del Santo patrono, sentado tras una mesa cubierta de damasco encarnado, sobre la cual se ven varios atadillos de or-

denanzas, sumarios, cartas de hermandad y listas, estampas del Santo y escapularios benditos, y una bandeja de plata para recibir las limosnas de cobre.

El Sacramental es hombre como de medio siglo, pequeño, rollizo y sonrosado: su traje es sério, ó como él dice, *de militar negro;* zapato de oreja, pantalon holgado y sin trabas, y en los dias de solemnidad calzon corto con charreteras, casaca de moda en 1812, chaleco de paño de seda, y corbata blanca con lazo de roseton.—Su profesion en el siglo es la de escribano ó alguacil, comadron ó menestral.—El celo que le anima por la hermandad, le hace muchas veces descuidar sus lucrativas ocupaciones por entregarse á la asistencia á juntas, preparativos de las fiestas, procesiones y sufragios. En aquellas el Cofrade autorizado lleva el pendon ó el estandarte, no con escaso trabajo para sostenerle contra el ímpetu del viento, que al paso que le sacude y bambolea, levanta tambien y encrespa los cuatro mechones de pelo traidos con sumo cuidado desde la nuca para encubrir la falta superior. En las juntas su voz es decisiva para todos los negocios árduos, y muy luego se vé condecorado con las sucesivas investiduras de vice-secretario, secretario, contador, tesorero, consiliario y vice-hermano mayor. (El hermano mayor suele ser un príncipe ó magnate que no sabe que existe tal cofradía). No satisfecho nuestro cofrade-modelo con todos es-

tos trabajos, con traer la bolsa de la demanda, con repartir las velas ó adornar con flores el altar, se entrega con ardor á la propaganda, y trata de catequizar, para entrar en la hermandad, á todo prójimo que encuentra al paso, haciéndole una pintura bíblica de la beatitud que le espera en cuanto se asiente en los libros matrices y pague la limosna de costumbre. Y como esto de irse un hombre al cielo por tan poco dinero, no es cosa de echar en saco roto, no hay necesidad de decir que el Sacramental hace próvida cosecha.

Ni es (por desgracia) sólo el ardor espiritual el que suele andar en ello; tambien el pícaro interés mundano acierta á veces á salir al paso, que tal es y puede llamarse el deseo de buscar relaciones y figurar, aunque en los humildes bancos de una cofradía; el instinto provincial para auxiliarse mútuamente; porque conviene á saber que muchas de aquellas son formadas exclusivamente por gallegos ó castellanos, aragoneses ó navarros, los cuales á la sombra de Santiago ó Santo Toribio, Nuestra Señora ó San Fermin, tratan de buscar entre los cofrades, litigios si son abogados; enfermos, si son médicos; y obras de su oficio si son honrados menestrales.—Además de esto, la cofradía suele tener algunos fondillos de qué disponer; algunos créditos que percibir; algunas casas que administrar; y sin perjuicio de entrar á la parte en las indulgencias, no

hay tampoco inconveniente en cobrar el tanto por ciento de comision ó vivir de balde en la casa sacramental.

Por último, el bello ideal del cofrade es pensar que cuando fallezca, asistirán á su entierro quince ó veinte estandartes, le vestirán diez ó doce mortajas, y rellenarán su caja con una resma de bulas y ordenanzas, con cuyo seguro pasaporte confia que pasarán allá arriba sus travesurillas mundanas y su mística especulacion.

LOS ARTISTAS.

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual. En lo antiguo habia pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados. Hoy sólo hay *Artistas;* y en esta calificacion entran indiferentemente desde el pincel de Apeles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fidias, hasta las alcarrazas de Andujar; desde el compás de Vitruvio, hasta el cuezo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista;* el motilon que echa tinta en los moldes, *Artista* tambien; el que inventó las cerillas fosfóricas *distinguido Artista;* el que toca la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares;* el herrador de mi calle, *Artista veterinario;* el barbero de la esquina, *Artista didascálico;* el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo;* el que lee el Laberinto ó el

Semanario, los sócios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros ó al teatro, los que forman corro al rededor de la murga, *Astistas de aficion;* el perro que baila, el caballo que caracolea, el asno que entona su romanza... *Artistas, Artistas de escuela.*

Entre tanto, como todo el mundo es artista, los artistas no tienen qué comer, ó se comen unos ó otros.—El clero y la nobleza que ántes les sostenian, están ahora muy ocupados en buscar donde sostenerse.—La grandeza metálica de los Fúcares modernos, está por las artes de movimiento; protegen la *polka* y la tauromaquía, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quiere estátuas, sino buenas mozas; sus libros son el *Libro mayor* y el *Libro diario;* sus conciertos el ruido del aurífero metal. Cuando más, y para satisfacer su amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero, y todo lo más elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbron.—Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco ó las vistas de la Suiza.

El artista entre tanto, desdeñado por la fortuna, camina á la inmortalidad por la vía del hospital; y se sube á una buhardilla con pretesto de buscar luces; allí se encierra mano á mano con su independencia, y se declara hombre superior y génio elevado;

descuida los atavíos de su persona por hacer frente á las preocupaciones vulgares; y ostentando su escentricidad y porte exótico é inverosímil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raices de que puede disponer. Desdeña la crítica periodística por incompetente; la autoridad del maestro por añeja; los consejos de los inteligentes por parciales y enemigos; y con una filosofía estóica, responde á la adversidad con el sarcasmo, á la fortuna con el más altivo desden. Por último, cuando se permite una invasion en el campo de la política, adopta las ideas más exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que ántes le sostenian, y sustituido las artes liberales por otras, tambien *artes;* y *liberales* tambien.

EL ALCALDE DE BARRIO.

Todavía humean las cenizas de este tipo recientemente sepultado por la novísima ley de ayuntamientos: todavia resuenan sus glorias en nuestros oidos; todavía aparece á nuestra memoria con su presencia clásica y dictatorial.

Parécenos aún estar viendo al honrado vidriero ó al diligente comadron, que revestido por obra y gracia (no sabremos decir de quién) con aquella autoridad local, inmediata, tangible, que iba aneja al baston de caña

con las armas de la Villa, se recogia en los primeros momentos en el retrete de su imaginacion, para ver el modo de corresponder dignamente al reclamo de sus comitentes, y no defraudar las esperanzas del país que le confiaba los destinos de un barrio entero.

Su primera diligencia era desdeñar por humildes é incongruentes sus antiguas mecánicas faenas; habilitar para despacho la trastienda ó el entresuelo; tomar respecto á los mancebos y oficiales una actitud de estátua ecuestre; y ver de improvisar una alocucion en que diese á conocer á la familia todo el peso de su autoridad.—Recogíase en seguida en un rincon de la trastienda para recordar á sus solas algunos rasgos medio olvidados de pluma, y satisfecho de su idoneidad para la firma, abria luego la audiencia y escuchaba á las partes, cuyas causas solian reducirse á tales cuales bofetadas ó puntapiés recibidos y datados en cuenta corriente; á tal indiscreta incursion en el bolsillo del prójimo ó á cual permuta del marido por el amante, de la mujer agena por la propia mujer.

El alcalde severo y cejijunto y con cara de juez, les echaba una séria reprimenda, recordando su deber á ellos que se disculpaban con no tener con qué pagar, y recomendando los buenos principios á quien no conocia otros que pepitoria de Leganés ó pimientos en vinagre. Ultimamente les apercibia con otra amonestacion en caso de

reincidencia, amen de dos ducados de multa impuestos á nombre de la ley, y que cuidaba de exigirles el alguacil que hacía de ley.

No sólo era la trastienda el tribunal de esta benéfica autoridad. Por las noches y ratos desocupados, se entregaba á la justicia ambulante; rondaba callejuelas y encrucijadas; detenia al ratero en su rápida carrera; protegia al bello sexo contra un inhumano garrote; echaba su baston en la balanza del tocino; conducia á su manso la oveja perdidiza, y si era acabada la pendencia la hacía volver á empezar por tener el consuelo de interponer y hacer brillar su autoridad en todos aquellos episodios que bajo el título de *ocurrencias* amenizan la última página del diario de Madrid.

Otro de los cuidados, y el más importante acaso de su cometido, era el formar los padrones del vecindario de su distrito, y aquí era donde habia que admirar la inteligencia y exactitud del Alcalde vidriero ó comadron aplicados á la estadística.—Armado con sus antiparras circulares, su baston de caña y su tintero de cuerno, y seguido siempre del inseparable ministril, iba tocando casa por casa y preguntando en cada una.—«¿Hay novedad desde el año pasado?» y respondiéndole que no, continuaba copiando en las casillas los nombres del padron anterior, sin alteracion de edades ni de estados. Los apellidos recibian en su pluma terminaciones

bárbaras que harian sudar al etimologista más perspicaz: las profesiones siempre eran las mismas: v. g. «Fulano, herrador; Zutana, su mujer, idem; Mengana, su abuela, idem,» etc. Preguntaba luego en la parroquia (queriéndola echar de culto), si habia habido defunciones, y el sacristan le contestaba que de funciones sólo habia en todo el año la de San Roque, con lo cual el Alcalde le borraba por muerto de la matrícula.—En el cuarto bajo afiliaba á madre Claudia y á sus educandas, bajo el genérico nombre de *artistas;* para él todos los vecinos de las buhardillas, eran *agentes* de negocios; todos los escribientes, escritores públicos; todos propietarios, los que tenian veinte y cuatro horas diarias de que disponer.

Llegaban luego las elecciones, y aparecian en las listas los difuntos y los no-nacidos, los niños de pecho y los mozos de cordel. Un año daba el padron del barrio tres mil almas y al año siguiente diez y seis mil; en aquel todos eran varones, y en este llevaban las hembras la mayoría; en cuanto á la material colocacion de los nombres, ocurria muchas veces que el elector que encontraba el suyo en una lista tenia que ir á buscar su apellido al otro barrio.

No eran ménos de admirar el celo é inteligencia del Alcalde en la expedicion de pasaportes, cuando á primera hora de la mañana, sentado en su silla de Vitoria tras de la mesilla cubierta de bayeta verde, calados

los anteojos, el gorro de algodon ó la gorrita de cuartel, el cigarro en la boca y la pluma tras la oreja, aparecia ocupado en atar y desatar (muchas veces del revés) padrones y registros, mientras iban entrando los postulantes desde la criada que mudaba de amo, hasta el elegante que salia á viajar.

—«Buenos dias, señor alcalde.» (El Alcalde no daba respuesta.)

—Yo soy Engracia de Dios, que he servido de doncella á don Crisanto, el droguero de la esquina, y paso á casa de doña Paula la Corredora, viuda del corredor.

(El Alcalde echa una mirada indiscreta á la doncella y no le parece del todo mal.)

—¿Y cómo es que ha abandonado V. al señor D. Crisanto, niña? (La muchacha se pone colorada y se arregla el brial.)—Ya vé V., porque... (El Alcalde interrumpe su respuesta y dicta el padron.) «Engracia de... tal, que deja al amo que servia, por... razon de estado, etc.

El elegante que espera el pasaporte hace largo rato, busca donde sentarse, pero el alcalde previendo este desacato, ha suprimido las sillas. Llégale en fin su turno, y el alcalde le pide un fiador con casa abierta.

—¡Un fiador, un fiador! (responde el caballero) á mí, D. Magnífico Pabon; conde del Empíreo, que paso de intendente á Filipinas...

—Mas que sea V. (replicó el Alcalde) el

mismísimo Preste Juan. Aquí no hay más que la ley, la ley...

Por fortuna acierta á entrar á la sazon el zapatero de viejo que trabaja en el portal de don Magnífico tras de un biombo (que no puede ser casa más abierta) y aquel, conociendo lo árduo del caso, le propone si quiere ser su fiador. El zapatero contesta que sí, pero que no sabe como él, que viene á responder de un duro tomado al fiado puede...

—No importa (replica el Alcalde), la ley es ley; y V. tiene casa abierta, con que puede V. ser fiador. Estienda V. el documento, secretario, yo dictaré. «*Pasaporte para el interior. Concedo pasaporte etc.*, (lo impreso) *á D. Fulano de tal, baron de Illescas, que pasa á las islas Filipinas en la Habana; vá de intendente á negocios propios: sale en posta, via recta, y con obligacion de presentarse diariamente á las autoridades de los pueblos donde pernocte... Señas personales. Cara redonda, ojos idem; boca idem; pelo idem. Vá sin enmienda. Valga por un mes.*

EL ELECTOR.

El interminable y desatentado giro de nuestra máquina política, ha privado de la vara (ó sea baston) de barrio á nuestros tenderos y hombres buenos; pero en cambio quedan aún á todo honrado ciudadano una

porcion de derechos imprescriptibles, con los cuales puede en caso necesario engalanarse y darse á luz.

En primer lugar tiene el derecho de pagar las contribuciones ordinarias de frutos civiles, paja y utensilios, culto, puertas, alcabalas, etc., amen de las extraordinarias que juzguen conveniente imponer los que de ellas hayan de vivir. Tiene la libertad de pensar que le gobiernan mal; siempre que no se propase á decirlo, y mucho ménos á quererlo remediar. Puede, si gusta, hacer uso de su soberanía, llevando á la urna electoral una papeleta impresa que le circulan de órden superior. Está en el lleno de sus prerogativas, cuando hace centinela á la puerta de un ministerio, ó acompaña á una procesion uniformado á su costa con el traje nacional. Da muestra de su aptitud legal y representa la opinion del país cuando abandonando su taller ó su mostrador, vá á escuchar la acusacion y defensa de un artículo de periódico, que para el fiscal es subersivo, y para él es griego. Y ejerce, en fin, una envidiable magistratura, cuando emplea su influjo y diligencia para que el uno sea alcalde, el otro regidor, este oficial de su compañía, aquel jefe de su escuadron.

Por último, el bello ideal del Elector, es cuando á fuerza de su valimiento y conexiones llega á trepar hasta el rango de Electo; cuando á impulsos de la popularidad que disfruta en su casa ó en su calle, consigue tro-

car un año la vara de Búrgos por el baston concejil; el peso de los garbanzos por la balanza de Astrea; el banquillo de su trastienda por el banco municipal.—Entónces es cuando reconoce lo bueno de un órden de cosas en donde uno es cosa; lo excelente de una administracion en que uno propio administra; lo admirable de un teatro en que uno hace de galan.—Guiado por el celo hácia el servicio público (hablamos del público de su bando, pues el otro no es prójimo) trabaja dia y noche con asiduidad; asiste á comisiones; registra expedientes, presenta proyectos, sostiene polémicas, dirige obras públicas y comidas patrióticas; y en uso de su derecho, descuida sus propios negocios y se arruina por dirigir los de los demas. Verdad es que llegado aquel caso se toma tambien la libertad de no pagar, por la sencilla razon de no tener con qué; y á la demanda de sus acreedores, responde heróicamente cual el otro ilustre romano: «Hoy hace un año que *me pronuncié* y salvé á la pátria; vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses.» —Y cogen y se van á la taberna á echar medio chico.

EL POETA BUCÓLICO.

He aquí otra raza antidiluviana que los futuros geólogos hallarán en el estado fosil bajo las capas ó superposiciones de nuestra tierra vegetal. Hé aquí otro de los tipos inocentes y de buen comer que la marcha cor-

retona dél siglo ha hecho desaparecer de la escena con sus dulces caramillos, sus florestas y arroyuelos, sus zagalas retozonas y sus pastores peripatéticos, sus fieles Melampos, y su cayado patriarcal.

Hoy dia, si uno se echa á discurrir por esos prados adelante, en vez de tiernos coloquios y flautiles conciertos, está á pique de asistir á un entierro de algun poeta suicida, ó á un desafío á pistola entre dos filósofos, ó á una imprecacion al diablo hecha por una mujer fea y superior.—El olor del tomillo se ha cambiado por el de la pólvora; las églogas coreadas, por los responsos y nocturnos; y el amor cieguezuelo, por el ojo anatómico del doctor Gall.

Ya no hay ovejas que asistan al cantar sabroso.

«de pacer olvidadas escuchando;»

hoy sólo figuran buhos agoreros que en cavernoso lamento y profundo alarido interrogan á la muerte sobre su fatídico porvenir. Ya no hay chozas pagizas, quesos sabrosos, ni leche regalada: sólo se ven *en el campo del dolor* espinas y abrojos, sepulcros entreabiertos, gusanos y podredumbre. Los mansos arroyuelos, trocáronse en profundos torrentes; las floridas vegas en riscos escarpados; las sombrías florestas en desiertos arenales.

Yo, si vá á decir verdad (y con el permiso

del auditorio), no veo esto ni aquello por más que me echo á mirar; lo cual me convence más y más de mi prosáica, material y nimia inteligencia. Y hé aquí sin duda la razon por qué no he tropezado aún con zagalas ni con ángeles; los Salicios y Nemerosos he tenido siempre la desgracia de verlos bajo la forma de Blases y Toribios, y su dulce lamentar más me ha parecido graznido de pato que música celestial; así como tampoco veo la sociedad de maldicion que los modernos vates, sino un mundo muy divertido; como que no conozco otro mejor; ni en la mujer hermosa, me echo á adivinar un mísero esqueleto; ántes bien me complazco en contemplar su belleza, muy propia para lo que el Señor la crió. Los arroyos ni torrentes no me murmuran ni me lamentan, ántes bien, me refrescan y me hacen dormir la siesta; el cementerio me parece cosa muy buena; pero no pienso entrar en él hasta que me lleven; y en cuanto á los puñales y venenos los dejo á los herreros y boticarios.

Mas si por alguno de aquellos extremos me hubiese tomado el diablo (dado caso de que yo fuera un genio) escogia á no dudarlo el de la zamarra pastoril, y desde ahora para entónces renunciaba á los goces de la sanguinosa daga ó del buhido puñal. Porque aquellos, (los zamarros) eran hombres de buen humor, que así entonaban un epitalamio como bailaban un zapateado; que así disertaban en una academia como improvi-

saban una *bomba* en un regalado festin. Ni se tenian por hombres providenciales; enormes; ni pretendian á lo que creo ser la única expresion de la sociedad; y lo eran sin embargo, con su poesía rosada, sus honrados conceptos, y su mantecosa moral.—Para ellos el ser poeta era lo mismo que hacer coplas, y de ningun modo pensaban que esto era una mision, sino un intríngulis; y el que tenia vena (que así se decia) ó le soplaba la musa (que así se pensaba), tenia carta blanca para salir por esas calles echando redondillas y ovillejos, epígramas y acertijos á todo trapo, viniese ó nó á pelo, los cuales, corriendo luego de boca en boca, acababan por dar al coplero repentista una fama colosal.

Esta reputacion, en verdad, á nada conducia, ó le conducia cuando más derechito al Nuncio de Toledo; pero mientras andaba suelto, era el hombre más feliz de la tierra, viendo impresas en el Diario sus improvisaciones y ensueños; oyendo cantar sus gozos á las colegialas de Loreto ó á los niños de la doctrina; y guiando él mismo el coro báquico en el banquete de un grande de España. —Una plaza en la contaduría de éste, una buhardilla en las nubes, un banquillo en la librería, ó un tablero de damas en el café, bastaban á llenar sus deseos y á amenizar su existencia; el término de aquellos era un beneficio simple ó la administracion de un hospital. Hasta que ya en edad avanzada se

retiraba del mundo, renegaba de su lira, y se abrazaba con el hábito franciscano ó la sotanilla del hermano Obregon.

EL AUTOR DE BUCÓLICA.

Ahora, en los tiempos positivos que alcanzamos, el ingenio está sujeto á tarifa; Apolo y las musas se rigen por un arancel. No hay eruditos que consuman su vida en averiguar fechas ó en interpretar viejos croniconesa; pero en cambio tenemos ámplia cosecha de *genios* improvisados, desde la edad de diez hasta la de veinte Abriles; amen de algunos genios *de pecho* que hacen concebir las más lisonjeras esperanzas.—En los principios de su carrera, el ingenio expontáneo derrama á manos llenas y sin el más mínimo ínterés los torrentes de su sabiduría; pero andando más los tiempos y luego que reconoce la necesidad práctica de ganar su vida, la razon corta los vuelos al alvedrío, la materia sube á las ancas del espíritu, y el cálculo matemático entra á disputar el campo á la noble inspiracion.

Nuestro autor entónces abre tienda de talento ó pone bufete de ingenio; y abraza la carrera de las bellas letras como el comerciante la de las buenas y el abogado la de las malas. Echa el ojo en el vasto campo de la literatura á aquella especialidad que más le conviene ó de que espera tener mayor despacho, y ya se dedica á vender á la

menuda trozos líricos y composiciones fugitivas, al sol, á la luna, á las estrellas y demas novedades, ya se declara filósofo contemplativo y pintor de las costumbres sociales, ora se emplea en trazar historia que puede pasar por novela, ora se complace en escribir novelas que pican en historia; los unos se encargan del surtido por mayor de narraciones, episodios, cuentos y traducciones para los periódicos, los otros (y son los más) disparan al teatro su erizada batería de dramas venenosos, tragedias líricas, comedias, loas y entremeses.

La literatura mercantil se desarrolla, en fin, entre nosotros, y estamos ya muy léjos de aquellos tiempos en que se decia que

«sólo la poesía es buena
hecha á moco de candil.»

Hoy nuestros vates necesitan para sus doradas inspiraciones tintero de plata y bujías de esperma, papel satinado y mullido sofá.

Hasta ahora, es verdad, la importancia metálica de esta profesion no ha llegado en España al alto grado que alcanza en los mercados extranjeros, y solamente el ramo teatral es el que ofrece ventajas á los que se dedican á cultivarle. Hé aquí la causa porque abundan los poetas dramáticos y escasean los historiadores y prosistas: la solucion del enigma está en que para las come-

dias hay empresarios y para los libros no; que aquellas se cotizan al contado como papel de nueva creacion, y estos entran en la categoría de deuda diferida y sin interés.

Todo lo que no sea, por lo tanto, hacer comedias, es lo mismo que no hacer nada: para la gloria, porque nadie lo lee; para el bolsillo, porque nadie lo compra.—El autor dramático recibe á lo ménos su contingente mitad en laureles y mitad en pesos duros: el escritor de libros tiene que consolarse con apelar al juicio y aplauso de la posteridad. Verdad es que los libros que hoy corren no llegarán á ella, ó sólo llegarán bajo la forma de cucuruchos.

Por lo demás, siempre es un consuelo tener una puerta abierta por donde entrar á lucir el ingenio; y cuando esta puerta es ancha y espaciosa como la Puerta Otomana, tanto mejor; por que conviene á saber que para ser hoy dia escritor dramático no se necesita gran dósis de invencion ni de filosofía, de observacion ni de estilo.—Se agarra una historia, y cuando en ella no se encuentra cuadro dramático, se suple lo que falta, se cuelga un crímen al más pintado, y que chille el muerto; se dialoga un folletin ó se disuelve en coplas un fragmento, y que rabien y bostecen los vivos; se cuenta en quintillas y romances una conversacion de paseo, unos amores de entresuelo y hágote comedia de costumbres; se pilla un carácter á Moreto, una situacion á Rojas y un enredo á

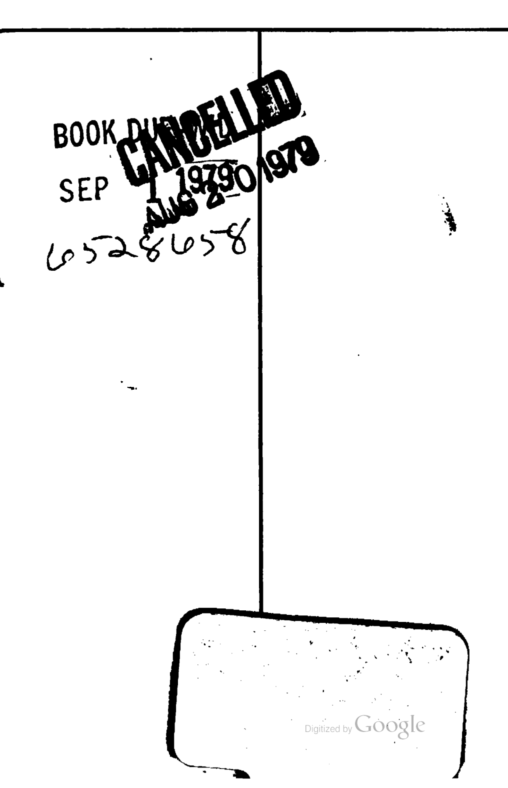
Tirso, se rellena el hueco con el competente ripio, cosecha de casa, y allá vá un drama filosófico ó caballeresco. Ultimamente (y es lo más socorrido) se traduce un drama de Buchardi, ó una piececita de Scribe, se la esquila, trastrueca y muda el nombre como hacen los gitanos con las caballerías hurtadas, y hágote, acomodo y arreglo á la escena española. Por lo demás, objeto ni intencion moral ó política Dios los dé.—¿Qué ha querido probar el autor con esta comedia? (preguntaba yo á un amigo al salir del teatro).—Yo le diré á V. (me contestó) ha querido probar que se pueden ganar cien doblones con una sandez, y lo peor es que lo ha conseguido.

Por fortuna entre el destemplado clamoreo de este *ttuti* dramático, descuellan hasta una media docena de voces verdaderamente sonoras y apacibles que hacen olvidar el dicho coro infernal.

EPÍLOGO.

No concluiríamos nunca si hubiéramos de trazar uno por uno todos los tipos antiguos de nuestra sociedad, contraponiéndolos á los nacidos nuevamente por las alteraciones del siglo.—El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la

19


BOOK
CANCELLED
SEP
1979
AUG 20 1979
6528658
Digitized by Google

